







Primera edición: agosto 2015
Colección A contraluz

Fotografía de la portada: Rober Amado
Diseño de la colección: Jorge Chamorro
Maquetación: Álvaro López
Corrección: María Zuil
Revisión: Juan Francisco Gordo

© 2015 Rober Amado
© 2015 Libros.com
www.libros.com
info@libros.com

ISBN: 978-84-16176-37-3
Depósito legal: S.106.2015

Impreso en España

Impresión y encuadernación: Kadmos
Calle de la Compañía, 5, 37002 Salamanca. España
<http://www.kadmos.es>

Papel de la cubierta: Creator Silk 300gr.
Páginas interiores: Coral Book Ivory 90gr.
Tipografías: Bembo y Whitney



Rober Amado

Peregrinos del Amianto



A los que creyeron en esta historia.
A los que están en ella.
A los que ya no están.



«En un país donde mandan los cerdos, todos los cerdos suben rápido... y los demás vamos jodidos, si no somos capaces de coordinar nuestras acciones: no necesariamente para Ganar, sino más que nada para no Perder del todo.

Nos lo debemos a nosotros mismos, y a esta tullida imagen que tenemos de nosotros mismos como algo mejor que una nación de ovejas aterradas... Pero, sobre todo, se lo debemos a nuestros hijos, que tendrán que vivir con nuestra derrota y todas sus consecuencias a largo plazo.»

Hunter S. Thompson



Nota del autor

Errar es humano, pero más humano es rectificar.

Estos son los errores encontrados en la primera edición que se han corregido en esta reimpresión.

En la página 34, en el párrafo que comienza «El 10 de marzo de 1972...», el nombre del hospital citado era incorrecto: no era Hospital Juan Canalejo, sino Hospital Juan Cardona.

Más adelante, en la página 97, en el último párrafo, que comienza con «La misma neblina opaca...», donde pone «casada y con hijos...», se ha omitido esa frase; el motivo, una confusión en las notas y la aclaración de la propia aludida.

Por último, en la página 122, en el párrafo que comienza con «Esta comunidad es el caso...», se eliminó la referencia a AFEMUR; tras recabar más información y contrastarla, los afectados de la antigua refinería están con la asociación APENA.



Índice

Carta primera	15
Prólogo	17
1ª parte. 2001-2004. De los primeros casos de Agavida ..	31
16 de enero de 2001. Los primeros valientes	33
Steve McQueen, Selikoff y las servilletas de Carlos V	43
Irresponsables	57
2ª parte. Diez años después	85
Agavida	87
Expertos	111
El descanso del peregrino	129
Epílogo	143
Carta segunda	151



Carta primera

Estimado/a señor/a:

A lexislación vixente establece a obrigatioriedade, por parte do Servicio Galego de Saúde, de facer recoñecementos postocupacionais ós traballadores que estiveron expostos ao amianto.

Vostede figura nunha relación de persoas facilitada ao Sergas pola súa empresa como traballador que nalgún momento da súa vida laboral estivo exposto ao amianto.

Por este motivo, comunícolle que o Sergas, a través do seu médico de atención primaria, vai proceder a realizarlle o recoñecemento postocupacional correspondente, polo que deberá solicitar a pertinente consulta no seu centro de saúde.

Un cordial saúdo.



Prólogo

Es un dolor constante. Como el rozar de los huesos sin cartílago. Como rasgar la pizarra con las uñas. Eso, aumentado mil veces, hace que tiembles hasta expulsar el pelo, perforándote los tímpanos. Ese *iiiih* profundo y fino que juega con tu cuello y tus brazos, que te hace cosquillas en la punta de los dedos, hasta que va ganando en intensidad y se transforma en un tirón, ¡*TAC!*

Pero después no hay paz. La intensidad sube y tu paciencia se agota. Las pupilas te bailan. Buscan respuestas en el aire. Los ojos no se hicieron para poder amarrar. Y la rabia te consume.

Fue el 31 de diciembre de 2009, a apenas una hora del cambio de año. Su mujer María y su hija Vero colocaban en la mesa las uvas de doce en doce. Comenzó a dolerle por las cervicales, aunque no conseguía saber en dónde. Se amasaba el cuello con la mano izquierda, apoyándose el codo sobre la mano derecha y luego al revés, intentando buscar el punto placentero de la tensión. Rosmaba —mascullaba— como solo lo hacen los jubilados. Respiraba con largas pausas. Nada. Su hija lo mira desconcertada.

—¿Qué te pasa?

—Nada muller! Nada. Dóeme aquí atrás —le espetó como un bufido.

—¿Pero dónde?

—Aquí detrás, no cuello.

—*Boh*. Deixa de protestar e axuda algo coa mesa, anda.

Durante la primera media hora el disimulo le funcionó bien, hasta que el dolor se volvió insoportable. No quedaban ni veinte minutos para el cambio de año y José Teijeiro se fue a dormir con un antiinflamatorio en el cuerpo y un vaso de agua. No tomó las uvas.

Nunca más lo hizo.

En la primera semana de enero de 2010 el suegro de su hijo fallece. En la cafetería del tanatorio de Narón, en las calles amplias de polígono industrial, entre hileras de coches que remontan el campo de las cuadrículas sin construir, José Teijeiro se amasa el cuello. Vero lo mira. Su hijo también.

—Levo unhas semanas que me doe aquí atrás, en el cuello —sentencia, mientras vuelve al ritual del masaje con sus manos.

—Xa...

—*Boh*. Que sí, que teño algo aquí atrás.

—Pois para a semana imos pedir cita e o miramos.

Un mes después, José Teijeiro y su hija están en los bancos de plástico duro de la sala de espera del centro médico de Narón. El médico de cabecera que les atiende, tras una exploración general y el tedioso rellenar de historiales nuevos —José era primerizo en estas cuestiones, siempre había acudido a las dependencias médicas de Bazán—, no ve nada que vaya más allá de las normas del cosmos, del tiempo y del trabajo. Pero los músculos y huesos rezuman desgaste. Desgaste, desgaste, desgaste, decían a cada paso. La mirada de José parecía hervir por momentos, no por sentirse incomprendido, ni mucho menos. Era el dolor constante lo que le atormentaba. Ese dolor lo mantenía en un estado de sumisión consigo mismo. Como acogotado y acongojado.

De la cita fue derivado al traumatólogo para que le echase un vistazo. Y después de este, el diagnóstico previsible: dos vértebras

desgastadas. Ya debería saberlo, caballero. El trabajo, el tiempo. La vida. Relajantes musculares y antiinflamatorios por un tubo, y carretera. Dos semanas tardaron los medicamentos en apagarse. No pudo soportarlo más y en la última semana de febrero regresó con dolor en el costado derecho. «Venga, vayamos a mirarte», le espetó su hija. Otra vez su hija.

La primera semana de marzo de 2010 la luz del día era anaranjada cuando Verónica Teijeiro fue a buscar los resultados de la radiografía. El doctor hablaba de células raras. De que tenía células raras por todo el cuerpo. Que no le extrañase que le llamaran del oncológico.

—¿Perdón?

—Un tumor.

—¿UN TUMOR?

—Es posible. Pero no está claro. Está en los pulmones, pero parece que se ha extendido por todo el cuerpo. Lo ha hecho de manera infrecuente, por eso hay que hacerle más pruebas.

Apareció en casa de su hermano con los ojos envueltos en lágrimas. Fue allí porque no sabía a quién acudir. O sí lo sabía, pero por instinto torcía el volante en direcciones aleatorias, en un inútil esfuerzo por sobreponerse. Con el atronador rebumbio de las pulsaciones rebotando en las sienes, el lamento que expiden las preguntas sin respuesta que no tienen doble lectura, Vero enfilaba el camino con la única intención de encontrar a alguien a quien contactárselo. En su mente se repetían cosas, frases inconexas, el no puedo decírselo, no puedo no puedo no puedo decirle esto porque, ¿y si es un error? Sí, está claro, tiene que ser un error. No nonono nno puede ser así... porque le dolía solo el costado. ¿No? ¿Entonces? Me cago en la puta me cago en la puta me cago en la puta...

—... Papá tiene un tumor en los pulmones. Me... ufffff, me lo..... me lo ha dicho el médico —y en esa o final, casi imperceptible, acabó derrumbando el muro que había construido en los minutos de trayecto en coche.

—Joder...

José buscaba los ojos de su hermana pero no los encontró. De tanto mirarlos pensó por un momento que tampoco él los tenía. Un manto traslúcido los difuminaba por momentos. Estaba ab-sorto; prefirió mantenerse derecho, y rezó para sus adentros como queriendo buscar el chiste o la cámara oculta.

—Sí, sí... —se dijo, silabeado, casi disparados, mecánicos, lacó-nicos—, tiene que tener alguna explicación...

Esperanzado quizás por un malentendido, en esa constante que rodea la mente del que está a punto de ser ahorcado, se acercó a ella, que se había sentado en el sofá, y la abrazó.

—*Eehmm*, joder... Bueno, venga, vale..., vale, vamos a ver qué es lo que pasa. No te preocupes. Todo saldrá bien.

Fue un martes 8 de marzo del 2010 cuando la doctora del Servi-cio de Oncología del Hospital Arquitecto Marcide les llamó para decirles que se pasaran por allí. Dos días antes de la fecha previs-ta. Una visita había sido cancelada y quería verles cuanto antes. Al colgar el teléfono, a un lado y al otro, ambas personas sabían que ni esa cita había sido cancelada, ni aquello era un error de cál-culo. A la mañana siguiente, José y sus dos hijos entraban por las puertas transparentes y asépticas del complejo hospitalario para pasar por el primero de los peores días de sus vidas. Eran las ocho de la mañana, y no saldrían de allí hasta pasadas las tres de la tar-de.

Fueron muchas las pruebas a las que lo sometieron. A José Tei-jeiro padre ya no le caben más fuerzas. A media mañana, tras sa-lir de la sala de radiografía —¿era la segunda vez que lo hacía?, ¿la tercera tal vez? A José le bailaban las caras y los nombres de las solapas de las batas blancas, de los aparatos que tenía delante—, cuando el reloj daba las once horas y cuarenta y nueve minutos, se sentó en uno de los bancos de plástico que había en el pasillo. Le dijo a su hija que qué mal tiempo hacía, que debía ser por eso que estaba tan cansado.

—Vou sentar un rato. Estos matasanos estanme a joder o día —rezongó.

La oncóloga que los atendía buscó la mirada preocupada del hijo, y con un ademán sutil, torciendo ligeramente el cuello y los ojos hasta casi acabar con un tic acompañado de las cejas alzadas, le indicó que la acompañase, lejos del campo de visión de su padre.

—Papá, vou ó servicio.

Mientras se alejaba de la figura de su padre y de su hermana, el torso sobredimensionado de blanco que se le acercaba proyectaba en él una sombra lúgubre pese a la claridad grisácea que entraba por la ventana. Miles de recuerdos y palabras caían al suelo como piedras huecas. Uno de ellos, de forma súbita, lo inundó todo por unos segundos. No tenía ni dieciocho tacos. Era de noche. Iba a salir de juerga. Lo único que recuerda es verlo a él, con la mirada fija en la suya.

—Diviértete e pásao ben, pero que non teña que ir a comisaría a buscarte.

Nunca tuvo que ir a comisaría, pero no era raro verlos discutir. Eran polos opuestos, eso lo sabía muy bien. Una de aquellas losas que le ponía encima cada vez que asomaba la sombra de la duda era la de «Mírame ben! Se queres que te respete, primeiro respétame ti a min. Porque nin eu son o teu fillo, nin ti es o meu pai», que provocaba la conmoción y la falta de frases ingeniosas que te permiten salir por peteneras. En cambio, lo único que podía hacer era encenderse en un grito vacuo, en un enrojecimiento de orejas, mofletes y labios. Sin embargo, ahora... ahora era distinto. Podía recordar no solo eso. Veía —y hasta podía sentir las— las esquinas de los angulares de aluminio que su padre llevaba a la azotea para enseñarle a soldar. O sentir la brisa que le pegaba en Moeche cada vez que iba a pescar con él. Con esa piel febril de los niños pequeños, que se ruborizan con un par de golpes de viento, estaba mientras caminaba hacia la doctora. Cada paso era un peldaño escrito de una historia que no tendría final feliz.

—Siento decirte esto... —ahuecó los hombros y respiró. Bajó la mirada un segundo y retomó el aliento, casi de forma mecánica—. Tu padre no llegará a jubilarse. Tiene un adenocarcinoma en estadio cuatro. Tiene metástasis hepáticas, ganglionares, óseas y suprarrenales.

—... .. ya.

—Lo tiene por todo el cuerpo... Hígado, pulmones, riñones, vértebras... por todo el... Lo siento.

—... ¿Qué..., qué podemos hacer?

—No mucho... la verdad, ya no hay solución posible. Le daremos quimio e intentaremos mitigar lo máximo posible el dolor. Haremos todo lo humanamente posible para que, lo que le quede, lo viva bien. Que tenga apetito y pueda dormir...

Trató de poner la mano en el hombro de aquel joven desconocido con barba y calva, de cara redonda y ojos claros que parecía abatirse. No quiso recordar sus ojos —es mejor no hacerlo—. Tarde o temprano acaban quemándose. Y mejor tarde que temprano, pensó ella, y buscó en su vocabulario el lenguaje necesario para afrontar la situación. Regresó a su despacho y buscó los datos del historial. Pasaron otras tres horas, tras pruebas y aparatos y pruebas y «quítese la camisa y espere aquí que ahora le atenderán» hasta volver a encontrarse con el cuerpo cansado de un hombre que ya no miraba a ninguna parte.

—José, siéntese, hágame el favor. Tengo que decirle algo. Todavía tenemos que confirmar las pruebas para cuando vuelva... —hizo un gesto como si mirase el calendario— para dentro de unas semanas. Pero tiene usted un pequeño tumor en el pulmón. Le daré cita para quimio para esta semana que viene. Así que déjese el tabaco apartado, a ver si así mejoramos a la vuelta.

Fue en la segunda quincena de marzo, tras dos sesiones de quimio, cuando ya en silla de ruedas, José Teijeiro atravesó las puertas de la sala de radioterapia del oncológico de Coruña. Débil y exhausto, no dejaba de saludar a los médicos con los que se cru-

zaba. Ese «buenos días» casi expulsado, litúrgico, avanzaba con él. Era lunes, y los rostros se despertaban a medida que avanzaba la mañana. La luz blanca que llenaba las habitaciones y los pasillos acristalados dejaba percibir las partículas diminutas que flotaban en el aire. Como en el curro, con aquellos cigarros que volaban sin apenas tocarlos —los soldados siempre decían ser «fumadores pasivos», porque encendían todos los pitillos y nunca acababan ninguno—. Permanecían allí, reposando, consumiéndose en el anonimato, en las vetas de los mamparos metálicos, dejando flotar la estela del humo que silueteaba el haz de luz que entraba por los recovecos de los bloques del barco. Al segundo, bajaba la máscara y las virutas que chisporroteaban a su alrededor salían disparadas en todas direcciones al rojo vivo, como fuegos artificiales, proyectando la enorme sombra cobriza de su cuerpo de forma espasmódica, fulgurante, tras ese *trrrt tt trrrrrrrrrrrt* de la soldadura que te hipnotizaba, hasta que acababa con el electrodo.

Pasaba las horas mirando hacia ninguna parte, como queriendo ocupar los pensamientos con imágenes, con fotografías, con instantes. A veces era su hijo, a veces su mujer, otras algún familiar o amigo, y él siempre respondía toscamente, sin rimbombancias ni florituras. Guardó su secreto entre las cuatro paredes de su habitación, que mantenía con las persianas cerradas todo el día. Tumbado boca arriba, mirando al techo, con los dedos cruzados. No hubo cambio ni siquiera el miércoles, cuando comenzó a sentirse mejor. Entraba ahora de nuevo en los claros pasillos del oncológico con un bastón de su madre que le pidió a su hijo, el que usaría el resto de sus días. Tras la sesión de radio, al llegar a casa, la voz de su hijo se le acercó por la derecha, justo antes de salir del coche.

—Subimos na silla?

—Non.

Y renqueante, arrastrando un pie tras otro, fue subiendo los peldaños hasta dar con la puerta de su casa. Al llegar a la cocina, se giró, apoyando la carga sobre el brazo que sostenía el bastón, y soltó:

—Non me gusta nada esta melloría.

—Coño! Pero se parece que a radio está mellorándote!

—Non. Non me gusta nada esta melloría. Isto de non poder andar a dar pasitos en poucos días non me gusta.

Se quedaron mirándolo con los brazos en jarras, mientras caminaba muy despacio por los pasillos de su casa, en penumbra —toda la casa con las persianas bajadas—, haciendo desquiciante ese *friss frass* de las zapatillas rozando la alfombra. Lejos quedó el buen humor de los días de la segunda sesión de quimio en los que se permitía tutear a la doctora.

—José, ahora en serio. No se cabree con su mujer. Si tiene que hacerlo, no lo haga. Hágalo conmigo —le dijo ella en aquella ocasión.

Así hasta el viernes, que logró subir solo las escaleras. José se quedó un rato perplejo observando a su padre. El recuerdo de las palabras de la doctora le sirvió para darle forma a lo que estaba viendo: «tu padre tiene mucha fuerza de voluntad».

La misma fuerza de voluntad que alimentaba las esperanzas para levantarse cada mañana. La misma fuerza de voluntad que hacía que el beberse aquellos batidos no le resultase una tarea tan desagradable. Apenas comía. Ni los pitillos le sabían. Regresaba a la penumbra en la habitación tan pronto como atravesaba un minuto de tranquilidad. Durante aquellas largas semanas de mayo, las visitas en la casa familiar eran escasas. Algo le rondaba por la cabeza. Pensaban sus hijos que, aunque con mejor humor, no dejaba entrever ningún sentimiento más. Eso que lo atormentaba era la peor posibilidad de todas. De la que no tenía certeza ni entendimiento. Solamente la hipotética posibilidad de que así fuese el final, le comía las horas mirando al techo. Algunos de sus amigos ya habían fallecido, y todos con síntomas parecidos. A otros los había visto en los pasillos de los hospitales. Tanto en las dos sesiones de quimio en Ferrol como en Coruña. Y después, en los comentarios de amigos ya jubilados. Pero fue allí, en aquella semana de radioterapia, cuando avisó a su hijo.

—Fillo, hai compañeiros que están morrendo. Vai á asociación e mira qué hai.

Era esa fuerza de voluntad la que conseguía desviar la atención de los problemas reales. Logró que su hijo buscara información en el pequeño local de la asociación de afectados, y llamara a Cristóbal Carneiro para preguntarle de qué iba aquello que le preguntaba su padre. Pero eso no lo haría hasta el mismo día de su muerte.

La cuarta semana de mayo, José Teijeiro tosía y escupía flemas. Sentía que había que acelerar los últimos arreglos. Llamó a su mujer y le dio el recado de avisar a su hijo. Al cabo de media hora, este apareció en la puerta de su habitación. Solo pudo identificarlo por la silueta que entraba en la habitación.

—Qué pasa, papá? Pasa algo?

—Qué vas facer coa escopeta —sin levantar el tono de voz, la pregunta resonó en el fondo de la memoria de José, que notaba la incredulidad de su hijo mientras avanzaba hasta ponerse a la altura de su costado.

—Qué? Pero qué dis?

—Que qué vas facer coa escopeta.

—Coño, pues... nada. A temos aí, e cando xa...

—Nada, nada. Qué vas facer coa escopeta...

—Pois quédoma eu.

—Moi ben. Pois prepara os papeles e lévala.

Y ésa fue la última vez que José vio a su padre con ánimo. Regresó con sus pensamientos, con sus dedos entrecruzados sobre el pecho, torciendo su mirada al techo. Dejando su sombra plasmada en la colcha de la cama.

Era junio. Llegaron a la hora de comer. José observó la puerta de la habitación de su padre. Cerrada. Como todas estas semanas. Se sentó a la mesa, con su mujer, sus dos hijas, su hermana y su madre. Llegó él. Comía sereno, tranquilo, despacio. No masticaba con dificultad. Sencillamente, no quería masticar. No tenía ganas. Llevaba

semanas sin tenerlas. De vez en cuando tosía, tosía casi hasta llegar a las arcadas, y las cajas de los que le rodeaban se alzaban.

Hablaban del tiempo y de la política y del fútbol y de lo vergonzoso que era todo lo que salía en la tele. José, su mujer, sus dos hijas, su hermana y su madre. Su padre había vuelto a la habitación. Encerrado. En la plena oscuridad que ya formaba parte de su vida.

Al rato, el gorgoteo seguido del chirrido ahogado de la cafetera italiana pareció despertar a José hijo, amodorrado en el sofá. Su padre estaba en la cabecera de la mesa de la cocina —en el lugar clásico del que reina en su reino—, comiendo una pieza de fruta a desgana. Daban casi las seis de la tarde, y la luz llenaba la casa, aun cruzando por los agujeros de las persianas. Levantó la vista y lo observó un rato. Sereno, tranquilo, despacio. Les indicó a los presentes que se sentaran con él. Tenía que decirles algo. Su mujer a su derecha, su hija y sus nietas a la izquierda, su nuera enfrentada a él, su hijo entre su madre y su mujer. Todos le clavaban los ojos.

—Traballei no que quixen. Traballei no que me gustou. Gañei uns cartos. O suficiente para todos nosoutros. Penso que disfrutei da vida como pensei. Penso que non teño nada que facer máis, nin teño que pedirle nada a ninguén. Que chegoume a miña hora. Que esto se acaba para mín...

Sus palabras flotaban en el aire y se colaban en las pupilas de los presentes. Los adultos lo miraban. Las dos niñas pequeñas miraban a los adultos —ya no habrá más historias con el abuelo, ya no me comerá las patatas para que me enfade y luego nos riamos, ya no habrá más frases de apoyo—. José Teijeiro acabó sus palabras y se acercó a la cajetilla de tabaco a apurarse el pitillo de la tarde. Lo encendió. Le dio dos caladas y lo apagó. Apenas dio tiempo a que la sinuosa estela de humo se formase en el aire. Ya ni siquiera quería fumar. No le sabía a nada. Fue el último de su vida.

El 15 de junio de 2010, José Teijeiro decidió por sí mismo ingresar en la residencia. Notaba las flemas demasiado abundantes,

y cada vez que tosía, parecía que iba a caérsele el tejado sobre sus hombros. Se asfixiaba con frecuencia. Sentía el pecho como cubierto por un chaleco antibalas.

Los techos y paredes claros del hospital mantienen bien la vaguedad del pensamiento. Apenas la tensión del ambiente crecía por momentos, cuando se acercaban amigos o familiares a verle y pasar un rato con él, y los recuerdos se atropellaban.

Uno de esos últimos recuerdos es del jueves de la semana anterior, cuando vinieron sus tías, de Moeche, con las que se había criado de pequeño. Hijo de madre soltera, jugó y aprendió con ellas como un anexo, como una extensión de sus brazos, como una prolongación de sus cuerpos. Como un hijo. Y como se va a ver a un hijo, se acercaron al regazo de la cama, ahí en donde reposan los antebrazos.

—Veña, Pepe, xa verás cómo te poñes ben e logo ves canda nos ó patrón.

—Non tía, non. Esta vez non vou. Estou morrendo. Non vou chegar.

—Bueno... Pepe... Non digas esas cousas!

José, su hijo, cuando llegó a casa, las observó llorando en la cocina.

En su casa, antes de ingresar, comía un tazón de leche con cacao y pan por las tardes. En el hospital, el apetito seguía. Se lo habían inducido, pensaba. No debe estar para mucho más. En una ocasión le pidió a su hija que le comprara un Bollycao. Y Vero lo despachó descartando la idea por rocambolesca.

—Qué? Boh. Qué me contas?

—Sí muller, sí.

—Pero ti cando viches un bollicao na tua vida?

—Cando traballaba había algúns nas máquinas. Quero probar un.

Su hijo dormía con él todas las noches. De vez en cuando se levantaba para cambiarle las piernas —dormía encogido—, pe-

ro eso no lo sabía, aunque lo intuía porque siempre se levantaba de lado cambiado. Conservaba el apetito y el sueño. Empezaba a pensar que podría salir de aquello tras tres días en el hospital. Esos segundos de calma chicha dejaban en él algo de compasión propia. Tras las horas de cháchara con su hija, se quedaba pensativo, mirando al televisor, sin prestar demasiada atención a lo que ponían. A veces, durante esos tres días, erguía el torso y podía ver por la ventana las casitas y los árboles, las pequeñas fincas, las carreteras que acababan en rotondas; al fondo, el mar, aquel para el que había trabajado toda su vida. Las arañas de las grúas, las gradas, el brillo de la luz anaranjada que hace que las sombras se alarguen hasta tocar los árboles de las paredes del valle. Todo aquello podría ponerlo melancólico, triste. No lo mostraba —no se le ocurriría hacerlo delante de su mujer ni de ninguno de sus hijos—, y cuando pensaba en suspirar, se lo tragaba y carraspeaba. Porque aquellos reflejos dorados sobre la mole de edificios que poblaban la explanada del astillero le transportaban a su juventud, a los talleres de tuberos en los que aprendió a soldar. Porque quizá nada de eso pertenecía ya al presente. Salvo lo que tenía dentro. Eso sí se lo comió en otros tiempos.

El viernes se despertó de un sueño largo. La comida no le entraba. Le sobrevino el recuerdo de todos los meses desde que había comenzado el año, incluso los tres últimos en los que apenas probó bocado, chupando de la pajita —hasta que las dificultades para respirar hicieron la tarea más tediosa de lo que podía soportar— para tragar los infumables batidos y zumos que le daba su mujer o su hija. Y eso era lo de menos, cuando no, tenía que vomitar. Sobre todo tras los primeros días de la quimio. Después se hacía soportable. Bueno, soportable era lo único que le quedaba de la muralla que se había construido para no mostrar debilidad alguna ante nadie. Balbuceaba algún taco de vez en cuando, pero siempre entre dientes. No era así ahora, que llegaba su amigo Alfonso, el po-

licía, que bromeaba con él, poniéndole las cucharadas de yogur de fresa en la boca.

—Veña, home. Toma.

Entonces lo miró fijamente, como nunca lo había mirado. No tenía ira en su mirada, ni tan siquiera estaba dolido.

—Alfonso, non poido.

Y Alfonso, el policía, recogió sus cosas, y dejó caerse en la rutina de los hechos. Ya sabes, tranquilo, ya comerás algo después, y tal. Pero Alfonso sintió algo en su mirada. Algo le decía que no lo volvería a ver.

En las reuniones de la mañana, sobre las doce, con el equipo médico, José, su hijo, trataba de calmar su preocupación.

—¿Seguro que está bien? Mira que si no, me lo cambiáis de habitación, porque...

—Tranquilo José. Está bien. Forma parte del proceso de empeoramiento de la enfermedad. Es algo habitual. Puede estar así seis meses.

Todas las mañanas, desde su ingreso cinco días antes, había presenciado la misma escena, con matices entre una y otra. El domingo 20 de junio, había recibido a su hermana muy temprano. «No pasa nada, es el proceso de empeoramiento de la enfermedad». «Es el ciclo del desarrollo de la enfermedad». Enfermedad, enfermedad. Empeoramiento. No pasa nada. Y así seguiría hasta el fin, con las mismas explicaciones de las mismas caras para las mismas caras. Por eso ese domingo, José creyó oportuno sacarse el móvil del bolsillo del pantalón y hacer una llamada, una hora antes de la reunión de la mañana con los médicos.

—Cristóbal, a ver. Te cuento. Mi padre se ha puesto un poco peor. Si pasa algo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Tú, nada. Tranquilo. Lo único que tienes que hacer, en caso de que falleciese, es pedir que se active el protocolo del amianto. Y con eso no te preocupes que ya está todo.

—Ok, vale.

No había llegado el doctor de guardia y el reloj marcaba la una. José decidió quedarse con su padre, y le dijo a su hermana que se marchara a casa. A darse una ducha. A descansar un poco.

Vero tuvo que volver acompañada de su madre. Su padre había muerto. Eran las dos de la tarde de un 20 de junio de 2010.

1ª parte

2001-2004. De los primeros casos de Agavida



16 de enero de 2001. Los primeros valientes

Amianto. ¿Y eso qué es?

Es un material que se utiliza en mil cosas. Está en nuestra vida como lo puede estar el cemento, la chapa de latón o el conglomerado de virutas de madera. Cosas que están ahí porque tienen que estar. De no ser así, nos habríamos dado cuenta de ello. Porque no funcionan, porque no son rentables, o porque nos hacen daño. O quizá una mezcla de las tres y, tras estudiarlo, dejan de formar parte de nuestro día a día. Porque esos balances, esas cuentas, esos exámenes, esos análisis, esos informes, esas evaluaciones, esos estudios, esas investigaciones, esos peritajes, esas estimaciones, esos cálculos, esos controles... en fin; eso que hacen las personas para delimitar qué está bien y qué está mal, lo harán por nosotros para poder seguir adelante. Para que la casa que pago para que me la hagan no se caiga al día siguiente, para que la comida que me como no me siente mal al día siguiente, para que la pastilla que me tomo porque me duele la cabeza no me cause otros dolores...

¿No?

No.

Un día te encuentras con un colega, un hombretón de esos fornidos y grandes. Lo encuentras confuso, con mucho menos peso, encorvado y con dificultades para respirar. Trabaja en monturas a flote, o es plomero, o soldador, como tú, como muchos otros.

Al poco te enteras de que ha muerto y, como él, van cayendo varios. Te suena el cáncer de pulmón, hay quien lo dice con intensidad. Pero haces caso omiso. Mariconadas, te dices. Tu jefe, tu médico, tu patrón. Tus colegas. Tu mujer, tus hijas. El tabaco, la bebida. Ya sabes tú cómo van esas cosas.

Hasta que alguien te dice que lo que tienes es un tipo de cáncer raro.

Y tú te haces preguntas.

Uno de los que se lo preguntó repetidamente tiene la cabeza redonda y la nariz gruesa si los comparamos con sus ojos pequeños, y la calva con el pelo corto y poco abundante, lacio, parece que pinche. Es Rafael Pillado, un sindicalista de referencia.

El 10 de marzo de 1972, una manifestación de trabajadores de Bazán acaba a tiros, entre las casas del barrio de Recimil y la Iglesia del Pilar. A unos cuatro kilómetros de allí, en el barrio de Caranza, en el Hospital Juan Cardona de Ferrol, Enrique Segrelles, ayudante del neurocirujano jefe, el Doctor Vázquez, mira por los pasillos. Empieza a haber mucho movimiento. Alguien le avisa de que un hombre está entrando en el recinto. Lo que ocurre después sucede en segundos. Se abren las puertas del quirófano, se ponen las vías de sangre para reanimarlo, bolsas, aparatos que van y vienen, agujas, bisturís, más vías. Aquel hombre había llegado vivo. Salió muerto por una embolia gaseosa. Era Amador Rey. Tenía 38 años. Casado y con cuatro hijos.

El otro fallecido de la manifestación, Daniel Niebla, 38 años y casado, estaba justo delante de Pillado cuando le descerrajaron un tiro que lo tumbó en el acto. Pillado intentó levantarlo, pero no pudo. La sangre le brotaba como un chorro.

Al finalizar el día hay dos muertos y más de cien heridos¹.

¹ Muchos de los presentes en aquella manifestación fallecerían años más tarde por patologías derivadas de la exposición al amianto, como Manuel Amor Deus o

Con el paso de los días habrán detenido a varios compañeros suyos. Algo se temieron cuando los grises entraron en el comedor aquella misma tarde a porrazos. A diferencia de sus colegas, Pillado acabaría en la cárcel a los pocos días. Un jeep se cruzó delante de él. Uno de los policías le puso la pistola en el sobaco.

—Ojo con lo que haces, que yo por la patria hago lo que sea.

Ocho años. Entre Coruña y Carabanchel.

Al cumplir cuatro lo indultan junto a su colega Amor. Este le comentará a Eduardo Saborido, un colega de celda, en la 176 de la tercera galería de Carabanchel, que a él, esto de meterse en política, le costaba mucho.

—A mí lo que me gustaba de verdad eran las chavalas, tomar-me los vinos, divertirme con los amigos y jugar al fútbol. Yo, la verdad, era un informal de la leche en muchas cosas. Huía de la disciplina y muchas noches me iba con una rondalla, a tocar y cantar a las niñas, así que ¡figúrate tú cómo me sonaba a mí eso de entrar en el PC!

Cuando salen de la cárcel, en 1976 —ya en democracia—, retoman su vida laboral. Pasarán dos décadas de euforia social hasta darse de bruces con un interrogante. En la segunda mitad de la década de los noventa, muchos trabajadores de los astilleros fallecen de tumores.

Pillado entonces se acerca a compañeros de trabajo —algunos son miembros del comité de empresa—. Les plantea la situación como buscando algo. Pero la información o no llega, o no es relevante, o no tiene coherencia. El tiempo sigue, apenas hay movimiento. Movido por la curiosidad, llama a Julián Ariza, histórico de Comisiones Obreras. Ahora le propone el tema como algo de

José María Rioboo. Uno de los heridos, Jose Antonio (Toñito) Lamas Tojeiro, recibió un disparo que le hirió en el cuello. Fue un tiro limpio. Pudo salir vivo. Falleció antes de cumplir los sesenta de un adenocarcinoma de pulmón. Le encontraron más de tres mil partículas de amianto por gramo de pulmón.

mayor dimensión. Julián le pone en contacto con el que más sabe del tema: Ángel Cárcoba, el responsable del departamento de Seguridad e Higiene en Comisiones Obreras, y uno de los referentes europeos en la Organización Internacional del Trabajo. Le explica con detalle todos los interrogantes que le han venido a la cabeza durante el último año. Quiere quedar con él.

Cárcoba le pasa un dossier. Contiene información acerca de la toxicidad del amianto y sus consecuencias para la salud de los trabajadores. A Pillado todo lo que aparece en esos papeles le suena. Le suena el manipular las mantas de amianto a manos desnudas. Le suena cortarlas en las mesas, le suena hacer los cojinetes para las válvulas y llevarlos al barco. Le suena ver a todos sus compañeros mirando a la neblina y hacer bromas al respecto. Todo eso le suena.

Unas semanas antes, el 15 de octubre de 1999, Pillado escribe una pequeña pieza en *La Voz de Galicia*. Sale en la sección local, en la página 46. El apartado es pequeño, situado en la parte inferior izquierda, de forma rectangular, de a dos columnas y diez líneas, se titula «Debate» en letras capitales, blancas, sobre un pequeño rectángulo negro. Habla de la siniestralidad laboral. Habla del amianto, de lo que *presuntamente* provoca. No estaba seguro. Nadie en Ferrol tenía ninguna certeza. Nadie querría tenerla, supondría el riesgo de perder el trabajo. El sustento de los críos, el pan de los hijos, el «ahora qué». En él, hay una frase que salta sobre las demás: «llama la atención que ante fallecimientos constatados se mantienen un espeso silencio».

Bazán y Astano van a fundirse. Europa quiere cambios y las cuentas no son buenas. La unión entre astilleros públicos y privados se llamará Izar.

En la otra punta de Ferrol, en el Hospital Arquitecto Marcide, esa mole blanca de pisos que asoma por la colina que va hacia el norte, tienen casos de personas con patologías derivadas del amianto.

Se comenta que hay gente que quiere denunciar a la empresa Bazán, y que hay médicos que están dispuestos a ir como peritos.

Salta el primer caso en los juzgados. El 22 de noviembre del 2000 la jueza Raquel Naveiro Santos, del Juzgado de lo Social número 1, reconoce la asbestosis a José Antonio Núñez Fernández. Fija la indemnización en más de 6 millones de pesetas. La tensión va en aumento. Entre los corrillos de la hora del café, entre mesas de mármol y barras de formica, algunos trabajadores del astillero dicen que el tema es importante. Hay personas que afirman que los que envían al Instituto de Silicosis de Oviedo son los mismos que luego acaban mal por el amianto, pero la burbuja no parece estallar. El 4 de diciembre, un periodista que lleva la sección de Tribunales de *La Voz de Galicia* publica otra demanda. El subtitular dice lo siguiente: «El laboratorio de Anatomía Patológica del hospital Arquitecto Marcide ha confirmado que la muerte de un trabajador de Bazán el pasado verano se debió a una enfermedad profesional». El cáncer que acabó con la vida de Alejandro López Gabeiras, de 73 años, tenía su origen en la asbestosis, conocida como la “enfermedad del amianto”. Es la primera vez que se hace referencia explícita a una institución médica local. Es la primera vez que se hace relación a la enfermedad del amianto. Alguien avisa a Carlos en su consulta. Intuye el motivo de la llamada.

Carlos Piñeiro es médico. De nariz aguda y mirada serena. Tiene el pelo canoso, blanco nuclear, como si fuera un recordatorio de los expedientes que ha visto.

Después de estudiar medicina, hace un máster en salud pública. Escoge la epidemiología como su rama profesional. Como el dolor a Pío Baroja, a Carlos lo que le fascinaba y atormentaba es la muerte. La morbilidad humana. Causas. Variables. Qué la produce, qué no. Cómo vivimos y por qué morimos. Por la década de los ochenta había saturación de tumores en Ferrol, y Carlos lo sospecha. Las cifras cuadran. Algo se escapa cuando las cosas coinciden sin haberlas tocado. Sí, eso, demasiada coincidencia. Coincidencia que cuarenta años después tenga que tratar a personas que no lleguen a jubilarse llenas de tumores por todo el cuerpo. Coincidencia

que sea ahora, cuarenta años después de haber trabajado en aquellos túneles en la juventud. Todas las semanas veía un caso similar, casi todos de cáncer de pleura. Llegaban como peregrinos. Las carpetas de historiales se le amontonaban. Eran demasiados como para apartar la vista.

—Demasiados —le diría entonces a un colega de trabajo—, demasiados para ser una mera coincidencia. Son cientos. Creo que hay algo. Tiene que haber algo ahí que les está jodiendo.

Por aquel entonces los índices de tumoración en las zonas fabriles como Ferrol eran más altos que la media española y de los más altos de Europa. De páncreas, de riñón, de tiroides, de esófago... Algunos resultados estremecían. Otros, la mayoría, chirriaban. Al buscar información, se da de bruces con algo. El proceso que viven los Estados Unidos de América en décadas anteriores es similar y le muestra una más que viable ruta. Tumoraciones por todas partes. Empresas cerradas, mucha gente en la calle. Familias destrozadas. Millones de dólares en indemnizaciones. Así, como una sombra detrás de todos esos casos, descubre que el amianto puede que sea malo, puede que te complique la respiración y acabes tu jubilación tosiendo un poco más de lo normal. Y ya. O puede que te deje treinta o cuarenta años viviendo con normalidad y puede que en menos de uno acabe contigo. Todo eso es posible. Es, al menos, razonable. Hasta que llegó el primer paciente que atravesaba lo razonable. Ver a alguien vomitar sangre y encontrar en esa sangre restos de fibras es algo de lo que Carlos no se olvidará nunca. Uno de sus pacientes le habla de su trabajo. Se queda estupefacto. Le dice que los túneles de la base naval militar de A Graña están forrados con amianto. Tenía asbestosis aguda debido a la escasa ventilación en el lugar de trabajo.

Decidió actuar. Buscó información en tesis doctorales, en informes, en libros. Tuvo que pedirlos directamente a librerías de medio mundo. No había internet. Entre trabajos prestados de amigos y libros comprados por correo aparecen los doctores López-Areal, Roisín y Selikoff. Aparecen los estudios epidemioló-

gicos de doctores norteamericanos sobre casos de enfermedades derivadas de la exposición al amianto. Aparecen los nórdicos, los sudafricanos. Aparecen los franceses, los italianos, los canadienses, los belgas, los suizos, los ingleses, los fineses. Aparecen los españoles. Aparecen los vascos, los catalanes, los andaluces, los madrileños. La comunidad médico-científica se mueve. Los epidemiólogos españoles llevan haciéndolo desde el 64, o incluso antes. Carlos se ve pequeño. Desconocía todo eso. La conjura de los necios duele por lo que no te han dejado ver hasta que es obvio. La única manera de saber bien a lo que se enfrenta es tomando decisiones drásticas. La vía oficial o no funciona o no quiere. Así que tira de agenda y comienza a llamar a sus colegas de estudios. Estaban todos más o menos bien colocados en hospitales de todo el país. Conocían organizaciones, sindicatos y agrupaciones. De aquí y de todas partes. Uno por uno, van poniendo las cartas sobre la mesa. Quedaron en llamarse, en enviarse toda la información de la que dispusieran.

No es suficiente. Necesitan datos obtenidos de primera mano. Para empezar, eso supone saltarse varios protocolos. No tenían convenio con ningún otro hospital. ¿Quién pagaría todo eso? ¿Cómo enviarían las muestras si nadie se arriesgaba a llevarlo en un medio adaptado?

Entre varios colegas decidieron jugársela. Estudiaron con muestras histológicas de pulmones potencialmente afectados por exposición al amianto. Hablaron con los familiares, les explicaron la historia. Lo hicieron a escondidas de las instancias oficiales. Pidieron a los colegas del servicio de anatomía patológica del Hospital Arquitecto Marcide para conseguir biopsias sin dar el cante. Se aseguraron bien. La mayoría de los expuestos son los trabajadores del naval, ese fue el comienzo. Luego los pasaron en neveras portátiles para enviarlos a los hospitales para hacer el recuento. El mejor es el Vall D'Hebron, de Barcelona, pero en Valladolid también se pusieron las pilas y estuvieron dispuestos a trabajar horas extra para hacerlo. Desde Ferrol hasta Barcelona, hasta Vallado-

lid. Es un camino largo. No había convenio extra comunitario, no se podían sacar muestras de un hospital y llevarlas a otro sin autorización. Se enviaron pero, bueno, nadie podía saberlo, o acabarían todos en la calle.

Carlos espera la llamada.

Es Pedrouzo, su jefe de servicio. Es el radiólogo de los afectados que están demandando.

—Oye, Carlos. Ven un momento. Quiero hablar contigo.

En una zona apartada del trasiego de personas, Pedrouzo habla claro, pero está tenso, hirsuto.

—¿Por dónde vas? ¿Qué pretendes? ¿Es que no sabes a lo que te enfrentas?

Carlos se queda quieto. Inmóvil, escucha toda una diatriba de excusas y medias verdades. Su jefe ha descubierto que es él el médico que atiende las peticiones de los pocos afectados que han demandado. Le habla de las presiones y de los problemas de andar por los juzgados diciendo cosas comprometidas. Carlos apenas hace una mueca. Sale del interrogatorio con la cabeza alta.

Si su jefe le da un toque, sabe que ha dado en el blanco.

El movimiento sindical local es escaso. La información llega con cuentagotas. Otras ciudades ya se han movilizado desde hace años. Las palabras «proceso americano» rebotan en la memoria a corto plazo como un resorte. Aquí, sin embargo, los comentarios son estremecedores. Varias personas han ido a las oficinas de UGT², y los abogados apenas han movido músculo alguno para ayudarles, les dicen que no hay manera de seguir con esto, que se olviden, que no ganarán, que no merece la pena. La CIG³ y Comisiones Obreras afirman estar en disposición de hacerse eco del devenir públi-

² Unión General de Trabajadores.

³ Confederación Intersindical Galega.

co, pero no hay resultados. Izar parece que ha tomado la táctica del acoso y derribo. Hay miedo, hay amenazas de despidos masivos si se sigue metiendo el dedo en la llaga. Parece una pantomima. Los están condenando a la ignominia.

El 11 de enero de 2001 sale la sentencia de Alejandro López Gabeiras. La jueza Isabel Olmo tumba la demanda. Le reconoce la enfermedad. No obstante dice que tiene que haber una infracción clara de la norma, y que por aquellos años no la había. Pero los datos no cuadran. Los familiares del fallecido cuentan que entró en 1925, y se prejubiló en 1986. La normativa existente comienza sobre la década de los años 40, pero no hay pruebas de que la hayan llevado a cabo hasta, por lo menos, los años 80. Al día siguiente, la misma jueza condena a la empresa Bazán a indemnizar a los familiares del fallecido Francisco Ferreiro Castrillón con 27 millones de pesetas por contraer asbestosis. Se demuestra que la empresa no hacía revisiones periódicas. Nada de esto tiene sentido. Debería suponer un desencadenante en todos los aspectos, deberían alzarse las voces, pero no pasa nada. Hay miedo.

Mucho miedo.

A los dos días Pillado decide presentarse en la delegación local de *La Voz de Galicia*. Colabora con ellos de vez en cuando y lo conocen. Miguel Ángel Souto, el delegado de la sede ferrolana, le expresa su interés por el tema y le ofrece la posibilidad de desarrollarlo por sí mismo.

—Ahí me coges en un apuro. No tengo información suficiente. Lo único que sé es esto —le extiende el dossier que Cárcoba le había dado.

—Vale, no te preocupes. Nos encargaremos de ello.

Miguel Ángel ya estaba avisado. Paco Varela, el periodista de Tribunales que había relacionado historias, le convence de que deben sacarlo, al menos si la historia cuadra y tienen datos que lo corroboren.

Pillado y él hablan un buen rato. Paco ojea los papeles y recopila información. Llama a Cárcoba y a representantes de sindicatos,

a miembros del comité de empresa, a representantes de Izar Ferrol e Izar Fene —las antiguas Bazán y Astano—. Cárcoba, llegado un punto en la conversación telefónica, le expresa sus dudas.

—Paco, ¿estás seguro? ¿Tienes opciones de sacar adelante este tema?

—Sí... ¿Por qué lo preguntas?

—Mira que en el resto del país no se habla mucho del tema. En *El País* han salido, en los últimos años, apenas dos notas...

El 16 de enero de 2001, todas las ediciones de *La Voz de Galicia* titulan en portada: «La enfermedad del amianto amenaza a centenares de ex-trabajadores de Bazán». En las páginas interiores, Pilla-do sale con los brazos cruzados mirando a cámara de frente, apoyado sobre el ancla negra que hay en la puerta de Bazán que hay en Esteiro. En la primera pregunta de la entrevista, sobre cuántos trabajadores podrían estar afectados, responde:

—No lo sé con exactitud. Pero la cifra puede ser de 1.500 o 2.000 compañeros, porque no son solo los que manipulaban directamente el amianto, sino los que estaban cerca.

Medios de tirada nacional como *El País* o *El Mundo* se enteran de lo que está ocurriendo y lo publican. No era la primera declaración pública en la que se afirmaba que el amianto mataba, pero sí lo hacía en Ferrol, y señalando con el dedo a la industria que había dado de comer a tantas familias. Porque en los astilleros trabajaba mucha gente. Muchísima. La cantidad de personas potencialmente afectadas podría ser enorme. Cientos. Miles. Quizás hasta sus familias.

Steve McQueen, Selikoff y las servilletas de Carlos V

Paco Varela se despierta algo más temprano que el resto de los mortales de la ciudad portuaria de Ferrol. Antes de ponerse a recoger información espera la reacción de la ciudad. Aguarda a que amanezca y la luz anaranjada de esta semana de invierno bañe las galerías de los edificios de la calle de la Iglesia, estampados con las sombras de los árboles de la alameda que dan al cantón de Molíns, en donde están las cristaleras de la oficina. En la sala alargada de la redacción, a la que se accede por un portal de la calle de atrás, la Manuel de Cal, Paco atraviesa la recepción y gira a la derecha, donde hay una gran sala rectangular, y tras unos pasos, franqueando las demás mesas de sus compañeros, alcanza la suya. Ojea la edición que ha llegado esa mañana y que reposa en la mesa de recepción, junto con una valija de comunicación interna. Busca el listín telefónico de aquellos miembros que tendrían algo que declarar. Este tipo de procedimientos es casi mecánico. A veces son ellos mismos los que te llaman, cuando la tensión está a punto de hacerles saltar la sesera. Es un sentimiento muy común que te obliga a contar algo para ponerlo en boca de un periodista. Lo haces porque salir en la prensa aporta un peso específico a tus palabras. Ninguna conversación de bar ni ninguna conferencia internacional podrá equipararse a eso.

El problema es pensar que, tras ese intercambio, se crea una conexión. La mayoría de periodistas rara vez mantienen conexiones que duren más de lo que dura la edición que imprimen. No se casan con nadie. Si sus madres les dicen que los quieren, «antes tienen que comprobarlo». Esa imagen de muro impenetrable, ingobernable e incorruptible. O, al menos, eso es lo que les gustaría creer que son. En realidad, son mucho más humanos que todo eso. Son vulnerables. A veces hacen cosas que salen bien y ni siquiera se dan cuenta del porqué. Es por eso que, en la delegación de *La Voz de Galicia*, el 16 de enero de 2001 pasa como otro día cualquiera. Declaraciones, respuestas, interrogantes que darían nuevas disputas. Salen retazos, jirones, piezas de algo. Se muestran las primeras pistas. Otras aparecen por casualidad. Pero ni un solo atisbo de grandeza. De haber destapado ninguna caja. De haber tocado un nervio. Nada.

Paco tiene delante papeles en los que la palabra amianto resalta como un disparo en medio de un bosque. Pero sin ecos del estallido, ni pájaros volando. Son datos, algunos dispuestos sin aparente relación. Otros son informes repletos de informes que citan a otros informes. Algunas son historias con final propio. Tardará tiempo en buscarle un sentido, hasta que los acontecimientos lo confirmen.

Los hay que conmueven. Los hay que intrigan.

Como la muerte de Steve McQueen.

Es en la madrugada del viernes 7 de noviembre de 1980 cuando Steve McQueen da su último aliento. En la edición del día siguiente, las cabeceras nacionales se despiden de la estrella cinematográfica. Lo hacen mencionando su lucha contra el cáncer, que le consume hasta fallecer en el hospital de Santa Rosa, en Ciudad Juárez, México, de una parada cardíaca. En la cabecera catalana *La Vanguardia*, Ángeles Maso firma un texto en el que hace referencia a las míticas películas del actor, así como a sus últimos pasos. Le habían diagnosticado un tipo de cáncer poco habitual, y la ciencia lo daba por perdido. Se refugió entonces en la charlatanería de

un médico norteamericano naturalista —que vivía en el país fronterizo por no poder ejercer en el suyo— que lo creyó salvado. No dura mucho. Sin embargo, unos pocos médicos se aventuraron a especular. Nadie investigó sobre los materiales sobre los que estaba expuesto en su trabajo. Uno de ellos era el amianto. McQueen usaba con frecuencia trajes ignífugos de tela de amianto para las escenas de acción en vehículos, para evitar quemaduras accidentales, tan habituales aquellos años. Bueno, es solo una teoría. Una teoría que se refuerza con su fatídico final. Porque lo que tenía, lo que acabó con su vida, era un mesotelioma pleural.

Mesotelioma. Un tipo de cáncer raro. Varela lo había oído la primera vez en las palabras de Cárcoba.

Pero Paco tiene que rebuscar más y mejor. Y va encontrando cosas.

Tiene que retroceder casi doscientos años para encontrar la raíz de esta historia. Fue en 1798. Giovanni Aldini es nombrado profesor de Física en la universidad italiana de Boloña. Entre sus estudios con materiales en condiciones extremas, inventa un traje con fibras de amianto. Quería proteger la vida. Nada más lejos.

Los datos se atropellan. Halla referencias más antiguas. En *La Vanguardia*, el 12 de abril de 1780, en Oviedo, «el Conde de Toreno Alférez mayor del Principado de Asturias y en su compañía el P. Fr. Iñigo Buenaga Monje Benedictino en el Real Ministerio de S. Juan de Corias se emplean desde Abril del último año por encargo de la Diputación del mismo Principado y de orden del Supremo Consejo de Castilla, en dirigir las excavaciones y hacer el reconocimiento de algunas canteras de amianto de varios colores situadas en el Concejo de Allande y término de lugar de Figueras de esta Provincia».

No sirve.

También aparecen las servilletas de amianto de Carlos V con las que se limpiaba después de comer. O las telas de Carlomagno con las que sorprendía a sus invitados. Las echaba a la lumbre, y la suciedad se evaporaba, quedando la manta intacta y sin mácula alguna.

Tampoco sirve.

Quizás como curiosidad histórica. Como los usos del amianto presentados en el mismo diario en 1850. Pero nada que hable de las enfermedades generadas por su exposición. En el 20 de enero de 1882 la casa Héctor Albasin de Milan, que trabaja con amianto en el textil teatral por su incombustibilidad en telas y paneles para telones y bastidores, cartón de amianto para techos o cortinajes en sustitución de la reja metálica, presenta una obra en la calle Escudillers de Barcelona.

Nada.

Ese mismo año, en agosto, en la Ópera de París hay un incendio producido por una descarga eléctrica. Poco después, en las Tullerías, dos jóvenes quieren colarse sin pagar y dan con los alambres de una lámpara y mueren electrocutados. Un inventor, un tal Mr. Geoffroy inventa los cables eléctricos revestidos con amianto para evitar estas desgracias.

Ídem, no hay nada. Nothing. Res. Ren. Rien de rien.

Las preguntas se hacen sin saber a dónde apuntar. Las primeras respuestas se centran en la asbestosis, y el desconocimiento mitiga el impacto, y la ignorancia desinfla la presión de los pómulos hinchados y rojizos de aquellos que no saben qué responder, que tienen como única arma el levantar brazos y apretar puños.

Pero sigue sin aparecer nada.

Hasta que da con la edición sevillana del *ABC* del 27 de diciembre de 1967. En un pequeño apartado se refleja una nota de la agencia Efe en Washington. Unos científicos del Middlesex General Hospital, en New Brunswick, Nueva Jersey, han encontrado una dolencia característica de los trabajadores del asbesto. Es «un tipo raro de cáncer». Le llaman mesotelioma, y solo está presente en estos trabajadores. Al final de la nota, un dato. En Estados Unidos hay cerca de cien mil trabajadores en esta industria, y el país consume más de un millón de toneladas al año en tres mil usos diferentes. Ese detalle, el de los tres mil usos, quedará grabado en la memoria de muchos, pero pocos advertirán que ese estudio

es parte del comienzo del final. Los epidemiólogos en particular, y la ciencia en general, deciden dar el salto, y todo lo investigado se transforma en un corpus teórico enorme sobre el que asentar las bases del proceso de cambio que se extenderá al mundo entero, que tendrá su punto álgido en 1999, cuando la Unión Europea se ponga de acuerdo para erradicar el amianto. Unos pocos países, entre ellos España, Grecia y Portugal, conseguirán aplazar el problema hasta la entrada del siglo XXI, y la controversia durará hasta 2004 con el Convenio de Rotterdam⁴. Parece, al menos para Paco, que el proceso es imparable.

Sí, pero hay problemas.

El periodista agarra los papeles y los revisa, se mesa el pelo que empieza a blanquearse.

En 1982 un gabinete de comunicación crea en Francia el *Comité permanent pour l'amiante* (CPA). Es afín al Gobierno socialista del primer ministro Mauroy y a los movimientos sindicales. Sin embargo, actúa como *lobby*, como grupo de presión, partidario de las empresas que trabajan con amianto. Elabora informes que sirven de base para la formación de estatutos, resoluciones, normas y reglamentos tanto nacionales como internacionales. Es el intermediario perfecto. Va acompañado del movimiento sindical, del Gobierno socialista y de algunos científicos, y sirve muy bien como plataforma visible de cara a la prensa. Su interés desaforado se muestra cuando los Estados Unidos quieren prohibir definitiva-

⁴ Y pese a ello, no fue firme. La reunión celebrada del 20 al 24 de septiembre de 2004 en Ginebra, Canadá y Rusia bloquearon de nuevo la inscripción del crisotilo (amianto blanco) en la lista del PIC, en inglés, algo así como el procedimiento de consentimiento fundamentado previo aplicable a ciertos plaguicidas y productos químicos peligrosos objeto de comercio internacional. Dado que el comercio de estas materias se puede realizar siempre y cuando se tenga el consentimiento del país importador, el amianto blanco es comercializado en la actualidad por y para muchos países.

mente el uso del amianto en 1986. El Gobierno francés se niega, respondiendo con un informe del CPA. En 1991 Alemania quiere el mismo proceso y lo impulsa a través de la Unión Europea, y vuelve a ser el CPA el que mantiene a raya la prohibición. Cuatro años después, la cabecera francesa *Le Monde* saca un artículo destacando la relación entre el comité y el lobby del amianto. El escándalo se hace máximo. Se deshace el comité.

Pero el mal ya está hecho. Los países productores y las empresas interesadas ya tienen la lección aprendida. Y contraatacan. Un martes 27 de octubre, en la página 32 de *La Voz de Galicia*, Félix Rodríguez, enviado especial a Bruselas, dice lo siguiente: «Canadá pretende obligar a la Unión Europea a comprar amianto».

Estamos en el año 98, y parece que nada ha cambiado.

A nadie le sorprenden los titulares. Desde hace años caen así, como perlitas de agua, pero parecen hacerlo en la sequedad de un desierto.

Y nada de esto parece pertenecer al comienzo.

Son datos soltados sin orden ni concierto. Caen en la mesa de Varela como una descarga de escopeta. Miles de pequeñas partículas candentes de información difíciles de sortear que parecen no llevar a ninguna parte. Como la denuncia que, en 1988, Comisiones Obreras realiza sobre los estudios de RTVE de Prado del Rey. Dicen que podrían contener materiales tóxicos. El 15 de junio se hace formal a la Dirección General del Trabajo. Las instalaciones estaban hasta arriba de amianto. Al periodista todo esto le sirve, pero a medias. Desde hace cuánto tiempo llevan denunciándolo, se pregunta.

El proceso americano y el consecuente proceso europeo tienen peso, mucho. Pero faltan muchas piezas. Algunos de los informantes de los periodistas extreman en la historia para darle empaque a lo que está pasando en Ferrol.

—Es lo mismo que el proceso americano, lo mismo que ocurrió en Estados Unidos ocurrirá aquí. Repetimos las mismas fases.

Es idéntico —le diría Cárcoba a Varela en una de las tantas conversaciones mantenidas a lo largo de las primeras dos semanas de enero.

Una de las referencias comunes que se encuentran son los artículos escritos por Paul Brodeur en la revista *New Yorker*⁵, o por Barry Castleman⁶. Hablan del «juicio del siglo». Hablan de las presiones del lobby para frenar la prohibición. En los EE.UU. once obreros afectados de asbestosis se enfrentan a la empresa Johns Manville. El juicio comienza en 1932, pero no es hasta el año siguiente cuando los abogados obtienen treinta mil dólares para todos. Tanto se afanaron por ocultarlo que tardó en salir a la luz casi cincuenta años. El acuerdo al que habían llegado los trabajadores y la empresa era recibir esa cuantía a cambio de no emprender acciones legales contra la compañía.

Salud por dinero. Es algo que se repetirá con el tiempo.

En 1934 los médicos de la compañía de seguros Metropolitan Life Insurance Co., detectan una alta incidencia de asbestosis en los obreros de Johns Manville. La Johns Manville y la Raybestos Manhattan editan un artículo sobre las enfermedades derivadas de la exposición al amianto, tratando de minimizarlas. Dicho artículo es escrito por un médico de una compañía de seguros, la Metropolitan Life Insurance Co., la misma que descubre el pastel.

⁵ Los artículos de Paul Brodeur publicados en el *New Yorker* se compilaron en un libro. *Outrageous Misconduct: The Asbestos Industry on Trial*, destapa la cara oculta de la industria del amianto en Estados Unidos.

⁶ Barry Castleman, Richard Lemen, «The manipulation of the international organizations», *International Journal of Occupational and Environmental Health*, vol. 4, n. 1, enero-marzo 1998. No obstante, Barry Castleman llegó a publicar en el diario *El País* en noviembre de 1983, junto con Devra Davis y Vicenç Navarro, «El silencio sobre el amianto, una herencia letal», en el que ya advertía de los peligros del amianto y del silencio administrativo. En *Democracia, desigualdad y salud*, libro coordinado por Ángel Cárcoba también hay un capítulo escrito por él sobre el amianto.

Saben que acaban de destapar la Caja de Pandora. Aunque no fueron los primeros. Ya en los años 20, la empresa norteamericana Turner & Newall conoce, a través de informes internos, a enfermos que vivían cerca de las factorías⁷. Antes de este suceso, en 1895, en Condé sur Noireau, en la región francesa de Calvados, aparecen las primeras muertes relacionadas: cincuenta fallecidos en cinco años. Tres años después, en el Reino Unido, Lucy Anne Evelyn Streatfeild, conocida como Lucy Deane, es una de las primeras inspectoras jefe de trabajo del país. En un escrito, basándose en un informe del inspector médico Thomas Legge, da a conocer la peligrosidad de las partículas del mineral en la salud de los trabajadores. Doce meses después, en 1899, y el doctor Montague Murray atiende a un joven de treinta y cuatro años, ingresado en el hospital londinense Charing Cross. Al fallecer, en la autopsia diagnostica una fibrosis pulmonar en la que encuentra unos cuerpos extraños. Era amianto. El joven había estado trabajando catorce años en un taller de cardado de hilo de amianto. Era el único superviviente de un grupo de diez hombres. Todos fallecieron de los mismos síntomas, todos con la misma edad, alrededor de la treintena. Siete años más tarde publica sus conclusiones al Departamental Comité on Compensation for Industrial Diseases. No es tuberculosis. Esto es otra cosa.

El amianto mata.

El movimiento preocupa. No se cumple ni la primera década del siglo, y en Italia un tribunal desestima la demanda interpuesta por la British Asbestos Co. contra un periódico italiano por haber publicado un artículo en el que se caracterizaba al material como

⁷ Aunque la bibliografía consultada para obtener datos históricos es muy extensa, escritos como el de María Roselli, *Las mentiras del amianto, Fortunas y delitos*, Málaga, 2010; *Amianto: un genocidio impune*, Málaga, 2014; de Francisco Báez Baquet; o la tesis de Roberto Rodríguez Roisín *Aspectos Fisiopatológicos de la asbestosis pulmonar*, Barcelona, 1975, son los recomendados, por su detalle y meticulosidad.

peligroso; al mismo tiempo, en Gran Bretaña, una comisión parlamentaria registra los primeros fallecidos por esta causa y recomienda una serie de mejoras en la seguridad laboral. Las empresas aseguradoras ven las barbas del vecino y se lanzan a cambiar puntos en sus contratos para no cubrirlos, algo que se mantendrá hasta la actualidad. Una semana después de salir en prensa local los casos de miles de trabajadores afectados por amianto, Izar (las unidas Bazán y Astano) suscribe con la aseguradora Musini (la actual Mapfre Global Risks⁸) una póliza de seguro de Multiseguro en febrero de 2001 que excluye, en el punto 3.6 de las Condiciones Particulares, de cualquier tipo de enfermedad profesional, aun siendo considerada accidente laboral y, en el artículo 3.16 de las Condiciones Especiales, excluye las enfermedades profesionales de cualquier tipo (neumoconiosis, asbestosis, silicosis y similares). Desde ese punto de partida, todas las nuevas denominaciones de la empresa han pasado por el mismo proceso. En 2004 Izar Construcciones Navales S.A. pasa a ser New Izar S.L. y firma un seguro, unos meses antes de constituirse, de Responsabilidad Civil en el que, en el punto 7.15 de las Condiciones Especiales, excluye las enfermedades profesionales de cualquier tipo, incluso siendo definidas como accidente laboral, por ejemplo, neumoconiosis, asbestosis, silicosis, etc; también descarta las reclamaciones por daños materiales y sus consecuencias, resultantes o causados por asbestos en cualquier forma o cantidad. En 2007 New Izar es ahora Navantia, y firma con Mapfre un seguro con las mismas condiciones.

Porque, los antecedentes de estas medidas vienen de fuera. Ya en 1918, la New Yorker Prudential Insurance Company se niega a asegurar los costes derivados de las dolencias de los trabajadores del amianto tanto en los Estados Unidos como en Canadá, en ba-

⁸ Musini fue vendida por la SEPI, la Sociedad Estatal de Participaciones Industriales, a Mapfre Caja Madrid Holding en julio de 2003. La misma SEPI era accionista tanto de la aseguradora como de los astilleros en 2001.

se a documentos e informes publicados hasta la fecha. En dichos informes se hablaba de jóvenes fallecidos por enfermedades relacionadas con la exposición al material. Algunos tenían poco más de veinticinco años. También se afirmaba que el polvo de amianto era tóxico, que los estudios científicos publicados eran más que suficientes para demostrar la causa-efecto. Muy al contrario de las medidas de seguridad en los puestos de trabajo, que eran muy deficientes, que no las había. Que, con todo lo expuesto, no aseguramos nada.

Que no pagan. Y punto.

Así pues, integrantes del sector deciden dar un paso adelante, tanto en América como en el viejo continente. En noviembre de 1929, miembros de la industria del amianto se unen en una sociedad conjunta, la S. A. Internacional del Asbesto-Cemento (SAIAC), de la que forman parte las empresas con mayor peso en toda Europa. El sector español estaba representado por la filial de Uralita, y su accionista principal era José María Roviralta y Alemany. Cabe destacar que, convertida Uralita S.A. en multinacional a mediados de siglo xx, su principal accionista es el Grupo March, del que Juan March, su presidente, es también accionista de otros conglomerados empresariales, entre los que destacan, también, grandes medios de comunicación nacional.

Toman la estrategia de tierra quemada. En Estados Unidos y en Gran Bretaña comienzan los procesos judiciales y algunos ya acumulan indemnizaciones. Dado que el olvido es muy resistente, emprenden acciones de acoso y derribo contra todo aquello que pueda ser sensible de dañarlos. Desde amenazas de despidos hasta acuerdos extrajudiciales. Incluso van a por la prensa y a toda publicación que determine que el amianto es dañino. En 1935, funcionarios de las empresas Johns Manville y Raybestos Manhattan dan instrucciones al director de la revista *The Asbestos Magazine* de no publicar nada sobre asbestosis. Son varias cartas las enviadas que se conservan, muchas provenientes de la figura principal, la más activa: el presidente de Raybestos Manhattan, Sumner Simpson.

Y cuatro años más tarde, en 1939, en la Exposición Universal de Nueva York, la compañía Johns Manville decide exhibirse en todo su potencial, dejando a los presentes boquiabiertos con una figura colosal con forma humana, un maniquí gigante que saludaba a los visitantes, hecho íntegramente de amianto. Todo el evento está relacionado con el amianto para mostrar sus bondades para con la humanidad. Hasta el propio recinto de la Exposición Universal está fabricado con amianto, desde las cubiertas hasta los tubos subterráneos.

Durante la Segunda Guerra Mundial el uso de amianto es masivo. El uso de contaminantes es masivo⁹. Se dan casos de tumores en los campos de trabajo de la Alemania nazi. Historias de supervivientes que no se conocerán hasta el siglo XXI, gracias al trabajo de investigación de María Roselli, que en Ferrol no se conocerá hasta pasados unos años. Roselli habla del nacimiento de la familia empresarial del amianto, de los fallecidos de la DAZAG¹⁰ y de los problemas en Suiza por el reconocimiento de afectados a trabajadores italianos en las fábricas de amianto.

Hay que esperar dos décadas para que la industria se dé contra dos muros. Uno es el primer gran proceso judicial, en diciembre

⁹ No se salvó ni el tabaco. En un estudio realizado por William E. Longo, Mark W. Ridgler y John Slade, se encontraron en paquetes de la marca Kent no abiertos de los años 1952 al 1957, de una de las multinacionales tabaqueras, la British American Tobacco, amianto en los filtros de sus cigarrillos. Otro ejemplo de uso cotidiano era la escarcha navideña como elemento decorativo, en la que se usaba profusamente el crisotilo, o amianto blanco, como efecto de nieve artificial, o en las barbas de las figuras de Papa Noel. En algunas películas de Hollywood está registrado el uso de este material para lograr el efecto nieve, como en *El Mago de Oz*, que hasta la escoba de la bruja estaba hecha de hilos de amianto para que no ardiera.

¹⁰ La Deutsche Asbestzement-Aktiengesellschaft, la alemana de asbesto-cemento, que después daría pie a la SAIAC Internacional.

de 1966 en Beaumont, Texas, contra once sociedades industriales del amianto. Aunque una primera sentencia fue favorable al sector, tres años después se tumba, condenándolas. Con ello, al sentar jurisprudencia, comienzan a florecer las demandas. Son millares. En el año 78, cinco mil obreros de un astillero californiano formulan una demanda colectiva contra quince entidades relevantes del amianto en el país. Alegaban que las empresas conocían la peligrosidad del material desde 1934, y no hicieron nada.

Otro papel importante lo jugó el doctor Irving Selikoff. Por esa misma década visita una fábrica de la compañía Johns Manville. Predice una alta incidencia de tumoraciones relacionadas con el material fibroso. Directivos y científicos lo tachan de alarmista. Selikoff lleva desde el año 43 estudiando casos similares. Ese mismo año, el Saranac Laboratory de Nueva York, una entidad creada para estudiar los efectos de diferentes polvos, y que es financiada por la industria del amianto para comprobar sus efectos, descubre, en un informe, la relación entre amianto y cáncer. Es un experimento con once ratones. En menos de tres años de exposición, el 82% de ellos desarrollaron cáncer de pulmón. Se decide en 1947, en una reunión entre las empresas que lo financian, que el informe final no vea la luz. La Johns Manville y la Raybestos están presentes.

Cuando Selikoff acaba su investigación en 1972, ha presentado dos grandes estudios epidemiológicos y analizados más de dos mil casos. Uno, presentado en 1965, estima que los trabajadores expuestos al mineral fibroso durante veinte años padecen siete veces más cáncer de pulmón que el grupo de control. En el otro, tiene más de seiscientos casos y predice que tiene que haber, al menos, la mitad de fallecidos. El drama se confirma. La cifra real es peor. Mueren más de cuatrocientos, y el problema se extiende a familiares y personas cercanas a los grupos fabriles.

En 1982 el llamado juicio del siglo aglutina más de trescientas mil demandas. Medio siglo de litigio. Pero en agosto del mismo año, Johns Manville se declara en bancarrota para protegerse de

las demandas y decide crear un fondo de compensación. Se agota en seguida. Apenas da para indemnizar a los primeros demandantes. Sin embargo, la empresa se reformula y al año siguiente sigue funcionando con normalidad. Hoy sigue haciéndolo. En su web no hay referencia histórica alguna al asbesto. Salvo lo de la bancarrota.

En 2001, la cifra de demandas en Estados Unidos alcanza más de setecientas mil. Sí, un siete y cinco ceros. Las entidades demandadas ascienden a más de ocho mil. Las indemnizaciones que se reclaman superan los setenta mil millones de dólares¹¹. Hasta entonces, treinta y cuatro son las empresas en quiebra. Miles de trabajadores fallecidos de forma prematura. Otros tantos afectados.

Paco Varela no da crédito. Todo esto ahí, y nosotros sin tener ni puñetera idea. Había pensado, por unos segundos, que era otra bravata de Pillado, otro cañonazo al aire, de esos que se lanzan para ver si da con algo. Pero no hay nada de azar.

Desde la redacción las llamadas telefónicas se suceden, agolpándose unas con otras. Decide ponerse a escribir cuando tiene a todos los aludidos resumidos en su libreta. El tableteo seco y duro de las teclas es lo único que rompe el silencio de la tarde de enero. Las sombras entran por los ventanales.

En esa ciudad portuaria que parece ignorar gran parte del mundo al que está pegado, cuando el problema se desvela, para muchos ya es demasiado tarde.

¹¹ Puede parecer una cifra irreal, pero de cada caso son miles los afectados, y las cantidades en indemnizaciones ascienden con facilidad. Como ejemplo, KBR, una de las mayores constructoras de campos de petróleo, gaseoductos y refinerías de Halliburton, cuyo socio mayoritario es Dick Cheney, el que fue vicepresidente de los USA con George W. Bush, accedió a pagar 4.200 millones de dólares a los damnificados en una demanda conjunta. Esa empresa utilizaba amianto en la construcción de sus fábricas. Por otro lado, la propia Halliburton anunciaba en junio de 2014 que reservaba 391 millones de dólares para cumplir con las demandas judiciales entabladas por casos relacionados con amianto.



Irresponsables

El 17 de enero de 2001, el presidente del comité de empresa de Bazán y miembro de Comisiones Obreras, José Matesanz, acusa de irresponsables a todas las personas que han dado cifras de posibles afectados, más aún «cuando no existen estudios fiables que lo confirmen». Los representantes de los sindicatos también hacen su mención. Pillado considera que es tarde. Algunos, como Mario Bouza, de UGT, dice que no hay que pagar dinero por salud. Que hay que ir a la raíz y acabar con el amianto. Que «ojo con monetizar las pérdidas».

Las reacciones se suceden por todo Ferrol. Barrios enteros como el de Caranza o Esteiro son copados por grupúsculos de trabajadores y jubilados que se preguntan si eso del amianto es tan grave. Las sedes de los sindicatos mayoritarios se llenan en horas. Apenas dan abasto. Un flujo constante de información corre por las redacciones locales de los periódicos. Tardarán tiempo en saber quiénes son los que informan a los periodistas. Algunos dan palos de ciego. Eso provoca más presión.

Al día siguiente, el 18 de enero, Izar Ferrol, la antigua Bazán, reconoce trescientos posibles casos de afectados por exposición al amianto, de los cuales dos tercios están todavía en activo. Javier Galán Pérez, coordinador del comité de seguridad y salud laboral

de la empresa, dice que el astillero ferrolano «ya no es una fuente de contaminación de amianto, como lo pudo ser en otros tiempos». En el subtitular, afirman que hablar de mil quinientos afectados sigue siendo excesivo. El mantra de que la empresa mantiene unas medidas de seguridad más exigentes que la propia ley se repetirá con los meses. En la columna de la derecha, el doctor Juan Carlos Álvarez, del servicio de anatomía patológica del Hospital Arquitecto Marcide, afirma que tienen seis casos de mesotelioma de los últimos tres años. También hace referencia al archivo de documentación sobre tumores que alberga el complejo hospitalario.

—El mesotelioma es la forma maligna de la asbestosis, Paco —le diría por teléfono el doctor Álvarez al periodista.

Amianto. Mesotelioma. Será la primera vez que se hagan públicos esos términos. Casi ochenta años más tarde de cuando comenzó.

Un día después, dedican a Ángel Cárcoba, responsable de Seguridad e Higiene de CCOO toda la página cinco entera de la sección general de *La Voz de Galicia*. Parece como si hubiese esperado la primera reacción para asestar un golpe definitivo. Habla de que Galicia no tiene un registro de actividad de trabajos relacionados con amianto, que tiene en su posesión actas de Inspección de Trabajo de los años 70 y 80 y que en ellas se muestran unos valores de concentración de fibras muy elevados. Más de lo que permite la ley. Advierte, además, que lo del tiempo continuado de exposición no es del todo cierto. Se han dado casos de personas que han contraído enfermedades en poco tiempo. Otras, que lo han hecho por estar cerca de una fábrica. Se habla de la moratoria que España ha pedido a la Comunidad Económica Europea hasta el 2005 para prohibir el amianto. En esa misma página, quince personas, algunos ya jubilados, otros todavía dentro, incluso viudas de trabajadores, quieren formar una asociación de afectados.

Es mucha la información que proporciona. Después de cada párrafo largo, Cárcoba se disculpa.

—Vaya rollo que te estoy soltando, Paco.

Cárcoba se encuentra con artículos de periódicos que confirman los hechos que van apareciendo, y se los va enviando al periodista. Aunque no son publicados al día siguiente, le vendrán bien para el futuro. El problema ahora, piensa Varela, será no repetirse, porque su informante no para de abastecerle de documentos. Uno de ellos, del 18 de mayo de 1997, Angelines Montoya, de *El País*, publicaba «El amianto sigue causando víctimas, pero el gobierno no prevé prohibirlo», en el que habla de los afectados por la empresa Uralita S.A., y en un apartado, un breve de Tribuna, titula «¿No hay alarma?». Dice que hay más de tres mil usos del material en nuestra vida, y eso no parece preocupar a nadie. Además, Enrique González, del Instituto de Seguridad e Higiene en el Trabajo se explica.

«No hay que crear alarma. Porque aquí no se usó tanto amianto en los edificios como el empleado en otros países. No estoy diciendo que no nos encontremos frente a un riesgo muy grande, pero la situación no es tan mala. En España, por ejemplo, se empleó muy poco el amianto en trabajos de edificación, y casi nada en aislamiento.»

Su opinión no es compartida por otro experto, que dice que un 85% de las toneladas consumidas de amianto en 1996 fueron para fabricar fibrocemento. El nombre del experto consultado es Cárcoba. Como en la práctica totalidad de las noticias e informes. Se convierte en uno de los que mantendrá en jaque a los opositores, a los indecisos, a los que lo niegan todo. A las empresas. Incluso a sus propios colegas. Algunos verán en él un problema. En Ferrol, no todo el mundo lo recibe de la misma manera.

—Estás mejor calladito —le dirán en una reunión de trabajadores.

Salud o trabajo.

Difícil elección.

Cada movimiento es medido. El problema es más grande de lo que se creía. Las posiciones siguen siendo contradictorias. Nadie sabe a qué clavo agarrarse. La táctica de derribo no funciona. No son simples peseteros que quieren algo extra para acabar sus vidas un poco mejor. Salen casos de padres de familia que fallecen con menos de cincuenta años. Hay funerales que se convierten en reuniones. Se ven con frecuencia. Las mismas caras de tristeza en distintos entierros.

Han pasado tres días, y los sindicatos mayoritarios, UGT, CCOO y la CIG han conseguido reordenar sus caminos en uno, al menos sobre el papel. No paran de repetirlo, aunque no conseguirán un acuerdo pleno al menos hasta tres semanas después. Hay que acabar con el amianto, dicen. El secretario general de UGT Mario Bouza afirma que es fundamental acabar con este material, y recuerda que es una tarea enorme, dado que en el país existen más de tres mil usos del mismo. Hay movimiento en las oficinas, y los teléfonos no paran de sonar. Comisiones Obreras está preparando unas jornadas técnicas sobre el amianto para el 8 de febrero. Endesa declara estar desarrollando un plan para retirar todo el amianto de la central de As Pontes, situado en la parte baja de la turbina del grupo tres, encargando la obra a un grupo especializado, que prevé acabar antes de mediados de junio. La duda se expande como un gas. Se habla de que en otros países hay equipos de expertos especializados en estas tareas. Aquí no hay ninguno. Pillado decide responder a Matesanz, y a las personas de los sindicatos que todavía dudan, con una columna que titula «Alarma». Siguen llegando trabajadores y jubilados a las sedes de los sindicatos. Tanto las antiguas Bazán como Astano ofrecen información con cuentagotas. Hay protestas. No se inmutan. Siguen la directriz de no hablar. No alarmar. No vayamos a afectar a las familias. Cárcoba habla casi todos los días con Varela. Le suelta largas exposiciones. Muchos datos. A veces, las preguntas hostiles causan daño.

—A mí, lo que me irrita, lo que de verdad me avergüenza es ir a la comisión europea y tener que dar explicaciones que no sé cómo explicar.

El domingo 21 una nueva página es cubierta en su totalidad. Carlos Piñeiro aparece como uno de los informantes de un programa realizado en el Hospital Arquitecto Marcide. Entre 1988 y 1990 habían sido detectados doscientos casos de asbestosis entre trabajadores del naval de la ría de Ferrol, sobre todo de Astano y subcontratas. Las empresas subcontratadas y sus trabajadores son los grandes olvidados de esta historia. Muchas de ellas cerraron con los años. Los trabajadores afectados no tienen forma alguna de demostrar su situación, al no poder dirigirse legalmente a ninguna entidad. No hay registros fiables de cuántas personas de estas empresas pudieron estar afectados. Lo mismo ocurre con los procesos judiciales.

Se menciona otro posible gremio afectado: la Armada. La causa es simple. Muchos barcos de los Estados Unidos, tras la Segunda Guerra Mundial, fueron entregados a países como España en relación a los acuerdos de cooperación tras la apertura del cerco comercial en 1955. Estos barcos estaban cargados de amianto. Eran más de una docena. El portahelicópteros Dédalo, el Ferrandiz. Los destructores Lepanto, Alcalá Galiano, Almirante Valdés, Gravina, Churruca, Méndez Núñez, Blas de Lezo y Juan de Lángara. Los Aragón, Castilla y Galicia están en Rota. Otros, como los de transporte o de desembarco Hernán Cortés y Pizarro, están en activo. En unos días comenzarán a aparecer casos de la Armada. Eran los más jóvenes los que mandaban a monturas a flote, a repararlos. El primero, un suboficial maquinista. «Los buques de la ayuda americana», titularía Paco Varela su investigación. Acertó de pleno.

Se suman a los posibles afectados los talleres de reparación y las personas cercanas a los trabajadores. La mayoría dicen no tener ni idea.

De ningún afectado en una empresa modélica, a varios centenares reconocidos. De una estructura empresarial ideal, a descubrir grietas en el sistema de seguridad. Hasta tres años tardará el Tribunal Superior de Xustiza de Galicia en resolver los recursos salidos de los juzgados locales. Los mismos tres años tardará en recono-

cer la Xunta a un solo enfermo por exposición al amianto. Demandas a la empresa, afectados llenando las sedes de los sindicatos. El SMAC¹² que ve el futuro desbordado. Un grupo de afectados y familiares que quiere crear una asociación, esperando la reacción de los sindicatos.

No han pasado ni quince días desde que *La Voz de Galicia* publicase la primera exclusiva.

Los primeros días de febrero se suceden con el constante gotear de información. El RERA¹³ no sirve y apenas registra empresas que usen amianto. La Xunta no tiene reconocido a ningún trabajador fallecido a causa de la exposición al amianto, ni hay programas de prevención.

Los trabajadores de los astilleros comienzan a impacientarse sobre cómo afectará esto a sus puestos de trabajo. Las víctimas salen del anonimato y vuelcan sus historias en el rellano o el alféizar. Algunos de los edificios de Tejeras o de las Casas Baratas tienen casi todos los buzones con alguna historia detrás que esté impregnada de fibras tóxicas. Se prepara un debate en la radio para el 7 de marzo y se prevé el aforo completo. La ciudad entera bulle de conversaciones de bar y las cafeterías se clasifican por dolencias. Todo el mundo conocía algo, o le suena algo, o tiene certeza de algún detalle. El día antes, aparece publicada la historia que Antonio Vizoso había escrito sobre su hermano José Ramón. Dice lo siguiente:

«Me llamo José Ramón Vizoso López, DNI 32.584.009 y nací en Ferrol el 28 de octubre de 1942; en el año 1957 ingresé en Bazán como aprendiz en el gremio G1 correspondiente a la rama de Maquinaria. Fui destinado al término del aprendizaje al taller de Monturas a Flote, donde permanecí como

¹² Servicio de Mediación, Arbitraje y Conciliación.

¹³ Registro de Empresas con Riesgo de Amianto.

oficial en buques de variada clase: cargueros, petroleros, barcos de guerra, durante veinte años. Durante este tiempo manipulé todo tipo de materiales, tóxicos y no tóxicos. Estuve en contacto permanente con el amianto en las salas de máquinas de los buques. Vi este material en todas sus formas, como coquilla, tela o frisas. Siempre trabajé sin la menor protección: no sé si la empresa tenía información de lo peligroso que era esta actividad, aunque me pagaban un complemento de tóxico. Tampoco sé si la empresa actuó con total negligencia en cuanto a medidas de seguridad. En la década de los 80 fui destinado a la Oficina Técnica de Maquinaria (Fábrica de Turbinas), hasta mi prejubilación en el año 1999. A todo esto, nunca fumé ni bebí alcohol, y hago todos los días caminatas de una a dos horas de duración. En abril del año pasado se me presentó un ligero dolor de garganta, acompañado de tos. El médico de cabecera me recetó un jarabe, antihistamínicos y unas gotas hasta que el 21 de julio me dio un volante para hacer pruebas de tuberculosis, analítica general y placa de tórax, que me hicieron en el mes de septiembre. El 1 de agosto fui a conocer el resultado de la analítica y el médico me dijo que tenía alto el ácido úrico. Mi médico me entregó una hoja con la dieta aconsejable, y el mismo día me envió al neumólogo, que me fijó fecha para el 8 de noviembre. Como cada vez tenía más tos y había perdido más de cuatro kilos en dos meses, acudí a una clínica privada (San Lorenzo). El 8 de agosto, el doctor Sevillano, después de auscultarme y hacerme una placa, me dijo que tenía el pulmón derecho «tocado»: ingresé por Urgencias en el Marcide. Después de ocho horas de espera me enviaron al Hospital General. Allí, tras nuevas pruebas, me detectaron la enfermedad que padezco (cáncer de pulmón). Me dijeron que el proceso de la enfermedad llevaba bastante tiempo incubándose, que no era repentino. Cuando me encontraba en el Centro Oncológico de A Coruña, el 7 de octubre, sometido a tratamiento de radio y quimioterapia, dejé de existir».

El día 7 de marzo, el fresco del aire húmedo empapa las gabardinas, chaquetas y abrigos de las personas que suben hacia el hotel para escuchar en vivo y en directo el especial de radio sobre el amianto en Ferrol. Quedan pocos minutos para las doce de la mañana, y las escaleras beige del número 2 de la calle María, el Hotel Almirante, se llenan de zapatos que se agolpan al compás del golpe seco de la madera contra la piedra. Da comienzo el programa de radio, emitido por Onda Cero para la ciudad, y luego las voces que presentan a la fundación y al programa. Rondas de cinco minutos, parlamentos tensos, muchos datos. Todo muy resumido. Más de ciento cincuenta personas abarrotan y hacen pequeña la sala. En las primeras filas hay afectados. En las últimas hay afectados. En la mesa larga que preside la sala, además de los moderadores, están José Vázquez Portomeñe, director xeral de Relacións Laborais de la Consellería de Xustiza, Interior e Relacións Laborais de la Xunta de Galicia, Jesús Mosquera Sueiro, secretario general de UGT Galicia y Hermenegildo Franco, subdirector de Seguridad e Higiene en el Trabajo de Izar. Por teléfono, desde Madrid, Manuel Gómez-Cano Hernández, director del Centro Nacional de Nuevas Tecnologías del Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo y, desde Oviedo, Isabel Isidro Montes, del Instituto de Silicosis. También estará Rafael Pillado Lista, como Presidente de la Asociación de Afectados, todavía en constitución. En un lateral se reconoce la figura de Piñeiro, que intervendrá junto con otros dos afectados directos y el hermano de un fallecido por lo mismo. Varias personas lo han saludado hasta alcanzar un sitio libre. «Aí tes o médico das vítimas», se oye murmurar al paso de aquellos que quieren acercarse. Los moderadores Francisco Docampo Gómez, director de la Fundación Fernández Latorre, Digna Casas Hevia, delegada del Grupo Voz en Ferrol y Carmen Cruzado Iglesias, jefe de informativos de Onda Cero Galicia hablan con frases escuetas y concisas. Saben de la importancia del debate, tanto en contenido como en extensión. Una nube parece flotar en toda la sala. Nadie sabe por dónde va a salir la tensión acumulada. Los prime-

ros en hablar son los que ofrecen la visión oficial, tanto de la empresa como de los organismos públicos. En cuanto Pillado agarra el micro, con la goma del color verde de la empresa radiofónica, Vázquez Portomeñe niega con la cabeza. Está diciendo que ya antes de 1980 los astilleros sabían que el amianto era nocivo. Los representantes reconocen la situación previa a ese año, pero ahora, dicen, es diferente. Alguien del fondo susurra. Otros afirman con la cabeza, dando bandazos amplios, de arriba hacia abajo.

—Sí, sí, eu vin as pegatinas dos fardos.

—Si ahora no pasa nada, ¿de qué se preocupan?

Para Vázquez Portomeñe, en resumen, «é un problema do pasado, non de futuro».

Uno tras otro exponen sus dolencias y sus dudas. Le llega el turno a Manuel Criado Cela. Agarra el micro con la mano izquierda. Comienza a hablar.

—Sientes fatiga, como si estuvieras cansado todo el día. Como si te faltara el aire. Toses y toses. Y sientes que estás muy limitado.

Varias personas se suman y asienten.

Al día siguiente, la Feria de Muestras recibe a Cárcoba para presentar su libro y hablar del amianto. Unas jornadas que durarían casi todo el día, en las que participan técnicos y representantes de entes públicos y privados. Gumersindo Rego Fernández, del Instituto de Silicosis de Oviedo habla de la peligrosidad de las fibras alternativas, y de la obligación de dejar el tabaquismo, el cual potencia el desarrollo de enfermedades hasta cincuenta y ocho veces. El magistrado de lo social del Tribunal Superior de Xustiza de Galicia, Jose María Cabanas Gancedo hace una explicación de la resolución del Supremo en la que ya se ha resuelto el problema de las reclamaciones por daños y perjuicios de los demandantes. Vázquez Portomeñe repetiría lo dicho el día anterior, en el programa de radio. Es necesario un equipo multidisciplinar para atajar el problema. Es necesario un mapa de registro del amianto. Es necesaria la creación de una unidad especial en el centro médico...

No se habla de otra cosa, al menos para calmar los ánimos. Tardarán años en cumplirse algunas de ellas. Cárcoba, mientras, habla de empresas involucradas, de sistemas enteros corruptos hasta la médula. Habla de Italia, de Estados Unidos. Habla de Sevilla y de Cerdanyola. Habla de cifras. Decenas de miles de fallecidos hasta 2030. En Ferrol, estima, más de seis mil.

El constante movimiento de información ha llegado a las esferas políticas. Tras veinticinco años de democracia —la mayor parte gobernada por el PSOE— el problema de las asbestosis en los astilleros gallegos llega a manos públicas. En el congreso de los diputados, Francisco Rodríguez del BNG hará una primera inmersión. Solicitará al Gobierno recabar información, acabar con la moratoria y tener un mayor seguimiento de los afectados y de las empresas inscritas en el RERA. Los sindicatos CIG, UGT y CCOO han pedido, en conjunto, celebrar una reunión con el Conselleiro de Sanidade, José María Hernández Cochón para abordar el tema del amianto. En el ayuntamiento de Ferrol no se habla del tema hasta el último viernes del mes, el día 23 de febrero. La moción de la prohibición del amianto en nuevas construcciones, además de un censo, promovida por Fuco Buxán y presentada el 31 de enero, es llevada al consistorio por el PSOE. Hay un intercambio de opiniones y el tono va creciendo por momentos. El popular Ángel Gundín quiere zanjar el asunto.

—Creo que ese tema no se debería tratar aquí..., porque no somos expertos en la materia.

—A moción é para intentar que non se agrave un problema de saúde pública do que xa está afectado moita xente!

El edil socialista, Bonifacio Borreiros, responde casi visceral. Se puede cumplir la promesa que días antes le había hecho a Pillado al aceptar llevar la moción, acogéndose al reglamento de participación ciudadana del Concello. Se deja caer en el asiento y observa el resto del pleno. Busca la mirada de Pillado. La votación se lleva a cabo. El PP y el Grupo Mixto se abstienen. Sale aceptada

en su totalidad. Habrá prohibición. Habrá censo de edificios con amianto¹⁴.

Es la señal inequívoca de que ya no hay marcha atrás.

La primera semana de marzo comienza llenando las salas del SMAC con demandas a Izar por parte de afectados. Jesús Porta Dovaló y José Manuel Aneiros son los abogados que llevan más casos. El primero, que luego se convertiría en el referente legal de gran parte de los afectados de la asociación, tramita el primer viernes treinta demandas. Aneiros, de Comisiones, tiene en su haber más de sesenta posibles casos. Las carpetas se amontonan. En la CIG hay catorce casos más, y van en aumento. La empresa apenas da comunicados públicos salvo para decir que cumplieron con la normativa. Hay un goteo de trabajadores que se acercan al personal de Izar para preguntar por temas médicos. La enfermería es un constante ir y venir de buzos azules preguntando lo mismo varias veces. Unos días después, el 9 de marzo, la directiva decide no seguir especulando, y manda a mil trescientos trabajadores a hacer un análisis médico. Quieren buscar posibles afectados. Dejan fuera a los prejubilados y retirados que suman más de dos mil. Varela, al hacer números, recuerda a los afectados en activo y los suma. La empresa ya reconoce a 700 en activo, sin contar a los retirados.

El martes 13 se reúnen los secretarios generales comarcales de los sindicatos CCOO, UGT y CIG y José María Hernández Cochón. La Consellería de Sanidade no reconoce las cifras. No tienen forma de corroborarlas. Los representantes sindicales mueven números elevados. El de Comisiones Obreras afirma que en la última reunión reunieron a casi dos centenares de personas, venidas de todas partes.

Hablan de la necesidad de crear un centro médico de referencia en la ciudad. Hablan de la posibilidad de derogar la moratoria.

¹⁴ En la actualidad no existe tal censo de edificios con amianto.

Hablan de la salud de los militares. De crear comisiones de seguimiento, de involucrar las consellerías competentes. Que lo hagan, que no sea papel mojado.

Porque, de no hacerlo, saldrán a la calle.

Parece demasiado fácil, al menos se tiene esa impresión. En menos de dos meses la movilización ha pasado de una alarma a un derecho. Desde el pleno del Ayuntamiento de Ferrol al Congreso de los Diputados. Del comité de empresa a las manifestaciones en las calles. En menos de dos semanas se debatirá una proposición no de ley relativa a tratar medidas a tomar ante la asbestosis en los astilleros públicos. Es llevada por el parlamentario del BNG Francisco Rodríguez Sánchez y será apoyada por los partidos del Grupo Mixto. Tratarán de conseguir acabar con la moratoria, crear una unidad médica de atención específica en Ferrol, y que el Estado tenga un fondo de compensación para las víctimas, como ocurre en otros países. Muchos ojos están puestos ese día en los teléfonos y la radio. En Ferrol, mucha gente tiene la certeza de que es el final de toda una pesadilla.

El 21 de marzo, un miércoles, a las diez y cinco minutos de la mañana, se abre la sesión. El presidente del congreso Lanzuela Mariña toma la palabra.

—Damos comienzo a la comparecencia cuatrimestral del señor Secretario de Estado de Economía, de la Energía y de la Pequeña y Mediana Empresa, el señor Folgado Blanco, acordada por la comisión, para informar sobre la coyuntura de la economía española, previa remisión del informe correspondiente.

El vicepresidente Eguiagaray Ucelay toma la palabra.

—Buenos días, señoras y señores diputados. Vamos a dar comienzo a la sesión de la Comisión de Economía y Hacienda, en cuyo orden del día tenemos en primer lugar la comparecencia cuatrimestral del secretario de Estado de Economía, de la Energía y de la Pequeña y Mediana Empresa, a quien doy la bienvenida en

nombre de todos ustedes para que informe sobre la coyuntura de la economía española previa remisión del informe correspondiente y que obra ya en poder de las señoras y señores diputados. Señor Folgado, cuando quiera, tiene usted la palabra.

Folgado comienza su parlamento. Pasarán horas hasta que se hable del siguiente punto del día. Hay dos proposiciones no de ley esta mañana, y la segunda se espera tensa, porque hablarán de la polémica de Sintel. Antes de hacer un descanso de dos minutos, el presidente de la cámara baja saluda a los alumnos de una universidad madrileña. Serán los primeros testigos del primer varapalo contra los afectados.

—Quería dar la bienvenida y saludar a un grupo de estudiantes invitados, que hoy nos acompañan, de los últimos cursos de derecho y de derecho y empresariales de la Universidad Carlos III. Es bueno que vean que los políticos, como el que acaba de hablar y los que han hablado antes, son algo realmente cercano y que alguno se anime a meterse en política porque últimamente no está muy bien valorada por algunos y hay que buscar gente joven.

Los parlamentarios ocupan de nuevo su sitio, aunque algunos ni se han movido. La voz del presidente resuena en los altavoces.

—Señorías, pasamos al siguiente punto del orden del día. Proposiciones no de ley. En primer lugar, la relativa a medidas a tomar ante la asbestosis en los astilleros públicos, presentada por el Grupo Mixto. Para su presentación, tiene la palabra el señor Rodríguez.

A Francisco le pesan las hojas, son muchas. Tienen muchos datos que ha tenido que releer para no trabarse. Es un hombre de poco pelo, ojos pequeños y voz grave y atemperada. Parece que le gusta meterse en circunloquios cuando habla, porque así expresa mejor lo que quiere decir.

—Previamente a meternos en el caso concreto que nos ocupa, nos gustaría comentar algunas cuestiones referidas a los antecedentes históricos y a la situación actual en relación con los casos de asbestosis; casos que tienen sus antecedentes más remotos en

la transición del siglo XIX al siglo XX, coincidiendo con la expansión industrial, que se manifiesta a través de distintas enfermedades como la fibrosis pulmonar, conocida como asbestosis, el cáncer broncopulmonar, el de laringe y también una muy particular y abundante en nuestros astilleros, el mesotelioma de pleura, de peritoneo o de pericardio. A partir del año 1955 las autoridades sanitarias no dudaron de la relación causal que existía entre el cáncer de pulmón y la exposición al trabajo con amianto; se demostró experimentalmente que ciento trece trabajadores que habían estado expuestos durante 20 años al contacto con este material acabaron sufriendo diversas manifestaciones de carácter cancerígeno...

La exposición es larga y densa. Habla de la historia del uso del material, así como de la situación actual. Muchos datos han sido obtenidos de informes médicos, de sindicatos y de organizaciones de otros países de las propias empresas involucradas, así como de estamentos de la Unión Europea. Habla de los barcos de la Armada estadounidense. Habla de los registros de exposición al amianto antes de los años 80, habla de las moratorias en otros países, de las medidas de otros países. Varias veces coge aliento. El último punto es su mayor baza. Explica la contradicción de datos obtenidos de estamentos oficiales.

—... acabo recordándoles que en una comparecencia del 28 de abril de 1998 en la Comisión de Política Social y Empleo de este Congreso de los Diputados, el Gobierno reconoció, respecto del número de trabajadores que ha sufrido alguna patología derivada del uso del amianto durante el período 1980-1997, que se han producido treinta y siete fallecimientos. Las causas de estas treinta y siete muertes fueron: seis por mesotelioma, once por carcinoma pulmonar, doce por asbestosis y ocho por insuficiencia respiratoria aguda. Estos datos chocan con los del Ministerio de Sanidad, a través del Centro Nacional de Epidemiología, que reconoce entre cuatrocientas sesenta y quinientas muertes por año. La diferencia de los datos está simplemente en que en la Comisión de Política Social y Empleo se informaba desde una ópti-

ca puramente laboral y, sin embargo, Sanidad da unos datos puramente sanitarios, pero no cabe duda de que no se puede esconder la cabeza debajo del ala y decir que este problema no existe.

El presidente da la palabra al parlamentario socialista Díaz Díaz, que ofrece datos generales de Europa, así como el problema del amianto instalado. Añade datos y más datos que hacen difícil asimilar una situación en el país que hace dos días parecía desconocida.

Entonces toma la palabra el parlamentario del Partido Popular, Souvirón García. Los papeles también le pesan. Va cargado de normativas existentes. Se ajusta las gafas y comienza a hablar.

—La asbestosis es una fibrosis pulmonar producida por la inhalación de fibras y polvos de amianto, que tiene la consideración de enfermedad profesional en nuestro ordenamiento jurídico laboral...

En los asientos de la oposición se masca la derrota. Comienzan a salir uno tras otro ordenamientos jurídicos habidos desde los 80. Le siguen las normas de seguridad adelantadas a su tiempo.

—... además, el astillero de Izar-Ferrol ha venido tradicionalmente adelantándose a la regulación legal general en la previsión de las consecuencias del trabajo con amianto. En los años sesenta, antes de que en 1971 la ordenanza general de seguridad e higiene en el trabajo lo hiciera obligatorio, ya se utilizaba en la empresa la protección respiratoria en los trabajos con riesgo de amianto. En febrero de 1977, cuando todavía no existía ninguna normativa legal específica, el servicio de seguridad del astillero, debido a los índices de mayor toxicidad del amianto aparecidos en ciertas publicaciones técnicas, establece unas normas de seguridad específica, llamadas instrucciones de seguridad para prevenir los riesgos de exposición al amianto, adelantándose así al conjunto de la industria española al respecto...

Tanto los parlamentarios del BNG, como del PSOE e IU saben que el resultado está decidido. Estando en minoría, si el partido que forma el Gobierno la rechaza, se quedarán como entraron. Sin nada. Al ser una proposición no de ley, no habrá ronda

de respuesta y contra respuesta. Se juega todo a una carta. No habrá ni técnicos ni peritos ni nadie que justifique que esas normativas de las que hablan nunca se llevaron a cabo, que nadie hizo mediciones en seco durante aquellos años, que el uso de mascarillas no funcionaba, que muchos de ellos ni tan siquiera las usaban, bien porque no había, bien porque era una «mariconada». No habrá nadie que suba al estrado y pregunte la duda que revolotea en todos: de ser así, de haber medidas de seguridad desde los años sesenta... ¿de dónde salen los enfermos? ¿De qué mueren? ¿De una tuberculosis? ¿De una anemia mal curada? ¿Enferman corriendo por la calle? ¿Enferman porque es una moda?

El popular Souvirón, tras hacer un breve análisis de las prácticas médicas que se realizan para atajar el problema como análisis médicos a posibles afectados, coge aire.

—... Por todo ello, nos parece que, si bien toda cautela es poca, las garantías legales vigentes y la práctica de la empresa son suficientes en este momento para prevenir y tratar el problema de la asbestosis en la factoría de Izar-Ferrol, entre otras cosas, porque algunas de las propuestas de la iniciativa que debatimos ya se cumplen en la realidad de cada día.

Ha dejado los cuatro puntos principales de su negativa para el final. Ni son tantos afectados como se está diciendo, ni hay tantos problemas para identificar la incapacidad profesional, ni hay problemas derivados del reconocimiento médico y de los protocolos médicos que corresponden.

—... En cuanto a la creación de un fondo económico, dado que las medidas recogidas anteriormente no proceden desde nuestro punto de vista, al estar recogido por la normativa vigente, no nos parece necesario el fondo que se solicita para cubrir las necesidades que pudieran derivarse, precisamente, de la toma en consideración de lo que anteriormente se nos proponía.

Habla de los materiales alternativos y la legislación vigente al respecto. Todo está bien. No hay más que podamos hacer, porque ya lo hemos hecho todo.

—Por tanto, con arreglo a todo lo dicho, nos parece que tenemos un edificio legal suficientemente importante sobre la materia que tratamos, y con ese edificio legal se garantiza sin duda alguna que la enfermedad esté suficientemente prevenida y que se puedan tomar las medidas oportunas para su tratamiento. Nos parece que, existiendo todas estas leyes, lo que debe plantearse es su cumplimiento, si alguien piensa que no se están efectuando, y estamos seguros de que las normales relaciones entre el comité de empresa y la dirección de Izar-Ferrol seguirán avanzando en la permanente mejora de la situación. En ese ámbito es en el que creemos que se debe seguir avanzando y, en consecuencia, vamos a votar en contra de la iniciativa que se nos plantea.

Tras las palabras del parlamentario de Izquierda Unida, Frutos Gras, se procede a hablar del segundo punto del día, sobre la actuación del Gobierno con respecto a Sintel. Son cerca de las dos del mediodía, y llegan las votaciones. La primera será sobre la asbestosis en los astilleros públicos.

El presidente de la cámara toma la palabra.

—Pasamos a votar, en primer lugar, la proposición no de ley relativa a medidas a tomar ante la asbestosis en los astilleros públicos, del Grupo Parlamentario Mixto, con la incorporación de la enmienda del Grupo Parlamentario Socialista, que ha sido aceptada por el proponente.

Efectuada la votación, da el siguiente resultado: votos a favor, dieciséis; en contra, veintidós.

—Queda rechazada.

Pese a ser rechazada en el congreso de los diputados, en la última semana de marzo hasta el inicio de abril, se suceden las conversaciones de cafetería sobre el amianto. En ellas se ojea los papeles mestizos de la prensa, esa que te deja el mismo malestar cuando lees que cuando te das cuenta del hollín residual en los dedos al pasar todas las páginas. Salvo por una. Las reuniones de sindicatos y parlamentarios ha dado sus frutos. La presión de los trabajadores

y retirados afectados ha dado sus frutos. El Gobierno nacional estudia prohibir todo el amianto, en todas sus formas. Acabar con la moratoria. Preparar un plan de seguimiento, conocido como PIVISTEA¹⁵, y revisar la normativa europea. Siguen afirmando que las cifras no son tan altas como las propuestas por las asociaciones, y la legislación es más estricta que la europea. En los bares resuenan las mismas preguntas. Las asociaciones las recogen, las editan y las redactan en textos que envían a sindicatos y partidos políticos. Si la normativa es más estricta que la europea, ¿por qué pedimos una moratoria que lo prohíba en 2005 y no antes, como el resto de Europa? Si tenemos las mismas garantías jurídicas y sociales que el resto de Europa, ¿por qué el INSS y la Seguridad Social nos ponen tantas trabas para el reconocimiento de nuestras enfermedades? ¿Y qué pasa con las mutuas? ¿Por qué tanto lío¹⁶? ¿Por qué no tenemos un fondo de compensación como en otros países europeos?

Con el tiempo se demostrarán erróneas estas declaraciones políticas pero, pese a todo, es un avance. Si lo prohíben, ya no habrá más víctimas. El grifo se cerrará aquí y ahora.

Pasarán unas semanas de negociaciones en la capital del país entre miembros de sindicatos y miembros del Gobierno. En la se-

¹⁵ Programa Integral de Vigilancia de Salud de Trabajadores Expuestos a Amianto en España.

¹⁶ Las asociaciones de víctimas tienen dispares problemas judiciales, que dependerán de los tribunales de cada comunidad autónoma. Esto puede ocasionar problemas cuando la demanda se realiza a organizaciones estatales. Por poner un ejemplo, la Sala de lo Social del Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León desestimó, en mayo de 2014, la demanda interpuesta por parte de un trabajador al INSS, excluyéndolo de toda responsabilidad. Meses después, en agosto del mismo año, era el Tribunal Superior de Justicia de la Región de Murcia quien condenaba al INSS a hacer frente a las prestaciones por incapacidad permanente de un obrero de la antigua Bazán.

de nacional de Comisiones Obreras se gestiona una reunión a la que acuden organizaciones de afectados de todo el país. La manifestación del 28 de abril de 2001 es la más multitudinaria. Las conversaciones con miembros del ministerio de Sanidad y Consumo se intensifican. Tienen que pasar tres meses más, hasta el 3 de julio. La ministra de Sanidad, Celia Villalobos, tras unas llamadas unas semanas antes, recibe a José María Fidalgo, secretario general de Comisiones Obreras, que le pide que acabe con la moratoria antes de que finalice el año. Que no podemos seguir produciendo materiales con amianto, que no hay manera segura de producirlo, que muere mucha gente. Ambos sentados sobre sofás con las piernas cruzadas, haciendo esquina, sin estar enfrentados, con una pequeña mesita sobre la que reposa una foto con los miembros de la plana ministerial. Él con americana y pantalones oscuros, con barba de dos días. Ella con traje de americana de manga corta y pantalón claros. La mirada tranquila.

—Pepe, está en camino. Te lo prometo.

El grifo está cortado.

Se hace oficial en diciembre. Seis meses después se hará efectiva.

Afectados, asociaciones y entidades públicas y privadas de todos los ámbitos profesionales harán hincapié en el amianto instalado, ése que, por ley, puede mantenerse hasta el final de su vida útil. Como el de las Torres Gemelas. Un mes antes del fin de la moratoria, el 11 de septiembre, caerán toneladas de amianto convertido en polvo tóxico sobre la población de Manhattan y su vecina Jersey City, además de los barrios colindantes. Algunas voces discordantes caerán en el absurdo defendiendo el uso de amianto para salvar vidas, sin percatarse del posible daño que podrían causar las nubes de polvo. Años después, en julio de 2014 el *New York Post* publicará un reportaje sobre un estudio realizado por el Hospital Monte Sinaí, en el que demostrará que más de 2.500 implicados en las labores de rescate y desescombros de la Zona Cero del World Trade Center de Nueva York han contraído algún tipo de

cáncer por la presencia de materiales tóxicos en la zona, doblando en número el recuento que tenían el año anterior: la nota de la agencia Efe dirá lo siguiente: «Unos 37.000 policías, bomberos, integrantes de servicios de emergencia y salud pública, así como voluntarios, trabajaron durante un periodo de tiempo lo suficientemente prolongado en el epicentro del atentado del 11 de septiembre como para incrementar sustancialmente el riesgo de padecer esta enfermedad. De ellos, 2.158 padecen diferentes tipos de cáncer pulmonar, pancreático, de tiroides, leucemia, mieloma múltiple —cuya atención ha sido costeadada fundamentalmente por el Fondo de Compensación a las Víctimas (VCF, por sus siglas en inglés). Este fondo ha entregado a 115 afectados, a día de hoy, una cantidad aproximada de 50.5 millones de dólares (unos 37 millones de euros), con indemnizaciones individuales que van desde los 400 mil dólares a los 4.1 millones.»

Criticarán su prohibición como parte de una corriente de histeria científica. Corriente que llegará, incluso, a ahondar en el pensamiento crítico de algunos europarlamentarios. Roger Helmer, parlamentario conservador del grupo Europa de la Libertad y de la Democracia Directa, incluso moverá ficha en cuanto al carácter benigno del crisotilo, del amianto blanco. Una de sus enmiendas al texto sobre «Los riesgos para la salud en el lugar de trabajo relacionados con el amianto y perspectivas de eliminación de todo el amianto existente», en octubre de 2010, propone una enmienda para eliminar la última frase del párrafo siguiente: «Considerando el aumento del riesgo de sufrir cáncer entre la población expuesta a niveles muy reducidos de fibras de amianto, «incluidas fibras de amianto crisotilo». Helmer, por su parte, reconoce la influencia de los estudiosos e intelectuales que defienden las bondades del amianto blanco. En su blog, cita a Christopher Booker, columnista del diario inglés *Sunday Telegraph*, periodista que arremete contra aquellos que cuestionan tal idea, apoyándose en los estudios y comentarios del, según él, experto internacional John Bridle. John Bridle es investigado por periodistas ingleses de

la BBC y el diario *The Guardian* como uno de los representantes del lobby del amianto en el Reino Unido. Se define como científico consultor del International Center for Asbestos Research (ICARE), de la Universidad de Glamorgan, en Gales. Dicha universidad desmiente la existencia de tal organismo. Y Bridle tampoco tiene formación académica, es profesor honorario en una desconocida institución rusa, cercana al lobby del amianto. En 2006, irá a dar una conferencia en Montreal, Canadá, para presentar un nuevo concepto del fibrocemento que, según él, deja de contener crisotilo porque su composición química cambia en cuanto es encapsulado por el cemento tipo Portland. Dicha composición la define como «Casitile¹⁷», y el proyecto se presentará al Gobierno del Reino Unido a través del Asbestos Watchdog, institución de la que es director, para que pudiera ser comercializado en Europa como producto inocuo y libre de amianto. La única persona que aparece citada como coautor es Sophie Stone, que por aquel entonces no tiene formación académica relacionada. Era la Project Manager. Sophie dejará el cargo un año después, al mismo tiempo que el departamento de Salud y Seguridad del Gobierno británico criticaría al Casitile de forma desdenosa. En la introducción, la argumentación presentada por parte de Bridle presenta un material que se transforma en otro tras un «proceso inexplicable». Sobre cómo se consigue el amianto blanco, afirma «que se hace de forma segura». Bridle llegó a apoyarse en una supuesta investigación de otro científico, el doctor Frederick Pooley, que le desmintió por carta, a través de la Universidad de Cardiff.

El científico Bridle, el periodista Booker y el europarlamentario Helmer se apoyan en el informe Meldrum. Suelen obviar, u olvidar, que Meldrum sí consideraba el crisotilo un potencial cancerígeno pero, según él, solo a cantidades muy elevadas.

¹⁷ Citado en su idioma original, el inglés.

La lista de defensores del amianto blanco no es muy extensa, pero cada uno de ellos vale años de litigios y demoras administrativas. Otros, sin embargo, defienden a las víctimas y perderán sus vidas en el camino.

Carlos Piñeiro, en enero de 2002, sufre un infarto de corazón a la salida de un juicio.

En la madrugada del lunes 14, Carlos prepara, a la luz del flexo en su mesa, la hoja de entrega al juez, que servirá como documento pericial. Así lo había aprendido el médico, tras tantos juicios. Llevaba más de un paquete de tabaco fumado, y la tensión le rebotaba como un tam-tam en las sienes. Antes de irse a la cama, su mujer fisgaba a través de la puerta entreabierta.

—Noto una molestia en el brazo. Por aquí.

—Pues déjalo, que te va a dar algo. Vamos a urgencias a que te miren.

—Qué va. Seguro que es de estar tanto tiempo encorvado, mirando al ordenador.

Al día siguiente se siente mareado. Son dos vistas. En la primera se lo dice a sus colegas. En la segunda el malestar crece. Acaba los juicios y, bajando las escaleras del juzgado, nota un dolor agudo y punzante en el pecho. Los ojos le salen de las órbitas. Mira a su alrededor, buscando un taxi. No hay, están de huelga, manifestándose en el centro por el apuñalamiento de un colega. Un taxista se lo dice, no puede llevarlo. Se sube a su coche y, antes de arrancar, escribe en un trozo de papel: «estoy sufriendo un infarto». Lo hace porque semanas antes lo había hecho un colega suyo. Trata de medir el tiempo de los semáforos para cogerlos todos en verde. Tiene que llegar en menos de 8 minutos al hospital más cercano. Tomará el camino más directo, por la rotonda de Canido, la recta del Juan de Lángara y seguir por Catabois hasta dar en el Hospital Arquitecto Marcide. Cuando llega han pasado siete largos e interminables minutos. Subiendo las escaleras, a punto del desmayo, aparece un colega. Es Molíns.

- ¿Qué te pasa? Tienes muy mala cara.
 —Calla, joder, que estoy teniendo un infarto.
 —Estás de coña, ¿no?

Lo ingresan. Tiene tres coronarias obstruidas. Catéter y dosis de fibrinólisis, un anticoagulante. Ha tenido suerte. Es una inyección muy costosa, y el stock es muy reducido. Ese día y a esa hora, el hospital solamente tiene una. Lo van a trasladar a Coruña, al Hospital Juan Canalejo. Una vez estabilizado, en la ambulancia, Carlos oye al técnico que lo acompaña.

—Estás al límite. Te han dado cinco crisis anginosas. Has perdido mucha masa muscular.

En Coruña, lo recibe otro compañero. Es cardiólogo. Le sonrío. Carlos cierra los ojos.

«Estoy salvado».

En la habitación 818, Carlos supera el infarto. Ha llegado a creer que era el final. Su mujer no para de atender llamadas telefónicas. Paco Varela llama dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde. En una semana estará fuera. No para de decirse que dejará la intensidad de sus proyectos. Quizás está quemado. Durante estos años ha perdido a dos amigos, y ha visto en sendos juicios cómo se desestimaban sus alegatos. Es demasiado. Demasiados proyectos, demasiadas causas. Demasiado todo.

Volverá a los juzgados en diciembre. Decide crear una asociación de enfermos de corazón mientras tanto. Por el momento, lo único que ha dejado es el tabaco. Y para siempre.

Las manifestaciones siguen. Como siguen las demandas al astillero durante todo el año. Los pasillos del SMAC se copan en días determinados con las caras de un mismo bando. Lo mismo que los archivos de los juzgados. Pero nada parece mejorar.

Es cuestión de números. Sale más caro hacerlo general que ir caso por caso. Compensa. Y mientras no se haga más grande, mejor. Además, hay mucha gente que no está de acuerdo. De algo hay que morir, dicen. La empresa lo sabe. El desconocimiento, a

veces, es una elección. Los jueces, de momento, están de parte de la directiva de las empresas Bazán y Astano. En enero de 2004 se cuentan el número de juicios y todos, menos uno, han sido favorables a la empresa. Ha habido cerca de sesenta. Los jueces de lo social, los dos, dicen que no admitirán más demandas hasta que el Tribunal Superior de Xustiza de Galicia se pronuncie. Confidencialmente, algunos jueces admiten que no tienen forma de demostrar nada, que faltan datos. Los abogados de los sindicatos cuentan con más de doscientos casos a presentar, y cerca del millar en estudio. Los bufetes privados tienen decenas de casos. Nadie sabe a qué atenerse. Izar reconoce la invalidez a afectados por amianto, pero es la misma empresa la que luego no reconoce que ese trabajador esté contaminado.

Mientras, los cursos, las charlas, las conferencias, los debates, hasta las disputas delante de una barra de bar se mantienen. No han parado estos años. En barrios como Ultramar, Inferniño, Caranza, Recimil o la Magdalena, o localidades colindantes como Narón, Fene o Neda. En todas ellas y en más lugares ha habido reuniones para hablar sobre el amianto y lo que produce. Si no fuera por ellos, nadie sabría a qué se enfrentan. Ningún representante de la directiva ha aparecido en público desde hace tres años, ni lo hará. Añadir a esto los recursos presentados al TSXG¹⁸ por la jurisdicción empleada. Izar quiere la laboral, en donde el trabajador tiene que indicar que contrajo la enfermedad, y no la social, en la que sería Izar quien tendría que demostrar que llevó a cabo las normas de seguridad. Llevan a un perito, el doctor Sevillano, que achaca el mal que padecen al tabaco, o que puede decir que «si el trabajador sufre placas pleurales como consecuencia de la exposición al amianto pues mejor, porque así no evolucionará hacia peor». Y eso es todo lo que ofrece la empresa. El resto son los miembros de los comités. Y no ha sido fácil su papel. Se han lava-

¹⁸ Tribunal Superior de Xustiza de Galicia.

do los trapos sucios mutuamente. CCOO, CIG, UGT y USO¹⁹ han mantenido una relación tensa. Esto ha motivado el desamparo de las víctimas, que no han tenido claro a quién arrimarse. Al final deciden moverse por su cuenta, apoyándose, en ocasiones, en las estructuras sindicales, aunque en Ferrol, quienes más arriman el hombro son los miembros de Fuco Buxán, encabezados por Pillado, y la creciente asociación Eurosaúde, promovida por Piñeiro. Pero necesitan un empuje, algo que les diga que tienen razón. Que sigan adelante.

Son muchos pasos por las calles agarrando pancartas sin ver ningún resultado.

El 6 de marzo de 2004, tres años después de las primeras demandas en los juzgados locales, los trabajadores, retirados, prejubilados, viudas, hijos, familiares y vecinos leen en la prensa: «El Tribunal Superior de Xustiza de Galicia (TSXG) ha confirmado la única sentencia favorable dictada en Ferrol por un caso de fallecimiento de un trabajador como consecuencia de enfermedades derivadas del amianto (un mesotelioma pleural). Una segunda, que los jueces locales desestimaron, ha sido revocada por la sala de lo Social del TSXG y le da la razón al demandante, que está [vivo], pero sufre placas pleurales».

Les dan la razón.

Han ganado.

Los días 6, 7 y 8 de mayo se celebran unas jornadas sobre el amianto en el Ateneo Ferrolano, en la esquina de las calles Méndez Núñez y Magdalena. Las organizan Fuco Buxán y Eurosaúde. Apenas hay viento y nubes, y la temperatura refresca por momentos, dejando entrever algún rayo de sol que calienta a quien toca. Hay representantes de asociaciones de todo el país y el público llena la sala. Algunas personas se quedan de pie en los pasi-

¹⁹ Unión Sindical Obrera.

llos laterales. Establecen sus reivindicaciones: que el problema pase a ser una cuestión de salud pública y no un problema laboral, la elaboración de un estudio epidemiológico, reclamar responsabilidades, un fondo compensatorio para las víctimas, planes públicos de desamiantado de edificios y máquinas, así como su registro. Se acuerda crear una asociación nacional que englobe a todas las demás, que se firmará en noviembre, en Madrid. La de Ferrol no está formada, pero algo más de una docena de personas se mirarán unas a otras al acabar las jornadas.

Alguien propone tomar un café y hablar lo que llevan masticando dos días. Entre ellas están Rafael Pillado, Cristóbal Carneiro, Carlos Piñeiro y Ramón Tojeiro. Suben la empinada calle Méndez Núñez una manzana, hasta dar con la cafetería Bla Bla.

—Hay que organizarse. Hay que montar una asociación aquí. Que dé impulso a todo esto. Ya habéis visto cómo funcionan los demás.

—¡Pero si parecen grupos de amigos!

—¿Y quién se va a encargar de presidirla?

Cada uno arguye su motivo para no poder hacerlo. Escurren el bulto. Necesitamos a gente joven, dice alguien. Los ojos se posan en Cristóbal. No llega a los treinta, y se ve desbordado. Pero Cristóbal Carneiro solo puede acordarse de su padre.

Lo recuerda fuerte, corpulento. Tenía los brazos tan gruesos como tres de una persona normal. Hacía pesas hasta recién levantado. Y las piernas las ejercitaba flexionándolas con él encima. Era bruto y directo. No iba al médico. Para qué. En el año 97 se aliviaba los infartos de corazón dándose puñetazos en el pecho. Pumba, pumba, pumba. Huecos, con rudeza, hasta que parase.

—Pero, qué fas? Qué che pasa?

—Nada Manola, nada. Estou tendo un infarto —le decía a su mujer, con total parsimonia.

Y así pasaron los días. Dándose caminatas, haciendo ejercicio, o trasteando aparatos en la casa que tenían en San Felipe. Él lo veía

por allí, soldando tubos o planchas, o cortando troncos con la sierra. A pelo.

Así fue que, cuando los dolores en el pecho le hicieron removerse en el asiento, avisó a su mujer de que quería ir al médico. Cuando llegó al Hospital Arquitecto Marcide, la médico de cabecera preguntó quién era.

—El marido de Manoli.

—¿El marido de Mano...? Que pase inmediatamente.

Auscultado y con placas de tórax, le dijeron que había sido una angina de pecho. Lo derivaron a Coruña, al Juan Canalejo. Más pruebas. Cáncer de pulmón. Hay que operar. Él nunca dijo nada. Nunca se quejó.

Lo siguiente que recuerda es ver la bata blanca del cirujano torácico que salía del quirófano. Esperaba que lo primero que soltara fuera eso de «todo ha salido bien, ahora le dejaremos descansar». Nada de eso. El médico preguntó a Manoli por el trabajo de su marido.

—Señora, quiero hacerle una pregunta.

—¿Ha salido bien todo?

—¿En dónde trabajó su marido?

—En Bazán.

—En Bazán... ya.

Le extirparon medio pulmón y en él tenía tantas partículas extrañas que a simple vista se las detectaron. Parecía un músculo acartonado. Le dieron pocos meses de vida. Vivió siete años más.

Desde ese día comienza a informarse. Buscaba donde podía y como podía. Internet se erguía como fuente de información abundante, pero aquello del amianto le seguía sonando raro. Hasta que en 2001 estalló la burbuja, y Cristóbal veía a su padre con el periódico en las manos y mirándolo.

—Este médico sí que ten collós. Sí, sí, este médico ten collós.

Se refería a Carlos Piñeiro. Lo que hacía le estaba gustando. Conminó a su hijo a que, si algún día le pasaba algo, que le diesen su cuerpo, sus órganos, lo que hiciera falta, a ese médico. Que se

dejasen de entierros y de historias. Que lo incineraran y echaran sus cenizas al mar, solo después de aclarar qué tenía dentro. Cristóbal se presentó a Carlos y le contó su historia. Así es como se conocieron.

Cristóbal regresa del recuerdo de su padre y fija la mirada en Carlos, que está hablando de proponerle a él como presidente de la asociación. Todos asienten. Se verán unas semanas más tarde para hacerlo efectivo.

El día 29 de mayo de 2004, a las 11 de la mañana se reúnen en la misma sala del Ateneo y votan al futuro presidente. Sale elegido Cristóbal. Propone que, como única condición, eliminen barreras políticas. «Quien se una a la causa debe hacerlo consciente de ello», sentencia. Una hora después, salen a tomar un café en la misma cafetería. Firman el acta de creación.

Ha nacido Agavida.

2ª parte

Diez años después



Agavida

Es primavera, un día cualquiera. La luz que entra por los ventanales de la asociación Agavida es gris.

La habitación principal está separada por un pequeño tabique que delimita la zona de oficina y el recibidor. Cuando uno entra, apenas repara unos segundos mirando el tresillo y los sofás viejos de madera con los cojines forrados de un estampado de rosas sobre un fondo beige, la mesita de estructura de madera y los paneles de cristal situada en el centro, con los panfletos sobre un estudio publicado en 2008, algo fallido, de los peligros del amianto en el trabajo del sindicato CCOO, la Fundación Mapfre y UGT, un cenicero de cerámica, revistas de la asociación Fuco Buxán sobre los astilleros, y un libro de Sargadelos.

El estudio que los sindicatos y Mapfre pidieron hacer salió rana. Tanto unos como otros se desentendieron de la realización del manuscrito y contrataron a un único técnico, y le dieron total libertad. El texto final provocó tantas desavenencias que, una vez publicado, hasta Fernanda Giannasi, experta en las repercusiones negativas del amianto en Brasil, puso el grito en el cielo. El resultado final está repleto de información comprometida, ya que se expone, punto por punto, todas y cada una de las reivindicaciones que los colectivos de defensa de los afectados vienen expo-

niendo en los juzgados. En cambio, por otro lado, en otros puntos se expone la visión del erróneo uso controlado y seguro del amianto, como la forma habitual existente en los astilleros. Incluso, en el primer anexo, se muestra una cartilla de un protocolo de seguridad para la exposición al amianto de febrero de 1977, pero no aparece ninguna referencia al recuento de partículas en seco.

Uno de los puntos más contradictorios e importantes, por la gravedad de las afirmaciones, nos lo encontramos en las páginas 127 y 128, en la sección «6.1 Análisis de las entrevistas con los médicos de los astilleros públicos nacionales», correspondiente al punto «6.1.3 Trabajos en el pasado con exposición al amianto», que dice lo siguiente:

Nos encontramos en esta cuestión con la dificultad añadida que supone que ninguno de los médicos que trabajaron en la empresa durante los años del amianto siga en la actualidad en activo en la empresa. Algunos de los médicos actuales coincidieron con el amianto en los primeros años 80 hasta que fue prohibido por lo que las declaraciones realizadas durante las entrevistas se basan en testimonios de trabajadores y recuerdos de sus primeros años de trabajo.

Hasta el año 1982 no se llevó a cabo ninguna actuación preventiva para los trabajadores expuestos al amianto. Es en este año cuando aparece la Orden 21/07/82 sobre «Condiciones en que deben realizarse los trabajos en que se manipula el amianto» y la empresa decide dejar de trabajar con amianto debido a la severidad de la misma y a los efectos nocivos que supone para los trabajadores manipular este material.

En principio, no se trabaja con amianto en nuevas construcciones a partir del año 1982, retirando el amianto almacenado así como los restos que pudieran quedar dispersos por las instalaciones, pero sí se realizan trabajos de reparación en buques viejos que contenían amianto, como fueron todos

los barcos de la armada que se repararon en los años posteriores al 82. Estos barcos estaban totalmente forrados de amianto, desde las tuberías, los motores, hasta las puertas. Este hecho coincide con las apariciones actuales de las patologías en los trabajadores expuestos durante aquellos años, ya que el periodo de latencia de las patologías por exposición al amianto es de entre 20 a 30 años.

En cuanto al tipo de amianto con el que se trabajaba en los astilleros, principal y casi exclusivamente fue crisotilo o amianto blanco. Esta variedad es la menos perjudicial para la salud de los trabajadores expuestos debido a que es la única variedad perteneciente al grupo de las serpentinas y por su baja biopersistencia en el organismo.

Una vez prohibido el amianto se utilizó como sustituto la lana de roca, lo que no en pocas ocasiones originó desconfianza entre los trabajadores por el parecido físico existente entre estos dos materiales.

En relación a los puestos de trabajo donde se presentaban mayores problemas por la exposición al amianto, éstos fueron los relacionados con monturas y reparaciones, puesto que en estos dos gremios se trabajaba directamente con amianto. No obstante, es una idea compartida por los médicos entrevistados el que todos los trabajadores de la empresa durante los años en que se utilizó amianto estuvieron expuestos en mayor o menor medida al polvo de amianto.

Esto se debe a que todos los trabajadores se encontraban a bordo de los buques en el momento en el que se instalaba o retiraba el amianto de los barcos, es decir, mientras los operarios de monturas forraban de amianto todos los huecos, tuberías, colectores y escapes del barco, el resto de trabajadores; electricistas, pintores, soldadores, calafates; se encontraban en el mismo lugar. Este hecho provocaba que todos los trabajadores estuvieran expuestos a las nubes de polvo de amianto que se formaban en el momento del corte de las

mantas o fieltros de amianto o en la aplicación del amianto en morteros para calorifugaciones.

Este hecho se traduce en la actualidad en que entre los trabajadores que se encuentran en pasivo, es decir prejubilados en su mayoría, existen patologías relacionadas con el amianto independientemente de la profesión o profesiones que hubieran realizado durante su vida laboral en los astilleros. Es decir estamos hablando de pintores, soldadores, electricistas, mecánicos, carpinteros y cualquier otro que se encontrase a bordo del buque durante su construcción. Curiosamente, a veces, los trabajadores que manipulaban amianto eran los que estaban más protegidos por las sospechas que tenían sobre el material mientras el resto de los trabajadores de a bordo no lo estaban.

Esta situación se corrobora por el hecho de que en diversas profesiones que nada o poco tenían que ver con la manipulación de amianto dentro de los barcos están siendo más incidentes las patologías derivadas de la exposición al amianto, como por ejemplo los electricistas que se encontraban en los compartimentos y no se protegían mientras que en la vecindad se manipulaba el amianto y a ellos les caían el polvo.

Para tener un control de todos los trabajadores en cuanto a la exposición a polvo de amianto, además de a otros contaminantes, se realizan por parte de la empresa a todos los trabajadores, excepto a los de oficinas, que voluntariamente quieran realizarlo una placa de tórax cada tres años. En caso de encontrar indicios de patologías relacionadas con la exposición al amianto, inmediatamente se les empieza a aplicar el protocolo de amianto, pasando a ser anuales las placas que se le realizan al trabajador en cuestión.

En cuanto al número de trabajadores que durante los años de utilización del amianto dentro de los astilleros pudieron estar expuestos, todos los servicios médicos coinciden en

señalar como una cifra global de exposición alrededor del 80 por ciento de la plantilla de la empresa, ya que el 20 por ciento restante se corresponde con el personal de oficinas, a pesar de que en aquellos tiempos existían muchas oficinas dentro de los talleres.

A la pregunta sobre si los trabajadores eran conscientes del riesgo que suponía trabajar con amianto o en presencia del mismo, a lo que se suma la falta total de medidas preventivas en aquellos años, la respuesta es que hasta el año 1982 no lo eran ya que ellos mismos utilizaban el amianto para usos diferentes del destinado, como protegerse del frío tapándose con las mantas de amianto.

En el muestrario de los horrores, convertido en vitrina que reina este espacio, hay un guante y una manopla, cables revestidos, tubos de caucho, una madeja pequeña y otra bobina bien hilada —nueva, que parece sin usar—, partes matrices que parecen metálicas, una arandela en el centro, dos trozos de manta y otros tantos de fibrocemento, todos hechos con amianto.

El local es pequeño, antiguo comercio rodeado de ventanales grandes que, además de la sala principal, tiene otra sala de similar extensión detrás, a la que se accede por la puerta de la derecha del recibidor. En ella hay una mesa con mucha historia y sillas blancas de plástico, varias estanterías, una máquina trituradora de papel con un folio encima en el que pone «máximo 7 folios» y, a la izquierda, un cartel de unas conferencias celebradas en mayo hace ahora diez años titulada «Xornada Técnica: As enfermidades profesionais a debate», que comenzaba a las nueve de la mañana y reunía a diversas personalidades y expertos del sector.

A veces entran para hablar sobre temas concretos. Entrevistas, conferencias personales. Otras, las que más, son para asesorar sobre temas legales. Porque para llorar hay otros sitios mejores. Por eso es normal ver a gente curioseando entre los libros de las estanterías, o echando un vistazo a los folletos de la mesa del recibidor.

Pocos han reparado en la esquina inferior derecha de la estantería de esa sala. Hay manuales de seguridad de Bazán de cuando todavía se mecanografiaban. Y también un libro. *Acero sobre agua*, de Ramón Loureiro. En la página cincuenta y siete, un hombre cuya máscara cubre todo su rostro, se dedica a soldar. José Teijeiro siempre le dijo a sus hijos que ese hombre era él mismo, porque recordaba haber visto al fotógrafo delante de sus narices mientras trabajaba. En la página anterior —del libro de Loureiro—, un hombre mira a cámara con los brazos cruzados. En el fondo, otro compañero hace el mismo gesto. Apoya sus brazos sobre una tubería. Está forrada con mantas de amianto. Nadie tiene máscaras, ni trajes de protección. El libro fue publicado en 1991. En otra fotografía, de la página setenta y siete, puede verse un póster de una mujer desnuda sobre una columna. Es Gloria Rodríguez. A la izquierda aparecen meses del año 1991. Pertenece a un almanaque de la revista *Interviú*. Precisamente, los periodistas de esa revista aún se recuerda por allí, de cuando fueron a preguntarles hace años sobre su vida y su trabajo. Pocos recuerdan que fueron de los primeros periodistas del ámbito nacional en dar la alarma del peligro que corrían.

La revista y diferentes medios de tirada nacional como *El Mundo*, *ABC*, *La Vanguardia* o *El País*, se interesaron por los reportajes de medios locales como *Diario de Barcelona*, *Catalunya Express*, *Tèlè Express*, *Mundo Diario* y *El Correo Catalán*. Las primeras apariciones sobre el tema en la prensa surgieron como una simple denuncia de los trabajadores por infracción de normas de trabajo e higiene, que fue recibida de forma oficial el 25 de enero de 1977, en la empresa de Uralita S.A. en Cerdanyola del Vallés. Tres días más tarde, miembros del comité de empresa, formado por el sindicato, todavía ilegal, Comisiones Obreras, quieren poner en los tablones un cartel sobre los problemas desatendidos para con los trabajadores. La directiva se niega. El 1 de febrero responde tajante. De publicarse eso, tendría que ser en base a un estudio, y no se ha hecho.

Así que quitamos los carteles. Y punto.

Al día siguiente el comité se defiende, atacando punto por punto, frase por frase. Ni nos pedisteis un estudio, ni podéis prohibirnos hablar con nuestros representados. Julio de la Vega, Julio Ruiz, Francisco Báez, Francisco Giménez Ortega y Juan García Macías organizan una rueda de prensa, que verá la luz una semana después. En un pequeño local de la calle Alhóndiga, en el número 58, el humo de los cigarrillos apenas deja distinguir la pancarta que reina las cuatro paredes, en la que se lee «La salud no se vende». Báez habla de tres niveles de riesgo. Los que curran con él a manos desnudas, los que se lo comen indirectamente, incluyendo a trabajadores y familiares y poblaciones colindantes, y los que pueden estar afectados por el uso del material en la vida cotidiana. Al día siguiente la noticia sale en el *Diario de Barcelona*. La firma Santiago Vilanova, y titula «La polución por amianto, un grave riesgo laboral». Se suceden los artículos y los reportajes. Tres meses de constante presión, que culminan con el reportaje de *Interviú*. Fue el número 46, del 31 de marzo de 1977. El título del reportaje era «Amianto: otra industria criminal», y ponía a más de uno a caldo entre sus páginas. Al poco el INSHT²⁰ publica un informe sobre la empresa. Es demoledor. No cumplen las medidas de prevención en varios puestos de trabajo.

Uralita S.A. de Cerdanyola cierra sus puertas ese mismo año.

No fue casual ni accidental. Los trabajadores llevaban mucho tiempo soportando condiciones penosas de trabajo, y decidieron actuar. Dos años antes, los doctores Rodríguez Roisín y Picado comenzaban a diagnosticar casos de personas afectadas de enfermedades derivadas de la exposición al amianto. Roisín ya conocía el efecto devastador del amianto en los pulmones. En 1975 publicaría su estudio sobre el tema, con afectados atendidos en el Brompton Hospital de Londres. Los habían enviado allí por peti-

²⁰ Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo.

ción expresa del comité de empresa. No se fiaban de los resultados que les ofrecía la vía oficial. Solicitaron ayuda al Hospital Clínico de Barcelona. De no haber enfermos pasaron a tener trescientos reconocidos. Multiplicaban por 47 la probabilidad de padecer un cáncer.

El año 77 no fue el único que hizo *Interviú* sobre los afectados del amianto. Cuando llegaron a Ferrol les interesó el tema tanto que volvieron. En una de las últimas veces, ya en el 2006, publicaron un reportaje sobre las presiones en la Armada a aquellas personas con problemas físicos o minusvalías no reconocidas. Salía Cristóbal con dos compañeros más. Hicieron las entrevistas en el local de Agavida. Mariola Moreno, quien hacía el reportaje, le preguntó qué era aquel local. Acabaron hablando del amianto instalado en los viejos barcos de guerra. Tardaron un tiempo en poder sacarlo. Hablaban de las primeras demandas que las Fuerzas Armadas empezaban a tramitar. Salía Carlos Piñeiro como experto nacional sobre el amianto. En una foto, aparece un oficial de la Armada cubriéndose la cara con el gorro, y delante de él una bobina de cuerda de amianto. Nueva, sin usar.

Entra alguien y observa el cartelón de las conferencias. Es Ramón Tojeiro, el actual presidente de Agavida. Su nariz achaparrada de boxeador y su voz tímida irrumpen en la sala. Viene acompañado de un hombre, posiblemente un afectado.

—Ha pasado mucho tiempo —dice, mirando el cartel.

Lo recuerda porque él estuvo allí. En el Ateneo, hace diez años. Regresa de sus recuerdos y, con un ademán, ofrece asiento a su acompañante. Hablarán durante media hora, o quizá más. Luego volverán a la sala principal y arreglarán papeles. Como todos los días.

Desde esas habitaciones los ven entrar. Entran empujando la puerta metálica de aluminio porque está como atrancada en el suelo. De vez en cuando alguien hace un apaño y la cosa mejora. Incluso han comprado una nueva verja y ya no tienen que deslomarse para cerrarla tirando de ella hacia abajo. Todos los días hay

gente nueva. Decenas de ellos a lo largo de un mes cualquiera. Puede darse el caso de entrar en medio de una discusión, como ocurre ahora. Espiñeira le está diciendo a Zaragoza que no le cuadrarán los datos. Que Higinio fue el que comenzó. A Zaragoza eso le chirría.

—Eso me suena a cuento chino, Espiñeira. Y tú lo sabes —así como señalando con el dedo, como marcando el camino a sus palabras— y, ¡es más! Ahí dentro hay amianto de sobra. ¡Vamos, hombre! Entro yo ahora mismo y te saco una bobina.

Las palabras de las discusiones suelen perderse entre el intercambio del papeleo e información, hasta caer en saco roto. Son las conversaciones de bar la peor consecuencia de la libertad de expresión. Suelen frases, párrafos enteros o palabras sueltas. Hay que pararse unos minutos para poder ver con claridad entre tanto barullo y discernir lo que vale y lo que no, lo que es útil y lo que es rencor, lo que puede ser verificable y lo que es mala hostia. Es algo frecuente. Los datos casi gritados, casi escupidos, pierden significado por su extraño significante.

—Que te digo yo que si no era eso, cogíamos cualquier otra cosa.

—Bueno, bueno, no te pases, a ver si ahora iba a ser malo, que algo nosotros también hicimos...

—¿Y luego no? Pero si hacíamos las verificaciones de las soldadoras sin protección. ¡Y eran aparatos de rayos X!

Hay que darles tiempo y forma. Recordar conversaciones y ordenarlas en la cabeza. Repetir preguntas. Repetir respuestas.

—¡Pero qué dices! Pero cómo va a haber amianto si...

—¿Y luego?

—¿Estás seguro?

—Que sí, ho. En la dársena. Enterrado. Lo enterraron allí cuando... no sé, qué sería... los ochenta, o por ahí, ¿no? Toneladas, hombre, te digo que allí hay toneladas de eso.

Hablan de la historia de las toneladas de amianto enterradas en los terrenos del astillero allá por la década de los ochenta, en la

explanada donde los bomberos hacen simulacros. Pero no saben la localización exacta, o si la saben la cambian de lugar en cada parlamento, y los pocos testigos que hay o no quieren identificarse, o mezclan datos, o nombres de personas. Así que la historia cambia depende del momento o del día.

Entra otro hombre, a pasos acompasados, como los de una procesión. Con boina y la voz rasgada, se deja caer despacio sobre una silla de madera.

—¿Y no sabes lo de Yurrita?

—¿Yurrita? ¿El portero? ¿Qué le pasa a ese?

Yurrita era Leonardo Ares Abeledo. Lo recuerdan quienes vivieron la primera final de la Copa de España en 1939, meses después de acabar la Guerra Civil, que perdieron contra el Sevilla en la final. Era el portero suplente del Racing de Ferrol. Falleció en agosto de 2012 a los noventa y ocho años. Tenía asbestosis.

—No fumó nunca. Por eso vivió tanto. Ya ves, con asbestosis uno puede salir adelante...

Luego aparece Espiñeira y habla de un amigo suyo, un tal Paco, al que le han diagnosticado un mesotelioma. Se enfada porque no está convencido con las posibilidades de la quimioterapia. Habla de su amigo y de la tranquilidad de sus palabras.

—Y... ¿sabes qué me dijo cuando le pregunté qué era lo que más iba a echar en falta? Los vinos con los amigos.

Una fecha rompe la atmósfera en un silencio atronador. Son los días de los juicios. Los anotan en el calendario que hay pegado al tabique. Otras veces, lo que rompe el rebumbio de parlamentos y discusiones son las personas que cruzan el umbral de la entrada y vienen con noticias. De los que estuvieron, de los que ya no están y de los que quedan. Mi... mi marido falleció ayer —*o hace unos días, o una semana*—, y quiero saber qué debo hacer *ahora*.

Son las viudas. Las eternas heroínas.

Como Sofia, la mujer de pelo blanquecino, que ahora está en la salita del fondo a la izquierda. Con ella está otra mujer, joven, que arquea las cejas y mantiene los ojos abiertos mientras observa.

Esa otra mujer es Vero, ayuda en la administración de la asociación desde que su padre murió. Sofía hizo lo mismo cuando su marido falleció. Su pelo gris se atempera con la luz tenue que entra por los ventanales, dejando a las arrugas un breve espacio de tiempo para descansar. Tiempo que dura poco y sabe agrio y seco. Porque las historias desgastan. Queman. «Hola, soy Fulano de Tal, y me han dicho que estoy para morirme, así que vengo a arreglar papeles para que a mi mujer no le falte de nada». Y es siempre lo mismo. Como aquel que vino... un tal Bellón. Se acercó a una mesa muy serio. Dijo lo que quería. Solucionarlo todo de un tirón, y saber cómo quedaría su mujer. Después se despidió.

—Me voy a casa, que ya no queda nada que hacer por mí.

Es la misma escena una y otra vez. Todos la conocen porque pasaron por lo mismo.

Muchos de los asociados eran niños cuando jugaban en las tierras aún vacías de los aledaños del astillero. Una empresa que daba de comer a tres cuartas partes de la ciudad, dejando la cifra récord de más de cien mil habitantes en la gloriosa década de los ochenta. El precio que había que pagar era la imposibilidad de ver el mar. Fuera de esos muros de cinco metros de alto, los niños jugaban al fútbol con balones hechos de trapos viejos enroscados, y las niñas hacían de mamás con muñecas con ojos de botones y sin boca.

Una de ellas, Sofía Ruiz, vivía en Esteiro, en la barriada que estaba enfrente de una de las puertas de Bazán. A veces, cuando jugaba en los campos de batallones, cerca del local de los frailes de la Unión Mariana, en donde le daban al fútbolín y a las máquinas tragaperras, veía salir del astillero nubes de humo brillantes, que flotaban despacio, descompensadas del ritmo del viento.

La misma neblina opaca, nacarada y brillante se desprendía cuando, años después, sacudía el buzo de trabajo de su marido en el ático de su casa. De cada sacudida, de cada estallido, como en un aplauso hueco, se desprendía un arrítmico *FHAC FFHAC*, que

transformaba la extraña figura de las perneras del buzo retorcidas hasta casi doler con mirarlas. En el aire, un cúmulo que se sostenía por horas hasta dar con el suelo, allí donde las gallinas picoteaban los gránulos y bichos que poblaban la tierra. Pero tras muchos años repitiendo la operación, el hombre que traía el buzo cubierto de esa especie de harina, un día, se lo olvidó.

—Pepe, ¿hoy no trajiste el buzo?

—No, que estaba muy sucio —la mirada extraña y fruncida de su mujer lo sacó de la respuesta segura—, pero no te preocupes. Lo tiré. «Dentro²¹». Ya me darán otro.

Pepe, un hombre alto y fornido, temía que aquel polvo escondiese algo. No por ser conocedor de nada. Lo atormentaba el aspecto masivo y casi abrumador de las nubes que se formaban. Era como pensar en caer enterrado en toneladas de harina, de arena, o de cualquier sustancia granulosa, por fina que fuera, que pudiera tapar la tráquea y los pulmones y obligarte a una muerte convulsa, lenta y agónica. Esa misma escena se repetía hasta el cansancio, en sueños, en el trabajo, en todas partes. Pudo ser ese impulso el que lo llevó a tomar la decisión de decírselo a su mujer tras un día de trabajo.

—Cuando laves la ropa arriba, no sacudas el buzo en casa, por favor. No lo hagas.

El hecho de quedar impregnados de polvo blanquecino y no sentir náuseas lo incomodaba todavía más. Pero el tiempo pasa, y los críos tienen que comer.

En las puertas de Esteiro salen y entran diariamente miles de trabajadores. Al ritmo de los pasos surgen conversaciones banales. La mayoría son del partido del fin de semana que viene o del resultado del fin de semana anterior. Dúos, tríos, cuartetos y algún

²¹ En una ciudad portuaria como Ferrol cuyo tejido empresarial gira en torno a los astilleros, los ferrolanos se definen por aquellos que trabajan «dentro» —en el astillero— o «fuera».

quinteto de trabajadores se encaminan hacia los vestuarios para cambiarse de ropa. No se separan por profesiones, porque trabajan juntos. Nada de dobles taquillas. Alguien lo comentará tras la visita de algún extranjero a la factoría ferrolana. Pedían medidas de seguridad inexistentes a los locales, y éstos comentaban la jugada en los corrillos. Qué bien viven estos, se decían entre codazos. Mecánicos, montadores, caldereros, armadores, electricistas, tuberos, soldadores, calafates, ajustadores, torneros, pintores y carpinteros se metían en los cubículos soldados de las secciones del barco y allí «iban dándole». Porque las previas, los trabajos delimitados para ese día, ya estaban fijados por los patrones, pero lo habitual, lo que hacía que el astillero fuera envidiado por décadas en el mundo entero, era la coordinación *in situ*. Esto hacía que todos ellos, incluyendo a algunos delineantes, arquitectos e ingenieros que permanecían en cubierta, tragasen polvo parduzco sin percatarse de ello, porque los manguerotes de aire que les daban a los soldados iban a cubierta. Luego estaban los de seguridad, los bomberos. Esos tenían hasta trajes ignífugos hechos íntegramente de amianto. Claro está, acabaron siendo una especie aparte.

Pero ni Pepe ni muchos de sus colegas intuían siquiera a lo que se enfrentaban. El día a día se centraba en obtener buenas soldaduras, para luego taparlas con mantas de amianto, que soportaban las variaciones de temperatura para que las uniones no estallasen con los cambios bruscos del frío de la noche. Porque, a veces, parecía que alguien estuviese disparando. Alcanzada la madrugada las uniones sonaban como tiros al aire, secos, haciendo eco en las gradas.

Era en esos turnos de tarde y las horas extras de contratas que tenían por la noche lo que más les castigaba por dentro. Cuando velaban, el trabajo iba por horas. Al terminar, quedaban allí hasta el turno siguiente. Entonces tenían que matar el tiempo jugando las partidas de cartas, leyendo, escuchando la radio o contándose batallas. Pero también dormían. Oficialmente nadie lo hizo. Pero dormían. Buscaban algún rincón donde echarse. Muchos encontraron

las mantas de amianto soportables y hasta cómodas. Además, aguantaban el calor muy bien. Así que se tapaban con ellas.

Nadie de la empresa les dijo nunca una sola advertencia de su peligrosidad. No podían siquiera intuirlo. Algunos de sus colegas se percataron que las mantas de amianto no venían en su empaque original, en las que había cosidas pegatinas con los símbolos de advertencia. En cuanto al propio material, pese a ser insípido, a veces era hasta dulce, pero solo un poco. Era un toque sencillo en el paladar. Sutil. Al contrario que el humo de una soldadura, o del tabaco, que es desagradable y te mantiene alerta, éste se colaba en los recodos de los cuerpos que se arremolinaban en las secciones con mucha facilidad, hasta que alguno, cansado de las horas del trabajo, desviaba el torso, levantaba la máscara y observaba a su alrededor. Aquella neblina permanecía horas, incluso días, en suspensión. Era normal verlos bromear sobre aquello. Como si fuera una sauna, decían, algunos ni distinguían la silueta que tenían delante. Separados por pocos metros, en compartimentos casi estancos, sin ventanas, con un único hueco que permitía entrar y salir de uno en uno. Y tenían ganas hasta de jugar con el sobrante de las mantas. A Pepe nunca se le ocurrió jugar con aquello. Pero sí lo había visto. Coger trozos de las mantas y tirarlos a la cara. Era una especie de algarabía infantil, solo que rodeados de planchas de metal y piezas de varias toneladas de peso, todas ellas de un color cobrizo, al ritmo de las cantinelas de todos los días: ¡Curso! A ver, ho. ¡Desenróscame el cable ahí, me cago en diola!

Incluso, a unos meses de morir, Pepe, conocedor de la toxicidad de las fibras, no conseguía comprender. Porque había dos cosas difíciles de creer. La primera era la obvia. El desconocimiento de aquella historia, de aquel material, que parecía poseer una mente maquiavélica propia. Un material cruel. ¿Cómo era posible, si no? Extraído de un mineral, se transformaba en hilos capaces de soportar muy bien la fricción y las altas temperaturas. Buen aislante. Moldeable y barato. Inodoro e insípido —aunque ellos sabían que ese regusto dulzón venía de alguna parte—. Técnicamen-

te impecable, perfecto. Salvo por una cosa. Te mata. Se filtra hasta la pleura gracias al sistema linfático y ahí se queda. Todavía se está investigando el cómo se reproduce en sus primeros estadios y poco se sabe sobre cómo traspasa el pulmón y se va a la pleura. En la mayoría de los casos se enquistas y acaba por calcificarse. Los que tienen placas pleurales viven bien salvo por las dificultades respiratorias y la merma que ello conlleva. Pero viven. Otra posibilidad es la asbestosis, que tiene peor pinta, pero uno puede salir adelante si no se ha reproducido demasiado.

En otros casos espera veinte, treinta, cuarenta años para reproducirse. Si lo hace como un adenocarcinoma o un mesotelioma, en el punto de descanso de tu vida, en la que el final de la vida laboral comienza a vislumbrarse, y los ojos de los hijos comienzan a tener preocupaciones y clavos a los que aferrarse, sueños, aspiraciones; ahí, en ese momento, en ese jodido momento en que parece que la vida te sonríe y las fiestas de guardar te saben a gloria, y ves crecer a los nietos y juegas con ellos y el cansancio no lo es tanto, te liquida en menos de doce meses. Te liquida, y a veces es un proceso lento y doloroso. Eso no es una muerte.

Eso es una putada.

Las mismas historias, la misma incredulidad. Eso es lo difícil de asimilar. A muchos les da por las placas pleurales, y viven bien hasta el fin de sus días. Otros incluso lo hacen con asbestosis y, bueno, van tirando. Pero el mesotelioma...

Nueves meses antes de morir, allá por octubre del 2002, Pepe veía cómo el coche de Beti, su sobrina, rascaba los bajos en la cuesta que daba acceso a su casa, quedando encallado en la celosía que cubre el murete que da a su casa.

—Ponlo en punto muerto y bájate.

Entonces lo levantó agarrándolo del parachoques trasero, hasta dejarlo caer en el llano del camino. Una proeza física. Cayó enfermo un mes después, para acabar visitando la sala de radiología más de diez veces. Los últimos meses le daban morfina. El dolor continuó hasta el último de los días.

La otra pieza que quedaba apartada del rompecabezas era la propia empresa. El astillero tenía condiciones laborales envidiables por el resto de la ciudad, que diferenciaba a «los de dentro» y «los de fuera». Mantenía un clima agradable. Durante los años del desarrollo, la ciudad bebía de lo que se generaba entre aquellas gradas. Había convenios con cambios cada cierto tiempo. La presión empresarial se igualaba en fuerzas a la presión sindical. Trabajar dentro suponía estabilidad y buen sueldo. La monetarización del trabajo, mientras no generase dudas, daba sus resultados. Una vida plena, vamos.

Pero nadie avisa a los pobres incautos de los peligros de una vida plena. Nadie lo hace.

Muchos recuerdan a los incrédulos japoneses que venían a sacar fotos de las previstas y declaradas catástrofes, hasta que la marea subía y botaban el barco. Y las miradas atónitas de aquellos extranjeros al observar cómo el casco soportaba la tensión, producía un mar de codazos y de «eh, curso, míralos como se han quedado». Demasiados detalles de una vida para acabarla mordiendo la mano que te ha dado de comer. Era un rechazo con reservas. Porque, hasta que no se encontraron evidencias, la duda siempre pesaba más. ¿Trabajo o salud? —*Bah!* Conachadas—. Después fue tarde. Muy tarde.

Se lo preguntaban a todas horas. Pero si nos veían con los sacos y las mantas, ¡y no dijeron nada!, se decían. Pepe llegó a limar los bordes de la pieza que no encajaba. Es muy duro entenderlo. Pagan tus nóminas y juegan apuestas con tu salud, juego en el que pierden siempre los que solo cambian fichas para seguir jugando, mientras la banca observa. En el juicio, Sofía recuerda bien al perito llamado por Bazán, que defendía la idea de que aquello de denunciar por el amianto era algo que se había puesto de moda. Mierda. Mierda, joder, mierda. Lo recuerda tan bien como los ronquidos de aquellos últimos meses mientras su marido dormía, hasta fallecer el día de San Juan.

A veces esos recuerdos nublan la vista. Vienen para quedarse sin pedir permiso. Cuando te aferras a ellos, se van. Mueren matan-

do. Rasgan dejando retales y esquirlas pegadas a las paredes de algún órgano. Por norma general suele ser el esófago y las glándulas lacrimales. Como aquel en el año 95. Un amigo de su marido, de las casas de la Bazán, cae en una caldera de galvanizado. Pepe se va a Coruña a donar sangre. Allí ve cómo su colega pierde las dos piernas. En la habitación de al lado, está otro amigo, recién operado. Le habían extirpado un pulmón para limpiarle las zonas necrosadas. La cara era amarga, seca, dura. El mapa del sufrimiento estaba delimitado por las profundas cuencas de los ojos y los párpados caídos. Al llegar a casa, busca a Sofia. Decidido.

—Si me pasa algo por lo del amianto, que no me lleven a ninguna parte. Ni a Houston ni al Vall D’Hebrón ni a nada. Es irreversible. No hay nada que hacer.

Todo eso parece ahora un sueño, o un mal recuerdo. Ahora. El día a día es duro y áspero y Sofia, Vero, Espiñeira, Tojeiro... todos ellos lo llevan como pueden. Hasta Beatriz García Couce, Beti, lleva con pesar sus palabras cuando recuerda a su tío, cuando la invitó a verlo trabajar en un tanque del buque Discoverer, y tuvo que bajar con tacones por una escalera de cuerda, hasta dar en un habitáculo minúsculo, lleno de cables y rincones oscuros, sin apenas espacio, y verlos allí hacinados, haciendo soldaduras ayudándose de un pequeño espejo de mano, de esos que se usan para maquillarse a última hora.

Entre papeles y personas que cruzan la puerta, destellos fugaces de recuerdos los despiertan de la monotonía. A veces, cuando entra alguien, apenas tienen ganas de levantar la mirada. Todas las historias son las mismas. «¿Qué te voy a contar yo que no te hayan contado otros?» Unos pasos pesados cruzan la puerta. Se acerca un hombre con ojos graves, que cruza la sala principal y se dirige a Vero. Con los pies a punto de cruzar el umbral de la puerta, apoya las manos sobre el marco y deja inclinar el torso ligeramente hacia adelante. Apesadumbrado, pregunta si se puede. Quiere información.

—Es que me dijo de venir uno.

—Y mira, ¿quién fue?

—No sé si lo conoceréis. Un tal Bastida. Me lo encontré en el hospital. Me dijo que me mirara esto. Yo no sabía mucho de qué iba. Pero me insistió tanto que... Algo me dijo de no sé qué de la autopsia y el protocolo del amianto.

No se supo más acerca del tal Bastida, hasta que, a la semana, había llegado al local de Agavida la triste noticia de que aquél hombre había fallecido.

Un día antes, Tojeiro recibió un recado de su mujer. Alguien le había llamado. Para despedirse, decía.

—¿Sí?

—Hola, ¿está Ramón?

—No, ahora mismo no está. Si quieres le puedo dejar el recado...

—¿Quién eres?

—Su mujer.

—Nada, no te preocupes. Soy Bastida. Quería hablar con tu marido porque quiero despedirme. Solo dile cuando llegue que estoy en Coruña, que me ingresan en el hospital. Quería agradecerle... lo que ha hecho todos estos años. Que... gracias por todo. Que mi mujer queda en sus manos. Me ingresan para morirme.

—¿Cómo que se va a morir? —Es en ese cómo, que convierte tus pupilas en pelotas negras del tamaño de canica, con el *bumbum* que rebota en los oídos y las yemas de los pulgares, en el que María contestó tropezando con sus propias palabras, con la voz que comenzaba a quebrársele—. No diga eso, hombre. No se preocupe, que seguro que en unos días se encuentra mejor... Que en cuanto llegue mi marido le llama... Ya verá como sí...

—No, me muero. Me voy a morir. Lo sé.

Al colgar el auricular del teléfono se le llenaron los ojos de lágrimas; fáciles, abundantes, imparables. Tan seguro estaba, tan frío. Tan serio.

Tan entero.

Al regresar a casa, Ramón Tojeiro encuentra a su mujer con los ojos empapados, la cara enrojecida y las manos y la mirada tensas, perdidas en dirección a ningún lugar.

—¿Qué te pasa?

—Ha llamado Bastida. Llamó para despedirse. Que lo han ingresado..., dice que lo han ingresado para morir. Que gracias por todo... que su mujer queda en tus manos. Que gracias y... no sé qué más...

Ramón abraza a su mujer. Trata de consolarla. Hace preguntas. No obtiene ninguna respuesta.

Es el final de otra historia.

Dos meses antes, el 23 de julio, Bastida había ingresado porque los dolores en el abdomen eran insoportables. Le diagnostican una probable rotura del aneurisma abdominal. Cuando habla con la doctora Carmen Diego por teléfono para ir a la unidad de paliativos, él escoge quedarse en Ferrol, y una semana más tarde está encamado. Le habían cambiado la dosis de Fentanilo al doble, pero no quiere sentir un dolor similar nunca más. Cuando la doctora atiende a Bastida, escucha con atención cada una de sus palabras a través del auricular, que mantiene con el hombro pegado a la cara. Con la otra mano las anota: «cree que le ha llegado el tranvía».

Al día siguiente de llamar a Ramón Tojeiro para despedirse, el 27 de septiembre de 2009, Jose Antonio Bastida Cartelle muere en el Hospital Arquitecto Marcide. Acababa de cumplir sesenta y seis años. El médico de guardia, joven, coruñés, no conocía nada sobre el protocolo de amianto, y cuando los familiares se lo dijeron, le sonó a broma. Tiene que ser su hijo el que tenga que colocar su propio coche delante de la salida de vehículos del hospital para que no se lleven el cuerpo de su padre. El conductor de la funeraria no para de pitar y lo mira con ojos desorbitados, cagándose en toda su familia. Al final consiguen mantener el cuerpo en el centro médico hasta que le realizan la autopsia.

Le encontraron más de 35.000 partículas de amianto por gramo de pulmón.

Pruebas, resultados, autopsias, demandas y análisis. Todo en un mismo día, en una misma hora y con la misma persona. Pedir la invalidez, demandar a la empresa, solicitar cambio de contingencia, ver la viudedad. ¿Tienes los informes médicos? ¿Os acordasteis de activar el protocolo del amianto? ¿Pedisteis autopsia? ¿Vais a demandar? A Sofía, a Vero, a Río o a Tojeiro las frases les salen dictadas, sin apenas alteración. El tono suave de quien parece estar hablando en bajo, para no molestar, se ve roto por el timbre rocambolés de algún móvil. La intensidad solo sube cuando se pregunta. Luego la curva se arquea y baja hacia el final y la cierra. Las preguntas de un gallego llevan la respuesta clavada en cada palabra. Por eso, cuando acaban de preguntar parece que estén afirmando. De ahí surge la duda de su idiosincrasia, de si están subiendo o bajando. De que parece que no saben, que dudan.

En su caso, no es que no lo sepan. Es que preferirían no saberlo.

La carga hace mella aunque no lo muestren. Al menos, eso es lo que quieren aparentar. Tarde o temprano todos caen. Saber esto es solo el comienzo. Pero nadie dijo que llegar a reconocerlo fuese fácil. Son constantes los síntomas de aquellos que no pueden o no quieren entrar en el tema. En algunas asambleas, Tojeiro ha tenido que tragar saliva antes de comenzar un discurso sobre los pasos a seguir en caso de fallecimiento. Algunos le han increpado que hablase de los muertos. Otros se han puesto a llorar como niños.

—Compañero... compañero, entiéndame. Ya me gustaría a mí hablar de otra cosa. Pero somos una asociación que ayuda a las víctimas del amianto. Tenemos que hablar de esto. Sé que no es agradable, pero no nos queda otra. Si fuésemos una asociación de las fiestas de Caranza, pues hablaríamos de cómo organizarla. Pero tenemos que hablar de víctimas y de procedimientos. Si no, no hay nada que hacer.

En otras ocasiones, son los propios afectados los que dan un paso al frente. Te muestran esas cosas que olvidas cuando tienes mucho tiempo la mirada enfrascada en un punto. Esa retroalimentación es constante. Típica de asociaciones de víctimas. Es la doble condición del que padece. Porque padece y sobrevive, porque sufre y puede contarlo. Víctima y superviviente en una misma persona. Sin embargo, Tojeiro tiene la salud envidiable de los que pueden subir las escaleras de dos en dos. Es un deportista nato, y conoce el lado oscuro del ser humano porque fue árbitro de fútbol sala muchos años. Suele salir a correr por la Malata, o por el lago de A Frouxeira, en Valdoviño, y sentir sus propias pulsaciones en cada zancada, e inspirar y respirar fuerte. Eso le ayuda a mantenerse a flote. Lo mismo que los demás, cada uno con su muro, su mundo, su personaje, su ficción.

Jesús Pardos Cambón, por ejemplo, era un hombre con percha, de estatura media alta, de buen ver, de facciones serias y solía hacer chistes y muecas para romper el hielo. Era, lo que suele denominarse, un cachondo. Amigos y familiares lo tenían como un pilar. Resistente y fiable. A veces su mujer se lo hacía saber, pero con ácida y lúcida ironía.

—A ti hai que matarte, que non morres!

No le dijo a nadie lo que llevaba dentro. El enfermo soy yo, se decía. Ni siquiera cuando le llegó la carta de Bazán para hacerse la revisión. Tienes el bicho, sentenciaron. Y a Jesús el cuerpo le dio un vuelco. Hay que cortar. Biopsia. Medio pulmón fuera. Luego se reprodujo. Radio. La espera de los resultados es incómoda. Es como querer buscarse en el asiento. Es la edad, se decía. Cuando lo mandaron a casa prejubilado, había salido de un infarto que casi no lo cuenta.

—Si con casi setenta tacos que tengo no me ha llevado el infarto ni el tabaco, ¡puedo superar esto!

Y se descojonaba. Al menos, en apariencia. Puedo salir de esta. Ya me han hecho muchas putadas.

—Solo les falta que me denuncien por robarles el amianto y llevármelo a casa... —Y se volvía a reír.

Jesús trabajó la mayor parte de las dos décadas en activo como bombero. Los trajes de seguridad estaban hechos íntegramente de amianto. Cuando en la asociación se enteraron de la muerte de Jesús había caras sombrías. Otras estupefactas. Hay quien cree que se puede salir de un cáncer así, y cada caso fallido es un mazazo.

Por eso hay personas en las que se vuelcan muchas esperanzas. Es por eso que hay muros que se derrumban que suenan más que otros. Como cuando murió Paulino Pereiro, el anterior secretario, que dejó huérfanos a muchos, incluido al corpulento e imperterritito Jose Luis Castro Beceiro, que no levantó cabeza en semanas; o cuando lo de Tomás, aquel hombre al que habían ayudado a conseguir la invalidez por enfermedad profesional. Estuvo unos meses apareciendo día sí y día también para intentar agradecerles lo que habían hecho.

—Veña, ho! Un café. Imos tomar un café, Moncho.

Y todos los días la misma cantinela. Un café, Moncho, un café. No puedo Tomás, de verdad, estamos muy liados. Pero déjame unos minutos, que luego nos acercamos ahí al de enfrente. A tomar un café. Veña, ho. Un café. Un café, un café, un café. Y otra vez, al día siguiente, con esfuerzos renovados. El local hervía y apenas había tiempo para tomar ese café.

—Veña, un café, Moncho, anda.

Hasta que quien se asomó por las puertas no fue Tomás, sino su hija.

—Hola Tojeiro. Eeeeh... Quería decirte que mi padre falleció ayer. Vengo para agradeceros lo que habéis hecho por nosotros. Mi padre hablaba muy bien de todos. Muchas gracias, de verdad.

Pero a Tojeiro no le dio tiempo a escuchar la última frase. Se inclinó sobre el tresillo de la entrada, el del estampado de flores, y casi acucillado sobre sus rodillas, empezó a llorar.

—Pero, hombre, Tojeiro, no te pongas así, ya era mayor, y apenas sufrió. No te pongas así, hombre.

—Es que... tu padre... no le tomé el café a tu padre. Joder, no le tomé el café...

Ahora no sirve de mucho lamentarse. Aún les queda recoger los papeles de los historiales, y todavía tienen que ir al juzgado. Vero, Sofía y Ramón Río se quedarán. Salen Espiñeira y Víctor. Tojeiro es el último en salir. La pesada carga de todos esos recuerdos afloran al cerrar la puerta, en el camino, y al pasar por el arco detector de metales.

Desde la asociación a los juzgados. Como peregrinos.

Son las once y veintiséis minutos de la mañana, de un día cualquiera de la primavera de 2014.



Expertos

A las 12 de la mañana, en la sala de lo social número 2 de los juzgados de Ferrol, el sol que entra por la única ventana de la habitación es de color gris. El aire, el poco aire que parece haber suspendido, es cortado por las constantes carraspeadas de las cinco personas de los bancos de la izquierda, como si todas estuvieran resfriadas. Todas las gargantas, casi de forma acompasada, respiran y hacen gárgaras como en dos tiempos, como las válvulas de regulación de las puertas del metro, como un estruendo seguido de una brisa, en los que, a veces, intermedia un suspiro casi asmático, como una especie de apnea rota por una vaharada de aire expulsada con rabia, apenas contenida por los brazos en cruz sobre el pecho, que los cinco han puesto de manera similar. Tres de ellos son Tojeiro, Espiñeira y Víctor Torreiro, el hijo del fallecido Modesto Torreiro.

Tojeiro se contiene el ánimo. Está inquieto. Intuye lo que va a ocurrir. Todos los juicios son iguales. Las técnicas de defensa de la empresa son muy agresivas, y no es la primera vez que pierde los papeles. Suelen concentrarlo en el perito médico, que expone parlamentos más que cuestionables. El problema es que cada juicio es acumulativo. El borrón y cuenta nueva no funciona. De cada juicio, de cada mañana empleada, se suma una mues-

ca. El acoso y derribo es eficaz, y ellos lo saben. Esto no es como con los militares. El Ejército mantiene otra política diferente. En cuanto se demuestra que hay patología derivada de exposición al amianto, tratan de llegar a un acuerdo y los indemnizan, evitando el juicio. Muy al contrario que en los casos civiles, en los que la empresa siempre recurre todas y cada una de las sentencias desfavorables. Cuando el proceso toca a su fin, han pasado, de media, unos cinco años. En numerosos casos, las víctimas ya han fallecido. Una pequeña muestra sobre esto puede verse en el reportaje de *El Mundo* del 16 de febrero de 2014, firmado por Paco Rego.

Utilizan las mismas estrategias que otros han empleado a lo largo del siglo pasado. Presiones laborales, acuerdos extrajudiciales, dudosos informes y pruebas en juicios, silencio sepulcral ante demandas, peticiones o comunicados oficiales, complicaciones administrativas que alargan un proceso legal y burocrático ya de por sí tortuoso. Por ejemplo, tras la salida a escena del problema en 2001, a los trabajadores se les negó categóricamente un documento que certificaba el riesgo de exposición al material fibroso. Dado que, para prosperar en sus demandas, necesitaban algún tipo de registro en donde figurase su contacto con el amianto, muchos fueron los que se dirigieron a las oficinas de recursos humanos de la empresa con la finalidad de conseguir dicho papel. Pero muchos de ellos o, mejor dicho, la inmensa mayoría no habían trabajado directamente con él. La empresa se aseguró de leer bien la normativa para expedir el certificado únicamente al que trabajase directamente con amianto, que su trabajo fuese ese. Manejar, manipular o tocar, de una u otra manera, algún material que estuviera hecho de amianto. Puestos de trabajo como los carpinteros, pintores o cortadores lo tuvieron muy difícil para conseguir el reconocimiento. Se lo comieron, pero de forma indirecta. Hubo que esperar a las resoluciones judiciales, en las que los jueces vieron comprensible el efecto contagioso del polvo de amianto en las condiciones propias de trabajo de un astillero. Lugares estancos, casi cerrados,

en los que se compartía de todo, mientras el polvo flotaba durante horas en el aire.

No hay que irse a tiempos remotos para encontrarse el muro delante. En la asociación es frecuente ver a trabajadores ya retirados que llegan quejándose de que la empresa no les da ningún documento. Celso, que prefiere ocultar sus apellidos, se acercó a las instalaciones de la antigua Astano y pidió los papeles de su vida laboral. Uno de los que allí le atendió atravesó la oficina hasta dar con el despacho del jefe de personal, un tal Sierto, uno de los últimos guardianes, que se personó delante de Celso y le espetó que allí no era, que eso tendría que pedirlo en la Seguridad Social, y ya, desde allí, tramitarían todo vía Madrid. Cuando su relato llegó a los oídos de los que estaban presentes en la asociación, nadie pareció inmutarse.

—Es bastante común —sentenció Pepe Teijeiro, el hijo de José Teijeiro

El resto asintieron.

Y esto sigue ocurriendo en la actualidad.

Otra estrategia de acoso y derribo son los acuerdos extra judiciales, que tuvieron su trágico final en 2011, adquiriendo otra nueva versión que se da hasta la actualidad. Navantia decidió no seguir cumpliendo el convenio laboral de la antigua Bazán, vigente hasta el 2004 y ratificado por la citada empresa en 2009, en el que se establecía que aquellas plazas dadas de baja por causas derivadas de enfermedad profesional podrían ser cubiertas con familiares directos. Algo así como un derecho hereditario de trabajo. Los cuatro primeros que se quedaron sin esa plaza vieron que la empresa cerraba filas, y limitaba al mínimo su pulso vital. Ninguna declaración pública, ninguna explicación privada. El divide y vencerás no tardó en llegar. En septiembre de ese año, el comité de empresa recibió a miembros de Agavida para tratar el tema de las incorporaciones fallidas. Dieron los nombres y propusieron llevarlo al Comité Intercentros para verificar si sucedía lo mismo en otros centros fabriles, cosa que el comité se comprometió a hacer.

Los cuatro primeros en quedar fuera del acuerdo, ante la negativa de Navantia, tomaron la decisión de demandar, y ganaron, recibiendo en total algo menos de un cuarto de millón de euros, pero los jueces de los tribunales de lo social eximieron a la empresa a integrarlos en plantilla. Pasaron dos años en vilo. En julio de 2013, en una nueva reunión con el comité de empresa, el presidente, Fernando Sinde, negó que hubiese habido ningún contacto con la dirección de la empresa sobre el tema. Ramón Tojeiro y Pepe Teijeiro replicaron. El comité no accedió a su propuesta de integrarlos en plantilla. Les dijeron que «hubiese sido mejor hacerlo por la vía sindical, cediendo alguna de las partes». La coletilla final la dio el presidente del comité.

—Si hay negociación hay integración. Si hay juicio, puede que no.

Si fuera un problema de puestos de trabajo, el cupo quedaría limitado desde ese momento. Sin embargo, la empresa viene apoyándose en otros acuerdos, pero no tan extra judiciales. Desde hace más de una década, en el Servicio de Mediación, Arbitraje e Conciliación se celebran acuerdos que la empresa presenta a aquellas familias que desean que sus hijos entren en la empresa. ¿Qué piden a cambio? Que no les demandes. Las personas tienen dos opciones. Demandar, y enfrentarse en el juicio a la empresa, escuchar las opiniones del perito sobre la muerte de su marido, o de su padre, que les concedan la indemnización con el coste de seguir sin ese puesto de trabajo, y esperar años mientras se suceden los recursos a la sentencia...

O callarse y acceder.

Fueron varios los que tuvieron que pasar por el aro. El caso más sangrante, o uno de los más dramáticos, fue el de una mujer, viuda de un trabajador afectado, que no quiere dar su nombre.

La llamaremos Ana.

Ana vio cómo su marido sufría de dolor hasta su fallecimiento. Comenzó con un dolor agudo, como un pinchazo, en un costado.

Cuando fue al médico le preguntó si había trabajado con amianto, a lo que él repuso, contrariado, que no. «Ya estamos con el amianto. ¡Todo tiene que ser por el amianto!», decía. Pero cuando volvió a ver los resultados del análisis, su mirada ya no estaba tan llena de energía. Las palabras del médico de cabecera no surtieron efecto.

—Tienes un tumor maligno en el pulmón. Eres joven, tienes una meta. Esto..., tú lo superas.

Al llegar a casa, el marido de Ana la miró desconcertado.

—No conozco a nadie que tenga un tumor en el pulmón y se salvara.

Lloraron juntos. En el salón. En el sofá. Solos como estaban, se vinieron abajo.

Quiso hacer vida normal y enfrentarse a ello como mejor supo hacer. Caminaba todos los días. Mantenía una rutina. Pero el dolor no cesaba. Apenas dormía. Las molestias aumentaron. No lograba encontrar una postura cómoda para sentarse. En ocasiones no podía ni inclinarse. Llegó a dormitar de pie, sobre los marcos de las puertas, o apoyando la frente en el aluminio de la campana extractora de la cocina. Como el salón tenía dos entradas, una a las habitaciones y otra al pasillo, el hombre hacía recorridos por la noche, y ella lo miraba desde el sofá del salón. Otras veces subían juntos a los pasillos del último piso del edificio. Eran largos, y ahí podía caminar horas sin molestar a nadie. Ella se quitó de tomar las pastillas para dormir por miedo a que le pasara algo mientras ella dormía.

Cuando su marido se puso peor, allá por el 2009, en la sala de paliativos del Hospital Arquitecto Marcide no consiguieron quitarle el dolor. Una doctora se acercó a Ana para saber si sabía a lo que se enfrentaba.

—Ana, tú, esto, ¿cómo lo relacionas?

—Dolor y muerte.

—Bueno, no vas muy mal.

El marido de Ana poco a poco fue perdiendo peso. En quince meses se quedó en la mitad, aunque el ánimo nunca le falló. Ha-

blaba con los médicos y se reía con ellos. ¿Qué, a ti qué te parece?, ¿cómo voy? Les preguntaba. Tenía ganas de vivir y lo expresaba en cuanto podía. Llegó a quedarse ciego, y no quiso decírselo a nadie. Ana lo notó en seguida. Se quedaba mirando por la ventana, y siempre repetía algo del tipo «vaya día quedó», a lo que ella respondía, taciturna, «pues sí, vaya día pocho». Allí se fue quedando, el último mes, hasta su muerte. Cuando comenzó a tramitar el papeleo para su hijo, se encontró con que la empresa ya no aceptaba el convenio. Hablaron con los abogados de Navantia y quedaron en llegar a un acuerdo. Si no demandaba a la empresa, su hijo entraba. En el SMAC, cuando Ana se disponía a firmar, el letrado del SMAC que daba fe del acto fijó su mirada en ella.

—¿Usted es consciente que lo que está firmando no tiene validez ninguna?

El representante legal de Navantia fijó la mirada en uno de los presentes, cercano a Ana, que la acompañaba, y le espetó.

—Pero, no nos demandará, ¿verdad? Se compromete a no demandarnos, ¿no?

Ana no ha demandado a la empresa. Dice que la vida, ya no es vida.

—Porque me falta... lo que me falta.

Desde entonces, Ana duerme en el sofá del salón. Con la tele encendida.

Aquellos que deciden emprender acciones legales se topan con los juzgados, porque los actos de conciliación suelen caer en saco roto. En la mayoría de casos la empresa no se presenta. La situación se resuelve en una mañana, por lo general, en la que asisten a las dilapidaciones habituales. Un peregrinaje que se repite con los días y las semanas y los meses, momentos tensos que parecen no acabar nunca, que alcanzan su máximo exponente con las declaraciones del perito contratado por la empresa. Primero fue el doctor Sevilla. Ahora es el doctor De la Cruz Mera. Dicen de todo. El segundo, en un juicio celebrado en 2006, llegó a afirmar que «resul-

ta sorprendente cómo se puede llegar a hacer un diagnóstico tras dejarse influir por un dato ahora de moda en Ferrol, ser trabajador de Astano [...] debe de haber una extraña influencia o moda por la que enfermedades y tumores principalmente atribuibles al tabaco, en Ferrol se atribuyen al asbesto». Tojeiro se llenó la boca con gritos huecos, que no pudo tapar cuando, a la salida de las puertas de los juzgados, le soltó un «hijo de puta» que resonó en toda la calle. El juez lo llamó a capítulo y le pidió que no se volviera a repetir. Le comentó que no era un acto repentino, que ya venía todo el día cociéndolo. Supo que había perdido las formas y, por tanto, había perdido toda la razón. Quiso explicarse, pero no pudo.

Tan dolidos estaban con las declaraciones vertidas que redactaron un comunicado de protesta esa misma semana para enviarlo a la empresa. «Son opiniones, son juicios de valor, y no dictámenes médicos», decían. El comunicado se lo transmitieron a los comités de empresa de Navantia, y solicitaron acordar una entrevista para hablar sobre el tema. Aceptaron los del comité de Ferrol, los de la antigua Bazán. Cuando el turno llegó al comité de Fene, los de la antigua Astano, y quisieron acceder a las instalaciones, les negaron el paso. Agavida era declarada *persona non grata*. Así que se reunieron con el comité de Astano en el local de la asociación. Allí, tanto Espiñeira como Tojeiro les mostraron su incredulidad. Que era una vergüenza que cedieran así, de esa manera, ante las presiones de la directiva. Los miembros del comité solo pudieron darles la razón.

Los juicios continuaron, las demandas no dejaron de aumentar. La estrategia funcionaba, al menos, en parte. En comparación con el número de asociados, que roza el medio millar, las demandas se cuentan por decenas. Muchos no quieren saber nada del tema, ni siquiera se acercan al médico a hacerse una revisión por miedo a que les digan algo negativo. Otros se cansan. Tras presenciar media docena de juicios de compañeros o familiares, a uno no le quedan fuerzas para soportar otro envite. Otras veces ni siquiera llegan al juzgado. Han visto de todo y a todos.

Hasta los profesionales de la medicina salen quemados. Carlos Piñeiro tuvo que soportar muchos comentarios y criterios más que dudosos por parte de los peritos contratados por la empresa. Son varios los juicios que recuerda, son varias las corporaciones a las que se ha enfrentado. En el último juicio al que asistió, en primavera de 2014, en Madrid, observó cómo la empresa Sulzer Pumps España llevó a peritos que hablaron del impacto del amianto instalado en la naturaleza, y cómo en algunas cuevas de Afganistán la gente padecía enfermedades similares y no por eso había que buscar culpables. Estaban todos sentados en el mismo banco, y el juez iba preguntándoles según avanzaba el juicio. Era como un debate, y se iban pasando la pelota. Cuando le tocó a él exponer su teoría, sacó una sola hoja. El juez le preguntó que qué le parecía lo que estaba explicando su compañero.

—Mire señoría, es que... ni estamos en Afganistán ni vivimos en cuevas.

Unos meses después la sentencia salió favorable al demandante, y Carlos recibió una calurosa felicitación. Su análisis había sido tomado en consideración para ganar el juicio. Sin embargo, son pequeñas victorias que dejan un sabor agri dulce, porque la escena es siempre la misma. Es partir de cero cada vez. Explicar tus razones y escuchar la de los otros. Y Carlos ha escuchado muchas cosas.

Todavía recuerda al doctor De la Cruz Mera decir en un juicio que la causa de muerte había sido una neumonía mal curada. Optaron por esa vía porque no tenían a qué agarrarse. El hombre tenía cuerpos ferruginosos en el pulmón como para fundirlos y hacer una viga. Y no era fumador. Sin embargo, en otros casos, cuando el tabaco está presente cargan con toda la artillería. Lo hacen hasta con aquellos que no fuman. José Luis Castro Beceiro tuvo que aguantar media hora el cruce de palabras técnicas entre el juez y el perito, hasta que se le ocurrió decir que él no era fumador. El juez se quedó ojiplático.

—Pero, ¿cómo que no es fumador?

—¿No ha fumado nunca usted?

—No, ni uno solo, señoría.

Así se quedó, repanchingado en el asiento, viendo el desfile de despropósitos. Hasta que no pudo más, y cargó contra el perito, el doctor Sevillano.

—Usted es un sinvergüenza. ¡Es un mentiroso! ¡Usted no puede demostrar que yo he fumado ni una sola vez!

El juez lo expulsó de la sala.

Tiempo después la empresa procedería a indemnizarlo, no sin antes haber recurrido en todas las sentencias negativas.

La mayoría de casos en los que hay tabaco se pierde, salvo si lo que se padece es un mesotelioma. Es el cáncer único y exclusivo del amianto. A grandes rasgos, las partículas de amianto se adhieren a los alveolos pulmonares. El sistema linfático, al querer expulsarlas, se pega a ellas y cicatrizan. Las partículas de amianto y las células encargadas de expulsarlas, al irse acumulando, necrosan el tejido pulmonar. Se mantienen ahí durante décadas y, cuando deciden salir, no te dejan con muchas opciones. La mayoría se van en menos de doce meses desde el reconocimiento. Entonces la técnica usada por el perito de Navantia es tratar de armar un desbarajuste de terminología científica, apoyándose en la categorización que hace la OMS del mesotelioma a veces, o poner en duda la fiabilidad de los datos y muestras histológicas de todas las entidades que han participado, en otras. Ni el Hospital Arquitecto Marcide de Ferrol hace bien su trabajo, ni el Instituto Nacional de Silicosis de Oviedo hace bien su trabajo, ni el Vall D'Hebrón de Barcelona hace bien su trabajo. El perito no tiene estudios realizados relacionados con la exposición al amianto en el cuerpo humano. De estas tres entidades médicas, se cuentan por decenas los estudios publicados.

Por otra parte, muchos médicos no son conscientes de la relevancia de hacer una descripción detallada y minuciosa de dicha enfermedad en la anamnesis de sus pacientes. Es por eso que, a veces, confunden términos, o lo describen con otros más genéricos, o puntualizan de más el mismo. No importa. Si usted padece un

mesotelioma epitelial bien diferenciado, tratarán de confundir al juez. Miembros de Agavida han llegado a ver a personas a las que, por culpa de un mesotelioma, les extirparon, por ejemplo, parte de la pleura y del pericardio para implantarle un tejido especial de goretex, y ver en los informes que su deficiencia respiratoria era «moderada».

Es decir, los tres grandes centros de referencia del país son unos inútiles.

«O es epitelial, o es bien diferenciado, señoría.»

A eso hay que sumar la ceguera de las instituciones públicas. Y no es que sean cuatro gatos los que hablan del subregistro de enfermedades de origen profesional. Además de las conclusiones oficiales del PIVISTEA, el informe Eurogip, o los informes de la OMS o la IARC²², o el realizado por Mapfre y los sindicatos CCOO y UGT; o los datos ofrecidos por el informe anual del Observatorio de Enfermedades Profesionales de la Seguridad Social (CEPROSS); están los estudios escritos y dirigidos por Montserrat García Gómez, Alfredo Menéndez Navarro y otros, en la Revista de Salud Pública (2012); la doctora Pilar Gispert y otros en Medicina Clínica (2005); la doctora Beatriz Lara y otros; en «Registros de enfermedades respiratorias en España: fundamentos y organización»; publicado en el Archivo de Bronconeumología (2011); o el estudio hecho por el Grupo de Estudio del Mesotelioma en Barcelona (GEMEB), en «Mortalidad por mesotelioma pleural en la provincia de Barcelona. Medicina Clínica» (1993); o el doctor Jaume Ferrer y otros; en «El diagnóstico de las enfermedades respiratorias causadas por el asbesto», en el Archivo de Bronconeumología (2008); el doctor Xaubet y otros; en el «Report on the incidence of interstitial lung diseases in Spain» (2004); o el escrito por el doctor Pitarque en «Mesothelioma mortality in men: trends during 1977-2001 and projections for 2002-2016 in Spain», en Occupational Medicine (2008).

²² Agencia Internacional para la Investigación del Cáncer.

En 2001, el mismo año en el que se denunció en Ferrol por primera vez la situación de los trabajadores, el registro del RERA sobre las empresas que trabajaban con amianto apenas ofrecía cifras fiables²³, ya que la inscripción en el registro era voluntaria. Ese mismo año la Xunta no reconocía ni un solo trabajador enfermo por exposición al amianto por «carecer de competencias».

Ni uno.

Tardarían años en reconocer al primero. Lo mismo con los enfermos de mesotelioma. Habrá que esperar un par de años a que la Seguridad Social, por ejemplo, comience a reconocerlos, aunque todavía siguen sin haber cifras oficiales del número de casos de mesotelioma registrado con origen laboral. En el estudio de la aseguradora Mapfre del 2008, la Seguridad Social reconocerá, en 2003, seis casos; en 2005 cinco más. En una entrevista a la doctora Isabel Isidro, del Instituto de Silicosis de Oviedo, reflejada en dicho estudio, se hace referencia a las cifras del Ministerio de Trabajo. Del año 1997 al 2007 no hay ningún caso de mesotelioma reconocido de origen laboral y cánceres de pulmón hay recogidos cuarenta y cinco casos en toda España. Por el contrario, en 2002, en *Crónica*, suplemento de *El Mundo*, en un artículo sobre el amianto publicado en 2002, Francisco Vargas, subdirector de Sanidad Ambiental del Gobierno central, afirmaba que registraban ciento sesenta y ocho casos de mesotelioma al año, y que la pasada década se habían estabilizado. Las mismas predicciones se

²³ Al año siguiente, en agosto de 2002, Asturias presentaba un estudio realizado en 369 personas que potencialmente podrían padecer patologías relacionadas con el amianto. Ninguna de ellas pertenecía a una empresa registrada en el RERA. Hoy en día sigue sin ser fiable, pues hay empresas que no se inscriben en el registro. El caso de la refinería de Repsol en Cartagena es el más grave. Pese a tener ya reconocidas sentencias en contra, ni está inscrita en el RERA ni reconoce a ningún afectado. Estudio descriptivo del mesotelioma pleural maligno en Asturias, Servicio de Salud del Principado de Asturias, 1982-2001.

tenían en el Ministerio de Trabajo, que afirmaba que la tendencia «iba disminuyendo». Tiene que ser el área de oncología de la SEPAR²⁴ la que cree en 2006 el registro de mesotelioma pleural, en base al éxito de un estudio prospectivo entre los años 2002 y 2005 en el que participaron dieciséis hospitales madrileños. Diagnosticaron, en una sola ciudad, en tres años, sesenta y un pacientes de mesotelioma pleural. La mayoría habían mantenido contacto directo con amianto. El PIVISTEA de 2013, que fue creado en 2002 a raíz de las demandas de los colectivos de afectados, no se queda corto en sus conclusiones. No llegan al 2% las enfermedades que se reconocen como profesionales por la Seguridad Social en todo el país. Como el envío de información es voluntario, hay comunidades autónomas que tardarán años en reconocerlos; otras, como Murcia, no tienen en la actualidad ningún registro.

Esta comunidad es el caso más paradigmático. APENA, la Asociación de Afectados por Amianto de Cartagena tiene más de cien asociados, muchos de ellos provenientes de la antigua refinería. Oficialmente, la comunidad autónoma murciana no tiene ningún afectado reconocido.

Hay, además, sentencias favorables a trabajadores ya retirados tanto del Ejército, como del astillero público Bazán, como de la refinería de Repsol —esta última sigue sin reconocer a ningún afectado salido de sus instalaciones en la actualidad—. En un artículo de *El Mundo* publicado el martes 30 de abril de 2013, firmado por M^a Dolores Conesa, se habla del silencio y las presiones que hay, tanto en los procesos judiciales como en las esferas sanitarias. Ni siquiera el jefe del servicio de neumología del Hospital Santa Lucía, el doctor De la Torre, quiso hacer declaraciones al respecto. Por ello, muchos tienen que trasladarse a otras comunidades para certificar su enfermedad. Otros, para revisar los diag-

²⁴ Sociedad Española de Neumología y Cirugía Torácica.

nósticos. Hasta su presidente, Ricardo Torregrosa, tuvo que solicitar ayuda para su caso. Gracias a la mediación de Agavida, fue a hacerse las pruebas a Oviedo. Cuando la periodista quiso hablar con un representante de la Repsol, se negaron a admitir que hubiese tan solo un afectado. Entonces Dolores les respondió, tajante.

—Mi abuelo es uno de ellos.

Había fallecido de un mesotelioma. Al contrario de lo que señalaba el primer diagnóstico de la forense del Hospital Santa Lucía: cáncer de pulmón por tabaquismo.

Si nos centramos en la asbestosis, en cincuenta años, desde 1962 hasta el 2010, el sistema público estatal solo reconoce a 815 personas afectadas; hasta el año 73, se conocían 42 casos, la mayoría por el trabajo de López-Areal en Vizcaya. En el año 2000, en proporción, España reconocía 35 veces menos que los alemanes y 15 veces menos que Italia y Francia. Mucho peor lo tienen los que padecen algún tipo de cáncer laboral. Francia reconoce 124 veces más casos de cáncer, e Italia 41. En un estudio del 2003 firmado por los doctores Montanaro, Bray, Gennaro, Meller, Tyczynski, Parkin, y otros, titulado «Pleural mesothelioma incidence in Europe: evidence of some deceleration in the increasing trends. Cancer Causes Control» (2003), elaborado con datos procedentes de 118 registros de cáncer de 25 países europeos con varones de entre 40 y 74 años de edad, las tasas estandarizadas dejaban a España con un caso reconocido entre cien mil, mientras Holanda e Inglaterra, que ocupaban los primeros puestos de la tabla, lo hacían ocho entre cien mil, estando nosotros solamente por encima de Estonia o Polonia en cuanto a reconocimiento de cáncer ocupacional. Para cuando todo esto empezó a salpicar, las estimaciones no oficiales más conservadoras cifraban en más de 6.000 los casos de cáncer laboral. Sin embargo, la realidad de las cifras estatales es que, al año siguiente, en 2002, se contabilizaron catorce. El año siguiente siete casos, y el siguiente seis. En 2008, las cifras totales de cáncer laboral en países como Alemania superaban los 2.200 casos, y en Francia más de 1.800. En España eran 62.

Lo curioso de las cifras obtenidas del informe Eurogip con respecto a las enfermedades profesionales derivadas de la exposición al amianto de 2006, es que señalan este subregistro aportando un dato importante. Mientras en Alemania y en Francia hay millares de casos y en España no llega a la centena, el porcentaje de la población española activa expuesta a cancerígenos es dos puntos por encima de la media de la UE. Hay que destacar que algunos tipos de cáncer, como el de laringe, faringe, tráquea, estómago o colon, reconocidos en otros países europeos, no se contemplan en nuestro país como posibles derivados de la exposición del amianto.

En las esferas políticas la lucha comienza en 1977, con los trabajadores de Uralita S.A. de Cerdanyola del Vallés, y se hará extensiva por medio del sindicato Comisiones Obreras por todo el país. Tras los desbarajustes locales, llegarán las asociaciones, las verdaderas protagonistas. Un año después, en 1978, el Centro de Estudios y Documentación Socialista publica el dossier «El amianto mata». En el interior, la dedicatoria va para Manuel Teruel Gómez, trabajador de Uralita S.A., fallecido en marzo del año anterior. «No es el primero, es simplemente, la víctima más reciente del amianto», rezaría tal homenaje. Pero pasaría por ser el primero reconocido en público. Desde entonces hasta el 2001, la mayor parte de las iniciativas legislativas populares son formuladas por este sindicato en base a las propuestas de los diferentes gremios, y presentadas en el Congreso a través de los partidos políticos. Todos los gobiernos en democracia apoyaron las propuestas. Al menos sobre el papel. La puesta en práctica era a veces lenta, otras veces, inexistente, algo que las empresas involucradas aprovecharon. Es conocida la defensa utilizada en tales casos, en la que se afirma que las empresas tenían medidas de seguridad más estrictas que las establecidas por ley. Esto sería como la octava barrera dialéctica de David Ozonoff.

Este epidemiólogo de la Universidad de Boston, experto en batallas judiciales contra empresas del amianto, tras unos cuantos centenares de casos revisados, establece una batería de barreras con

las que se topa a la hora de reconocer una enfermedad derivada del material que Francisco Báez en su libro *Amianto: un genocidio impune* resume a la perfección: primero, la empresa no le ha hecho daño; segundo, bueno, le hace daño, pero no tanto como para causar cáncer; tercero, está bien, en la empresa puede contraer cáncer, pero no debido al amianto; cuarto, vale, el amianto puede provocar cáncer, pero no el tipo de cáncer que padece usted; quinto, vale, vaaaale, el amianto provoca el tipo de cáncer que padece, pero no a las dosis a las que estuvo expuesto; sexto, ¡de acuerdo! el amianto provoca cáncer, y a esta dosis, pero usted lo padece debido a otra causa; séptimo, vale, sí fue por el amianto y por estar en nuestra empresa, pero nosotros no sabíamos del peligro que corría. Ahora, la octava etapa, podría definirse como: está bien, su cáncer se debe al amianto y lo contrajo en nuestras instalaciones, quizá sabíamos de su peligro, pero nuestras medidas de seguridad eran más avanzadas que las sugeridas por ley.

No obstante, no han mostrado la puesta en práctica de ninguna de esas medidas, con el consiguiente resultado judicial. Hasta el año 84 no hubo alteraciones significativas. Con el PSOE se cambiaron algunos puntos sobre la manipulación de amianto en puestos de trabajo, pero no se prohibió, ni tampoco se creó un registro al respecto. Así hasta hoy. Una de las últimas proposiciones no de ley presentadas al Congreso es de agosto de 2014. Presentada por parte de CiU, que propuso crear un censo de todos los edificios con amianto instalado que existen en España, así como la creación de un plan para su retirada y un fondo de compensación para las personas afectadas por exposiciones laborales y ambientales a este producto tóxico, porque, hasta la fecha, y pese a los continuados esfuerzos por llevarlo a cabo, sigue sin haber un registro oficial del amianto en edificios ni un plan de retirada del mismo. Durante todas las legislaturas de Felipe González no se oyó hablar de fondos de compensación ni una sola vez, y cuando en el 2006, las asociaciones de afectados lograron el reconocimiento de la enfermedad profesional, descubrieron que los criterios del régi-

men de enfermedades profesionales no había sido cambiado desde el año 1977. Fue en el 2006, unos meses antes de la manifestación en Madrid, en plena legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero, con Jesús Caldera como ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, cuando su mano derecha, Jesús Membrado Giner llegó a decirle a Cristóbal que podría llevarse a cabo todo lo que pedían salvo una cosa, que no podría citarse lo del fondo de compensación, que hacerlo con el dinero de los Presupuestos Generales del Estado era inviable. Cristóbal no supo qué decir, pero pensó que aquello no tenía que depender del dinero de los contribuyentes, sino de quienes cometieron el error. Pero antes de soltarlo de su cabeza, con el hombre delante, medio descamisado y con las gafas inclinadas, le preguntó por qué estaba interesado en el tema.

—Se murió hace poco un amigo por el amianto. Trabajaba en la CAF Haciendo vagones.

Salud por dinero, por trabajo, por lo que sea.

Con el PP, se mejoraron algo las condiciones de seguridad, pero del fondo de compensación y de las garantías legales salidas de forma oficial, nada. Ante esto, cada año son una media docena las intentonas que los sindicatos y las asociaciones presentan, sin resultado alguno. Son iniciativas locales las que logran ocupar y mantener un paso. Uno de los últimos ejemplos fue en junio de 2014, cuando el Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana daba la razón a la Asociación de Madres y Padres del colegio de educación infantil y primaria Doctor López Rosat, y obligaba a la Consellería de Educación a entregar la documentación solicitada con respecto al amianto en los colegios de la comunidad. Estas resoluciones se repiten con los años y logran pequeños pasos, pero los registros de edificaciones con amianto siguen sin ser oficiales. Otro caso más significativo es el de Navarra, que ha conseguido tener uno de los registros más exhaustivos de personas con afecciones derivadas de este material. Esto ha sido posible porque la propuesta parte del propio Gobierno navarro. Su último paso fue dado en enero de 2014, al firmar un acuerdo

con el INSHT para mejorar las condiciones de reconocimiento del origen laboral y seguimiento de los enfermos y sus patologías.

Salvo eso, apenas hay avance. Ninguna de las propuestas al Congreso de los Diputados y al parlamento gallego tiene final feliz. Una de las últimas, la de junio de 2014, presentada casi simultáneamente al Congreso de los Diputados y al Parlamento de Galicia, tuvo similar resultado: los enfermos están bien atendidos, las medidas paliativas son suficientes, las garantías legales son las que están, y están las que son.

En las gradas del parlamento gallego estaban ellos, los miembros de Agavida, ataviados con camisetas, petos y pancartas. Protestando.

Acabaron siendo expulsados.

Nada sobre las largas esperas en el ya embotado sistema público de salud. Nada sobre las promesas incumplidas desde hace una década de hacer un mapeo sobre edificios con amianto. Nada sobre ponerlo como deber de salud pública, nada sobre el desgaste de tener que demandar a todas las entidades para tener un mínimo de atención, nada sobre la demostrada causa-efecto del amianto y las enfermedades tumorales. Solo queda demandar. Demandar al INSS. Demandar a las mutuas. Demandar a las empresas. A Navantia, a Uralita, a Repsol, a Michelin, a la Volkswagen, al mismo Ejército, a quien sea. Pero demandarlos. Demandarlos a todos.

Y quedarte solo.

Delante de un juez.

Y convencerle de que lo que te está matando no es una gripe mal curada.



El descanso del peregrino

Son las doce y un minuto cuando los chaquetones, chaquetas, abrigos y gabardinas, negros casi azules casi grises de los abogados, se colocan dos a dos, ocupando dos bancadas de madera del lado opuesto a los cinco que están sentados en los bancos de la izquierda, todos miembros de Agavida. A la derecha, el retrato del monarca Don Juan Carlos mirando. De frente, tres rostros, dos hombres y una mujer, letrados, toga, papeles, micro delante, de Endesa Distribuciones, Izar y Navantia. A la izquierda, otros dos hombres, toga y papeles, micro delante, de la aseguradora Musini y del demandante Alfonso Bouza. Delante, dos mujeres, una con toga, la otra sin ella. Entre carraspeos y movimientos de zapatos y tacones, entre miradas a los papeles, como los rostros anónimos de los cuadros de Goya, el *fishh fishh* del rozar de los dedos con los folios recién impresos, comenzaba el juicio con la presentación de la jueza, dando paso a las disposiciones previas.

—¿Por parte del demandante?

—Con la venia, señoría, por una cuestión previa, decir que en la demanda no indica que es Gesa Endesa. La demandada es Endesa Distribuciones.

—¿Algo más?

—Nada más, señoría. Rectificarme en la demanda y solicitar el procedimiento que aplica.

—¿Por Izar?

—En primer lugar, señoría, queríamos excepcionar un defecto en el modo de proponer la demanda que genera indefensión a esta parte. Lo decimos por cuanto que... —el letrado expone las imprecisiones sobre daños y perjuicios que afectan a su cliente. Explica, de modo taimado, decidido. Sus palabras son fijas, el ritmo marcado. No machacón. Expone claro y conciso. Ameno. El segundo punto comienza—: En segundo lugar, siguiendo con los hechos de la demanda, resaltar en primer lugar, que conforma el hecho primero, el actor de sesenta y un años de antigüedad, que sí que prestó un servicio para mi representada, la empresa Astano.

El *toc toc* del calzado de una de las secretarias cruza las mentes de la sala y le acerca al abogado un pequeño fajo de papeles. Afloja el discurso y le agradece el gesto. Los carraspeos se intensifican. Tojeiro intuye lo que va a pasar. Ya lo ha visto muchas veces. La tensión comienza en las excepciones previas.

—Sin embargo, señoría, mantenemos que, en ese periodo de tiempo, entre el 75 y el 86 no prestó sus servicios como electricista en contacto con... amianto...

Los susurros salieron de las bocas de algunos presentes. Espiñeira levantaba las manos como quien protesta en un partido de fútbol. A Tojeiro se le escapó un casi sonoro «¡venga ya!» y el resto braceaba y comentaba entre dientes, lo cual hizo que parase durante un segundo la exposición del letrado, que volvió sobre sus palabras y continuó, esta vez algo más nervioso.

—... y, decimos que no prestó servicios en contacto con el amianto por cuanto que es el propio trabajador quien expresa, cuando le manifiesta al médico que le trata en las Islas Baleares, cuál es su historia laboral, dice: durante su vida laboral trabajó como electricista en la construcción naval de grandes buques en contacto directo con lana de roca...

Más carraspeos y ruidos guturales parecidos a válvulas de regulación de presión salidas de tráqueas tensas y abigarradas.

—... posteriormente trabajó en la compañía insular de electricidad Gesa en líneas de baja tensión. Es decir, es el propio trabajador el que manifiesta que cuando trabajó en Astano trabajó con lana de roca. «Acreditaremos señoría» —porque ya no hay comas ni espacios ni puntos ya recuperado el aliento— según un informe del INHST, es decir, la máxima autoridad en cuanto a estas materias, quien determina qué es la lana de roca —y ese «qué» interrogativo lo pronunció como masticándolo, como si cada letra fuera diseñada de forma perfecta por sus labios, hasta que se te metía en la sien y notabas cómo chirriaba—. La lana de roca, señoría, es un material sustitutivo del amianto, que no tiene componentes cancerígenos. En los años finales de los 70 y principios de los 80, como hemos explicado muchas veces en este juzgado, se comienza a sustituir, en las nuevas construcciones, el amianto por otros materiales. Y este material es, precisamente, la lana de roca. Con lo cual, siguiendo lo propio que mantiene el trabajador, cuando trabajó para mi mandante no trabajó con —respiro, silencio de medio segundo— amianto.

Tojeiro niega con la cabeza. Espiñeira pone los ojos en blanco.

—... otra cosa, y que quedará en fase de prueba, será, con todos los respetos, que pudiera trabajar posteriormente en contacto con el amianto tras el año ochenta y seis en la empresa Gesa Endesa...

El ataque a la línea de flotación de la otra empresa presente en el caso provoca que se oigan los *aggrgh* de las gargantas como el gorgoteo de gárgolas, más carraspeos, más faringes constipadas, la abogada de Navantia que tose con disimulo.

—... en la empresa Gesa Endesa, como todos conocemos, trabajó en líneas de alta y baja tensión, que sí que llevan recubrimientos amianticos. Aportaremos, señoría, un documento de una empresa de gestión integral de residuos de amianto y fibrocemento en el que establece, claramente, que hasta el año 2006, se encargó... *mmmm* de quitar revestimientos de amianto y, en concreto, dice expresamente en algunas de sus páginas: «las principales ac-

tuaciones de gestión de residuos de amianto fueron en la empresa Gesa Endesa con determinados desmantelamientos».

La jueza se afana en estructurar los documentos que se le presentan, saltando de un número a otro, mirando de reojo a la mesa de la secretaria, quien, a su lado, va y viene a la mesa del letrado, que no para de soltar folios conforme avanza su alegato. Habla de las medidas de seguridad existentes en los años en los que Bouza trabajó. Habla del decreto de 1982 en el que se exigen mascarillas, mediciones, extracciones, limpieza en polvo seco...

No presentan recuentos de partículas de amianto en polvo seco. No las presentarán ni ahora ni nunca. Nunca han podido demostrar la puesta en práctica de dichas normas de seguridad. Es igual. El alegato es largo, extenso. Lleno de terminología.

La letrada que representa a Navantia hace mención a la inexistente transferencia de responsabilidades.

El letrado de Musini dice que el caso prescribió y que, debido a lo firmado, está exenta de responsabilidades.

Ahora le toca a un testigo.

Luis Fonticoba tiene los ojos redondos, pelo negro corto ondulado y cejas negras pobladas, que contrastan con el bigote que comienza a ser gris. Lleva gafas, de montura fina. Con camisa y pantalones de ir a un lugar importante, Luis soporta la chaqueta doblada sobre su antebrazo derecho, mientras mira a ninguna parte, sentado en uno de los bancos que hay fuera de la sala. Está nervioso, tenso y, a la vez, alicaído. ¿Me preguntarán por cómo está Alfonso? Un joven de tez morena con las muñecas con extrañas pulseras metálicas, de abrigo rojo y pantalones vaqueros ha cruzado delante de él. Su acompañante, una chica joven, con coleta y vestido blanco de lana que le llega por debajo de las rodillas y botas negras de cuero —o sucedáneo de este— ha seguido el camino de baldosas blancas para sentarse a su lado, mientras un guardia no dejaba un centímetro sin vigilar. Al rato un hombre con toga se les ha acercado, y ha discutido con el joven. Le decía que se

tranquilizara, que fuese más inteligente, que con esas maneras no saldría bien parado, y el joven bajaba la cabeza y asentía, y al rato trataba de explicarse elevando primero un brazo y luego el otro, inconsciente todavía de estar esposado.

Entonces la puerta que está a su izquierda se abre y Luis Fonticoba se sobresalta al oír su nombre. Es su turno.

—¿Luis Fonticoba? ¿Luis Fontic...

Mientras se levantaba, sosteniendo su chaqueta marrón claro con las manos, buscó la mirada de la secretaria, que bajó el volumen de su petición de forma brusca, mecánica, como si alguien le apagase algún interruptor, y apenas observó que se levantaba, dio media vuelta y se colocó detrás de la puerta. Esperó a que entrara y la cerró.

Se encontró pequeño en la sala. Avanzó casi a tientas unos pasos hasta alcanzar las manos de sus colegas, pero apenas los miró, porque permanecía dubitativo, hasta encontrar la mirada de la jueza que le indicaba que se situase justo delante del micro. Mantuvo la atención en la breve presentación de la jueza que tenía delante, joven, morena, delgada, que mantenía sus manos en los papeles salvo para indicar algo con gestos sencillos, ligeros. Señaló a su derecha, a la izquierda de Luis, y la figura de Víctor, el abogado de Bouza, alzó la voz. La luz roja del micro se encendió.

—Luis, qué relación tivo con Alfonso Bouza.

—Fuimos compañeros de trabajo.

—En qué anos foi iso?

—Del setenta y cinco al dos mil cinco.

—Pero en qué traballaba vostede?

—Eeehh en los talleres de a flote...

—Podería especificar...

—Soldador, yo era soldador.

—Entón, ¿qué relación de traballo tiña con Alfonso Bouza?

—Estábamos en el grupo de trabajo de soldadores y electricistas. Trabajábamos juntos.

—Traballaron vostedes có amianto?

—Sí.

—En qué empregaban o amianto no traballo? Cómo o traballaban?

—Pues... *eeh...* se forraban los tubos, lo ponía para no quemarme, en las soldaduras, o usábamos guantes de amianto para soldar... Porque, allí, no sé, nos metíamos miles... en aquellos barcos, y mientras uno iba soldando, el otro montaba el cableado, o venía el carpintero y, y te forraba los mamparones...

—Informoulle a empresa dos riesgos do amianto?

—No.

—Moitas grazas. Non teño máis preguntas señoría.

—¿Por Endesa Distribuciones? —Pregunta la jueza casi sin mirar al hombre que tenía a su izquierda, de mediana edad, con gafas y pelo corto moreno, que recitaba casi de memoria el *nosseñoría* como un mantra, una cantinela religiosa, más próxima a un proceso de expiación mística que al juicio del reino de los seres humanos. Acompañado de otros dos abogados, un hombre joven, de pelo corto y engominado de punta, con chaqueta gris, y una mujer también joven, que mantenía la mirada en los papeles que tenía delante y en el móvil. En cuanto le llega el turno a Izar, el hombre joven se yergue sobre el asiento, coloca los hombros, levanta el mentón.

—Buenos días Luis, le quería...

—Buenos días.

—...le quería preguntar cómo usaba el amianto si era usted soldador.

—Pues... pues se usaba para forrar las tuberías, para evitar quemaduras, o te daban guantes para soldar para que no te quemaras.

—¿Y no es menos cierto que a partir del año setenta y cinco, en la construcción naval ya se usaba lana de roca?

—No, no, que yo sepa no, usamos amianto.

—¿Podría usted decirme la diferencia entre la lana de roca y el amianto?

—Sí. Si es diferente, es como... A ver si puedo explicarlo... Es que..., si lo tuviera delante se lo diría. Es como más fibroso, como más... porque el amianto también es fibroso, sí, es más fibroso, pero la lana de roca es como menos resistente, como menos fibra... Ya le digo que no sé explicarme... Es como una espuma...

—¿Y dónde lavaban la ropa?

—En casa, la lavaba la mujer en casa.

—¿Disponía la empresa de dobles taquillas?

—No.

—¿Alguien de la empresa hizo mediciones de polvo en el lugar de trabajo?

—No.

—Muchas gracias. Señorita no tengo más preguntas.

El resto de los letrados van diciéndole a la jueza que no tienen más preguntas que hacer, y Luis los va observando. De su derecha, la letrada de Navantia, a su izquierda, el de la aseguradora Musini, un hombre de pelo canoso, nariz grande y ojos pequeños, que respondía susurrante, con voz grave, casi solemne, sin apenas mover las mandíbulas.

La jueza, entonces, fija sus palabras en él y siente que tiene muchas cosas que decir, y que nadie en aquella sala —porque sus colegas habían desaparecido de su campo de visión— parecía interesarse por ello.

—Puede retirarse o permanecer en la sala.

Sale de la sala. No sin antes pasarle la mano por el hombro a Tojeiro, que le saluda asintiendo con la cabeza. Tiene ya los ojos rojos y humedecidos.

Atraviesa la puerta y alcanza la sala central de los juzgados. Mira a un lado y al otro. El chaval de los grilletes sigue con su novia y su abogado y el policía que los mira. Al otro lado, hay una mujer de gafas y pelo trigueño que lo observa. Mira al frente. Piensa, razona, que no ha sabido diferenciar la lana de roca del amianto. La textura y el color. ¡La textura y el color! Ya es tarde. Suspira. Avanza un par de pasos.

¿Por qué no me preguntan por Alfonso?

Carmen levanta la vista en cuanto oye su nombre al grito de la secretaria. Entra en la sala y camina hacia el micro, decidida, tensa. Deja la chaqueta y el bolso sobre el banco vacío de su derecha, en donde reposan los chaquetones, chaquetas, abrigos y gabardinas, negros casi azules casi grises, de los letrados. Observa con ojos que no descansan sobre sus cuencas.

Yacen.

Yacen porque están agotados, exhaustos, cansados de la misma mierda. Son muchos años cubriendo los flancos y la retaguardia creyendo que los tiros van por ahí, por la vía traicionera, pero en todos sus años de profesión, Carmen Diego, neumóloga referente de la unidad de asbestosis del Arquitecto Marcide, ha recibido los golpes de frente y sin rodeos. Más de medio centenar de veces explicando su trabajo y sus conclusiones. Otras tantas veces respondiendo preguntas que quieren ser respuestas. Algunas se las sabe de memoria. Conoce la situación de sobra. La llamarán por su nombre y entrará, verá las mismas caras de siempre y responderá con rudeza las mismas discusiones, para luego marcharse y esperar a que acabe.

—¿Conoce usted la existencia de informes que determinan que el mesotelioma puede no deberse a la exposición del amianto?

—No, no los conozco. Este mesotelioma se debe a la exposición del amianto.

¿No es menos cierto que un mesotelioma epitelial bien diferenciado no pertenece a la categoría de la OMS de tumoraciones derivadas de exposición al amianto? ¿Conoce usted la categorización de la OMS sobre el mesotelioma? ¿La reconoce usted? ¿No es menos cierto que el cuadro clínico del demandante podría corresponder, también, a otro tipo de patología no derivada de la exposición al amianto? ¿No es menos cierto que la anamnesis que presenta el demandante no contiene información como para delimitar

correctamente un diagnóstico? ¿Qué tipo de pruebas histológicas realiza en su estudio? ¿Pueden darse casos de errores en la toma de dichas muestras? ¿Son significativos esos recuentos para delimitar la causalidad de una enfermedad? ¿Es conocedora de...

A veces siente que podría gritar tan fuerte que los papeles se desintegraran y el micro estallase en mil pedazos. Vino de Asturias para trabajar en un tema desconocido. Acabó por demostrar la causa-efecto del amianto en la carga pulmonar en, al menos, veintisiete de treinta trabajadores del naval ferrolano. Pero, si alguien le preguntase en ese mismo momento qué es lo que siente, ella respondería arqueando las cejas y bajando la mirada.

Es lo mismo que le ocurre a Piñeiro y a tantos otros. Abraza por dentro y por fuera te hunde. Te pesan los sentimientos hasta combarse en tu espalda. Y ahí se quedan.

Es frustrante. Es agotador. Quema.

Y no debería. Su trabajo no es ser sentimental ni aplicar moralidad. Se trata de personas con un número de lotería que ella debe adivinar y corregir en la medida de lo posible. En el estudio que dirigió sobre la carga pulmonar en trabajadores del naval habla de casos numerados, los describe según parámetros médicos y enumera posibles conclusiones. Ni rastro de datos personales, ni nombre ni apellidos. Solo podemos distinguir a uno de entre las tres decenas. El caso número veinte. Es el marido de Felicitas, Modesto, que falleció con más de cuatro millones de partículas por gramo de pulmón. Como no era fumador, antes que reconocer lo inevitable, Carmen atravesó las puertas del juzgado para escuchar preguntas absurdas. Creían que había sido una neumonía mal curada. Una especie de complicación en cadena que fue pudriendo todos y cada uno de los órganos vitales hasta provocarle una asbestosis, placas pleurales y una atelectasia redonda, esta última, una especie de colapso pleural benigno, también derivada del amianto.

No es la primera ni será la última vez que se enfrente a estos interrogatorios. A Carlos Piñeiro ya le ha tocado lo suyo y ella lo sabe. Hablan cuando se encuentran, como veteranos de guerra,

sobre sus heridas. Hace poco Carlos se encontró a una mujer en su consulta con un reflejo gástrico, y cuando le hizo las pruebas pertinentes, diagnosticó un mesotelioma peritoneal. Le preguntó por su vida, y descubrió que, de niña, limpiaba el polvo en la empresa de su padre. Fabricaban fibrocemento. Ella le cuenta otras historias, y los dos se miran con respeto. Sin embargo, el final de la conversación es siempre el mismo. Qué tal, cómo te va, sigues quemada... A veces hay casos en los que, bueno, uno no puede más. Carmen recuerda a uno que, cuando lo miró, cabizbajo, con los ojos clavados en su bata blanca, le susurró que no sentía la mano. Ella le hizo más pruebas. No puede decir el nombre —secreto profesional—, pero coincide con los recuerdos de algunos miembros de Agavida. Algo similar le ocurrió a Paulino. Sus últimos días no conseguía mantenerse coherente. El cáncer metastatizó. Le estaba llegando al cerebro.

Los juicios son una cuestión de retórica. Porque no es el hablar de la ciencia que te acompaña, sino de cómo lo haces. El perrito de la empresa lo sabe muy bien, no se trata de mentir, sino de no contar toda la verdad. Años de trabajo pasan a ser cuestionados en minutos, como en un debate televisivo. Poco le han preguntado sobre los complicados procesos diferenciales para detectar un mesotelioma pleural maligno y no confundirlo con una de las metástasis de un adenocarcinoma o de un mesotelio reactivo normal. Casi nada sobre la inexistencia relativa del mesotelioma con el tabaquismo²⁵, poco sobre la independencia entre la asbestosis y

²⁵ Existe bibliografía abundante al respecto. Como ejemplo, entre 1975 y 1980 al menos siete grandes investigaciones que estudiaban el posible papel cocausal del tabaco y el amianto en el desarrollo del mesotelioma, no lograron encontrar un efecto significativo del tabaquismo como factor de riesgo de producir mesotelioma, y en alguno de los estudios la proporción de fumadores entre los pacientes con mesotelioma fue inferior a la esperada: *Mesothelioma Cigarette Smoking, Asbestos Exposure, and Malignant* de Joshua E. Muscat y Ernst L. Wynder.

el cáncer de pulmón. No recuerda una sola referencia a su trabajo publicado, nada que mencione una de sus conclusiones. Que la exposición acumulada de tabaco no influye en la retención de amianto en los pulmones. Que a similar tiempo de exposición, las patologías difieren, pero todas reflejan una alta concentración de polvo de amianto en sus lugares de trabajo. O incluso fuera de él, tampoco se toca demasiado la exposición no laboral. Ya en enero de 2007, en un curso conferencia que dieron la anatomopatóloga Cristina Durana, la radióloga Soledad Brage, Carlos Piñeiro y ella en el Hospital Arquitecto Marcide, para médicos de atención primaria y especialistas en neumología y radiología sobre el amianto que se llamaba «Criterios de fibrosis pulmonar y toxicidad del amianto», presentaron el caso de Amalia Vázquez, que contrajo una asbestosis derivada de la exposición al amianto sin haber pisado el astillero en su vida. Porque ella lavaba los buzos a su marido. Buzos impregnados en polvo de amianto. Fue la primera de tantas.

También hablaron de los casos que tenían registrados. En 2002, cuando el amianto estaba prohibido, contaban con unos setenta. Cinco años después ya tenían mil.

Ahora, en 2014, la empresa Navantia ha remitido al Servicio Gallego de Salud una lista de más de seis mil posibles afectados, aunque siguen apareciendo casos no contemplados en esa lista. El mismo Tojeiro, según él, no está en la lista. La unidad de neumología del Arquitecto Marcide es ya un referente nacional e internacional como lo son las del Instituto de Silicosis de Oviedo o el Vall D'Hebron de Barcelona. Pese a ello, hay poco reconocimiento venido de los estamentos públicos, y la duda razonable se expande. Se crece y se transforma en un escudo impenetrable. Por mucho que ella, o los neumólogos como ella, investiguen, el muro es duro y resistente.

A nadie le gusta tirarse de cabeza contra algo así sabiendo las consecuencias fatales. Pero es su trabajo. Fuera de él, y gracias a su labor, el PIVISTEA cuenta con algunas cifras, porque son los pro-

pios profesionales los que las dan. Pero no hay mucho dinero destinado a ello, eso también lo saben.

Cuando Carmen termina su declaración, no saluda a nadie, ni siquiera con la mirada, pese a que los conoce a casi todos. Ella no se queda a escuchar a otros peritos. No quiere, no hay derecho a réplica. No hablan de ciencia.

Al finalizar el proceso de presentación de pruebas y alegatos, la jueza dirá aquello de que queda visto para sentencia. Ha sido duro y lamentable. Los documentos médicos parecen inexactos, la historia clínica tiene lagunas. Es de un hospital de Baleares, y no parecen conocer el protocolo del amianto. Además, el perito de la parte demandada ha lanzado un libre directo que deja a los miembros de Agavida sin palabras.

—Si dice que padece lo que padece, y la mortalidad en estos casos nunca excede los doce meses, ¿cómo es posible que llevemos dos años sin saber nada de él?

El letrado representante de Izar disparará a todo lo que vea, incluyendo a Endesa. La de Navantia no dirá nada salvo que no va con ellos, que su responsabilidad no es heredada. Curioso dato que se contradice con el texto de su web, en la que comienza diciendo aquello de «La historia de Navantia se remonta a 1730 con la creación de los arsenales militares de Ferrol, Cartagena y San Fernando que se dedicaban a la construcción y reparación de buques de la Armada Española». Lo mismo que Musini, que con ellos la cosa está clara, y el de Endesa hará lo mismo con Izar, que el amianto lo tenían *ellos*. Llevará a un testigo que afirmará que, en sus años de trabajo, nunca se trabajó con amianto. El cruce de acusaciones no derivará en una responsabilidad solidaria por parte de los causantes de la enfermedad de Alfonso. La indignación de los presentes será tal, que al término del juicio, Espiñeira se levantará y, poniéndose el abrigo con torpeza, mirando al testigo de Endesa, un hombre de pelo canoso, alto y serio, dirá, lacónico, seco.

—Vergüenza debería darte, mentir de forma tan descarada.

Alfonso Bouza será otro de los que perderá. Se lo dirán meses después. Empotrado en una cama, calmando el dolor con dosis de morfina, con ese ruido de lavadora estropeada que parecen los respiradores de oxígeno. Le leerán, en uno de los párrafos de la sentencia de la jueza Delia Rodrigo, lo siguiente:

«Ello significa que la parte actora no ha probado, tal y como corresponde con arreglo a las normas sobre la carga de la prueba, uno de los elementos necesarios para que prospere la acción ejercitada, esto es, el daño sufrido por el señor Bouza, estimándose insuficiente a tal fin, con la aportación de un diagnóstico».

Alfonso Bouza fallecerá en mayo de 2014.



Epílogo

En la última semana de septiembre de 2014, un viernes por la mañana, la asociación Agavida se despierta con la carta de dimisión de Verónica Teijeiro sobre una de las mesas del local. Ella y su hermano Pepe lo dejan.

Vero no puede más. Es mucha la carga que tiene que soportar.

«Es revivir mi historia en la de los demás, y yo ya no puedo», les intenta explicar.

Tojeiro mira sus ojos apesadumbrados, que hace por no creérselo. Espiñeira bromea llamándola traidora, pero cuando se gira, ya no le hace tanta gracia. Son años de convivencia, de compartir mierda y pequeñas victorias que no saben más que a algo agrio. Lamenta que se vaya. Según él, la asociación acabará por convertirse en una agrupación de viudas.

—Ya hablaremos de eso, no te preocupes.

Eso se lo dice Tojeiro sin marcar demasiado los acentos. Sabe que no queda mucho por hacer, pero hay que intentarlo. Él mismo tiene dudas, y desde hace semanas también ha pensado en dejarlo. Lo mismo le sucedió a Sofía en la asamblea anual de marzo. Lo mismo a Cristóbal cuando no tenía ni un solo ladrillo para construirse su muro. O a Carlos Piñeiro, o a cualquiera. Aunque siguen vinculados, no es lo mismo. Es algo normal y común. Al

menos tendría que serlo si lo que hacen fuera algo normal y común, pero son asociados de una larga lucha contra un eterno conocido que no tiene puntos débiles.

El aguante tiene sus límites. Te da por mandarlo todo al carajo y abandonar. En momentos así, como en la asamblea, con tantos amigos y asociados, hablando de lo mismo, de la muerte, de los juzgados, de los trámites administrativos... a algunos les da por pensar que esa vez puede ser la última. Como el 7 de marzo de 2014.

Fue un día soleado. Mucho. El primero tras muchas semanas de paraguas. Comienzan a sentirse los comentarios de cambio de estación, y algunos osados llevan camisetas y pantalones cortos a mediodía. Tojeiro habla con Varela, el periodista de *La Voz de Galicia*, la tarde anterior para la edición de hoy.

—Queremos que los culpables lo paguen con la cárcel.

Sofía mastica una y otra vez lo que va a decir delante de más de cien asociados en unas horas. Vero trata de contenerse la saliva con las cifras anuales de fallecidos.

Faltan diez minutos para las cinco de la tarde en el Centro Cívico de Caranza. Los pares de zapatos, tacones bajos, botines y alguna zapatilla deportiva se van acercando tanto por la avenida Castelaio como por el paso que sale de la calle Juan de Austria, hasta dar con las paredes altas y blancas del edificio. En la puerta se saludan viejos amigos. Se cuentan por decenas, y llegarán más. Gente de diferentes generaciones, de diversos oficios. Han dejado de ser caldereros, carpinteros, pintores, soldadores. Muchos de los presentes están retirados. Otras tantas son mujeres, viudas. A veces aparece algún hijo, alguna hija, con los nietos revoloteando entre las piernas de los mayores. Se preguntan por los apellidos, por el año de la promoción, por el taller en donde trabajaban.

Ni una sola mención a lo que les mata por dentro. No, no es el amianto. Es la ira.

La rabia que da el sentirse humillado después de tantos años y tener que pelear hasta el final por obtener una indemnización que

no sirve para nada. Lo han dicho muchas veces, en privado y en público. Que no es por enriquecerse. Que todos saben que nadie es dueño de su destino, pero cuesta admitir que el final de tus días ha sido adelantado.

—Si la empresa reconociese su error, y pusiese medios económicos para que nuestras viudas e hijos vivan bien, algunos de nosotros ni siquiera demandaríamos.

Ahora que parece no haber más salida que la confrontación directa, las palabras impresas en el papel reciclado del periódico de hoy son el mejor ejemplo de la situación interna de cada asociado.

«Queremos que lo paguen con la cárcel.»

Es duro y, a la vez, triste. Pocos serán los que lo manifiesten. La mayoría tragan con lo que hay, al menos, hasta el segundo café.

Sofía comienza a repartir entre los corrillos los papeles de las cuentas anuales. El burbujeo de las conversaciones se ha transformado en una algarabía de mercadillo dominical, y alguien acaba por vociferar aquello de «hay que ir entrando».

La sala es espaciosa, para unas cuatrocientas personas. Las paredes son de listones de madera barnizados, amplios. Las butacas son de fieltro rosa fucsia, y en los laterales algunas están roídas por el uso. En el escenario hay cuatro centros con flores blancas, amarillas y rosas, y reina una pancarta de la actuación anterior que pone, en letras capitales, Noche de Pepitas y debajo, Declarada Interés Turístico Internacional; en la parte superior izquierda aparece el membrete de la rondalla Sonidos del Alba. A la izquierda, un cartel de la madrina infantil del año.

Son las 17 horas y 23 minutos de la tarde y Tojeiro acaba de entrar con un maletín negro. Saluda a la gente, a Víctor Torreiro y a su madre Felicitas, a algunos compañeros de su quinta y otros tantos asociados y, al cruzar el umbral de las puertas que dan al teatro, se para. Y ríe.

—¡Mira qué bonito ha quedado! Esto lo hacen para los del amianto.

Los presentes se ríen y le siguen los pasos. Algunos dicen que este año la Noche de las Pepitas habrá buen tiempo.

En la mesa que han puesto en el escenario, cubierta con la bandera de Galicia en la que le han puesto el logo de la asociación (un pulmón del que crece un árbol), se colocan, de izquierda a derecha, Vero, Tojeiro, Ramón Río, Espiñeira y Sofia. Empezarán en diez minutos. Hay más de cien personas sentadas. Tojeiro toma la palabra.

—Para iniciar esta asamblea, decir que este año, cumplimos diez años de existencia de Agavida. Diez años que parecen muchos, sin haber conseguido los objetivos que nos hemos marcado. Aunque, en realidad, no lo es tanto porque, en la lucha del amianto, a nivel internacional ha traído consecuencias y ha conseguido objetivos importantes en otros países. Por poner un ejemplo, deciros que, en Francia, que se prohibió el amianto en el año 95, hace tan solo tres años consiguió el fondo de compensación. Tardaron treinta años en conseguir el fondo de compensación. Sé que parece mucho porque, esto desgasta..., esto desgasta y se queda, lamentablemente, mucha gente en el camino.

Habla de los cambios conseguidos, del Real Decreto, del reconocimiento de enfermedades benignas y de los protocolos médicos y laborales. Habla del contacto con parlamentarios y del apoyo conseguido para alcanzar metas como el fondo compensatorio. Pero estos le han dicho que la situación económica no ayuda, aunque saben que se están ganando casi todos los juicios, y que los gastos serían menores en caso de tomar esta vía. Y habla del fondo, de qué es, de lo que hacen en otros países. La explicación que da Tojeiro sobre la utilidad de este sistema es simple. Los asistentes asienten con la cabeza. Todos saben lo que va a decir.

—¿Y qué supone el fondo? El fondo supone que no tengamos que ir de peregrinaje a los juzgados. Un peregrinaje que no es nada grato, y no solo por lo que se juzga, sino por lo que en él se dice.

Llegan los agradecimientos. A Carmen Diego, a Rafael Pilla-do y a Carlos Piñeiro. Al anterior presidente, Cristóbal Carneiro, a

todos los que luchan a diario, a todos los que lucharon y ya no están.

Espiñeira toma la palabra y explica los procesos administrativos y legales. Después Sofia hace lo mismo con las cuentas de tesorería. Al final de su parlamento, respira hondo.

—Por último quería deciros que quiero presentar mi dimisión. Por motivos personales. Espero que la directiva me la conceda.

Los murmullos se solapan con las frases en alto de reprobación. No puedes irte ahora, dirán algunos, no es tema a tratar aquí ahora, dirán otros. Ramón Río mira a un lado y a otro, tartamudea el comienzo de la frase, porque no sabe qué decirle. Al segundo, suelta aquello del siguiente punto, de si se aprueban las cuentas. Tras esto, Vero coge el micro para hacer su recuento.

—Hola, buenas tardes a todos. Los socios fallecidos en el 2013 fueron doce, las viudedades que se presentaron fueron catorce, las incapacidades y cambios de contingencias fueron veintidós, y los recargos que se presentaron fueron seis. En lo que llevamos de 2014, han fallecido tres compañeros...

El camino ha sido, es y será largo y tortuoso. Las palabras caen como sacos terreros, y se mastican como quien machaca gravilla en un mortero de madera. Deja marcas y el resultado no es el deseable. Tojeiro recupera la palabra y habla del proceso judicial, de todo lo que están, por desgracia, aprendiendo. En algunos casos, dice, nos metemos en catorce o quince años. Una mujer de pelo rizado y gafas grita desde el fondo.

—A esas alturas xa estamos todos mortos!

Habla de la independencia política y de las diferencias con otros sectores, como el de las Fuerzas Armadas, en el que se pagan indemnizaciones y se alcanzan acuerdos sin llegar a juicio. Habla de la prescripción y de lo injusto que es demostrar algo después de tantos años y que un tribunal te dé la razón y después te la quite porque «han pasado muchos años». Habla del listado propuesto por la empresa al Sergas. Son más de seis mil posibles afectados, y Tojeiro no aparece en él. Dice que ni es real ni objetivo.

Son más de diez mil los posibles afectados desde entonces. Una idea pasa por la cabeza de los asociados. No quieren ni imaginarse qué pasaría si se cruzasen los datos de esa lista con los trabajadores contratados después de la prohibición, a partir del 2002. Habla de los que han pasado por la unidad de asbestosis del Hospital Arquitecto Marcide. Casi dos mil enfermos. Al final no era tanta la exageración de Rafael Pillado cuando en 2001 dijo que habría dos millares de afectados, piensa. Habla de las dificultades de controlar el amianto en las décadas en las que más se usó. La tensión de sus músculos va en aumento.

—¿Quién, en los años setenta, iba a hacer un acta de sanción a la empresa? ¡Si ni siquiera había consejo de administración!

Las decenas de cabezas que asoman tras los cabeceros de las butacas asienten, firmes. Después vendrían las preguntas, las fobias y las conspiraciones. Una mujer propone hacer las preguntas a la administración por burofax, para obligarles a responder. Un hombre muestra su miedo a que cierren la unidad de asbestosis del hospital, que alguien de los sindicatos le ha metido el miedo en el cuerpo y no sabe qué va a pasar. Otro preguntará sobre las cartas del Sergas, que parece que hay cambios. No, no hay cambios, dirá Tojeiro, es la misma de siempre.

Los parlamentos se eternizan. Todos tienen dudas de cómo avanzará el año. Toca despedirse.

—Si no tenemos claro por qué luchamos, no llegaremos a nada.

Los ojos de Tojeiro no han cambiado desde la asamblea de marzo. Tampoco los de los demás. La mera propuesta de dimisión de Vero le sienta como un tiro en el bajo vientre. Esta mañana de septiembre ha sido dura, como todas, y lo que menos necesita es que ella se vaya. Además, hace unos días, a su hermano le han diagnosticado un adenocarcinoma en estadio cuatro. Está íntegro, parco en palabras y digno en afectos. Desde entonces, no ha parado de darle vueltas, a lo de su hermano y a lo de dejarlo. Se pregunta si no será un acto de cobardía, o de derrota. Y esta mañana... Es-

ta mañana dos personas han entrado en el local preguntando por el siguiente paso, ahora que parecían olvidarse de cómo se caminaba. Una de ellas, una mujer, creía que los médicos pasaban de su marido. Que empezaba a írsele la cabeza a otro lugar, y nadie hacía nada.

—Es que, ahora, a veces se mea encima, y se siente desorientado. ¿No deberían hacerle un análisis de la cabeza? ¿O que me enviasen a un loquero, o un psiquiatra?

—¿Qué le han diagnosticado a su marido?

—Eeh, pues tiene «mesotolona», o mesoteloma, o algo así. Está en paliativos.

—En paliativos... ¿desde hace?

—Dos meses.

Sabe lo que significa. Respira tranquilo y baja la mirada. A veces no sabe qué decir, y no porque no tenga palabras que articular. No hay guías ni manuales ni nadie que te enseñe a enseñar a decir adiós cuando no quieres. A media mañana, sobre las doce, han tenido una discusión algunos miembros de la directiva en la habitación de atrás. Sofía, Espiñeira, Río y Tojeiro. Se escuchaba en todo el local. Es tenso y duro, y frecuente tener la adrenalina disparada. Va por momentos, y viene bien desahogarse para mantener la cabeza en su sitio, pero mina.

Son casi la 1 y 30 minutos y los dos últimos en recoger deciden cerrar. Tojeiro y Vero agarran de bolsos y maletines y enfilan hacia la puerta, hablando casi en susurros. Vero cierra la puerta metálica. Mientras la ve bajando lentamente, Tojeiro le pregunta que si no es mejor hablarlo. Necesita ayuda.

—Aunque te vayas, ¿no podrías echarnos una mano...? Ayudando a la gente, estando con ella, unos pocos días a la sem...

—No sé, no... no lo sé. No puedo Moncho.

La mira como se mira a los hijos. Se despiden.

Es como una hija para mí —piensa—. Si la quieres, déjala marchar. Ella ya ha tenido lo suyo, es normal que no pueda más.

Tojeiro agarra bien el maletín con firmeza.

—La verdad es que no has podido hacerlo mejor. Si te vas, se va un puntal de esta asociación.

Vero asiente, con una sonrisa tímida. Tojeiro trata de animarla.

—¿Cómo dijo el otro...? Ah, lo difícil lo hacemos posible. Lo imposible tarda unos días.

Se ríen y se marchan. Suena el ruido del motor de un coche encendiéndose. La ve alejarse, torcer a la izquierda por la calle Lepanto.

El día está despejado. Empieza a salir el sol. Quizá vaya a correr.

Carta segunda

El 22 de Junio 1991, tras unas largas 24 horas, mi madre al fin me tiene entre sus brazos. Y como todo bebé inocente, no era consciente que a partir de ese preciso momento se iba a formar un gran vínculo entre mi abuelo y yo. Todos se impresionaban del gran parecido físico que teníamos los dos, el cual solo sería el principio de muchos.

Desde muy pequeña me quedaba a dormir los fines de semana en casa de mis abuelos y a medida que iban pasando los años el vínculo con mi abuelo se iba agrandando. Solo él y yo éramos conscientes de lo que nos unía, quizá era el carácter tan parecido, que hacía que nos entiéramos tan bien. Solo bastaba con una mirada de él y su frase.

«No pasa nada Aitana, todo pasa.»

De repente todo estaba en calma, en su sitio. Ambos sabíamos lo que éramos el uno para el otro. Me encantaba que me relatará sus historias, llenas de lucha y experiencias, de las que yo siempre sacaba algo de lo que aprender. Siempre me dijeron que era muy madura para mi edad; el secreto estuvo en él. Supo aconsejarme, darme lecciones de vida, sin rodeos, enseñándome a diferenciar lo importante de lo que no, que la vida no es fácil, pero está para vivirla. Y es que solo nosotros éramos capaces de leer nuestros mensajes subliminales.

El 10 de Enero de 2010 mi otro abuelo fallece. Y yo, dolida y rota, no podía refugiarme en nada porque nadie era capaz de poder aliviarme un poco. Pero ahí estaba él, entre la multitud, ausente para muchos pero no para mí, siempre en segundo plano, sin hacer ruido, sin molestar. Solo bastó una mirada y su gran frase: «Todo pasa Aitana, no pasa nada...» Y es que en ese preciso momento solo él supo levantarme. No hizo falta abrazos ni palabras, solo su mirada. Pocos meses después...

—Abuelo está enfermo.

Tiene cáncer.

El mundo se me vino abajo. Con los días iba intentando asimilar lo que se me venía encima y yo, inocente de mí, pensaba que con los avances médicos de hoy en día y con su fuerza y nuestro apoyo, iba a salir adelante. La cosa se complicaba, tras varias pruebas, descubren que tiene amianto. Era la primera vez que escuchaba esa palabra, hasta que mi padre me explicó la gravedad de la enfermedad. El amianto estaba acabando con la vida de mi abuelo.

—¿Cómo estás abuelo? —Le decía, sentada en una esquina de su cama.

—Estoy bien.

A mí se me caían las lágrimas...

—No pasa nada, todo pasa.

No podía soportar ver a mi abuelo en esa situación. Sus fuerzas iban a menos, su cuerpo débil y frágil se desvanecía con el paso de los días. Y él continuaba luchando, no me preguntes de dónde quitaba las fuerzas, pero te aseguro que jamás vi a una persona con tantas ganas de luchar, incluso sabiendo que era el fin de sus días.

—Abuelo quiere hablar contigo —me dijo abuela.

Y allí fui, a su habitación, sentada en la esquina de su cama, sin hacer ruido, sin molestar. Fue la despedida más amarga de mi vida.

—Abuelo, no me hagas esto.

—No pasa nada Aitana, todo pasa.

A los pocos días sucede lo que ya nos esperábamos. Y es en ese preciso momento, cuando meten el ramo de flores de mi hermana

y mío con él, cuando rompo a llorar desconsoladamente y solo se me vino a la mente: No pasa nada Aitana, todo pasa...

Gracias por dejarme compartir contigo los mejores años de mi vida, por darme tantas lecciones de vida. Aquí seguimos luchando por ti, papá y madrina no se rinden, pase el tiempo que pase, acabarán haciendo justicia por ti. La abuela te extraña tanto... Desde que te fuiste tiene la mirada perdida, le faltas tú. Antia sigue igual de terremoto, no hay quien la pare. Mamá es la que cuida de todos, que todo siga bien, en calma, como hacías tú. Y yo, abuelo, sigo aquí, echándole huevos a la vida como harías tú, luchando por un futuro mejor, aunque no nos lo están poniendo fácil.

Gracias por tanto. Algún día nos encontraremos.

Aitana Teijeiro.



Mecenas



A

Adrián Cairo de Saa
Alberto Aneiros Castro
Alberto J. Espinosa Sánchez
Alejandro Amador
Álex Pérez
Alexis Crosas
Alfredo Menéndez-Navarro
Alicia Fernández Piñón
Álvaro Sada Muruzábal
Ana Amado
Ana García Vivanco
Ana I. Vergara Díaz
Ana María Amado Castro
Ana María Castro Estévez
Andrea Vázquez Pérez
Andrés Pazos Bellón
Ángel Arana Frías
Annetta López Avilés
Antonia María Vidal Ruiz
Antonio Bernardo Reyes
Antonio Estévez Freire
Antonio Lourés Carballal
Anxel Hermida
Asociación Agavida

B

Beatriz Asenjo Redín
Belén Bustabad García

C

C. García
Caridad Ruiz López
Carlos Amado López

Carmen Bellón Grandal
Carmen Ruiz López
Carmen Vanessa Ortiz Ruiz
Carmen Vidal Barros
Cary Latorre Ruiz
Cristina Núñez Fabián
Cristina Vázquez Fernández
Cristobal Carneiro

D

Dani Arana Belloso
Daniel Valiño Noel
Daniel Vázquez Pacheco
Davi
David Manteiga Armada
David Martín Yuste
David Muñoz Blas
David Pequeño Permuy
Deborah García Bello
Dgpgz82
Digna Faraldo Purriños

E

E. Sanmiguel Díaz
Elena Naveiras Gómez
Emilia Amado Gómez
Encarna Camiña Rivas
Enrique Campomanes Barroso
Enrique Latorre
Enrique Latorre Soto
Eva María Robles Freire
Eva Villar

F

Fernando Latorre
Fernando López Uceira
Francisco Brea
Francisco Javier Benito

G

Gina Tosas de Molina
Gustavo Ramos

H

Hugo Arias Barros

I

Irene Picallo Doce
Iria Dopico Lugris

J

J. Escudero Ruiz
Javier Otero Yañez
Jennifer Fernández Fernández
Jesús Carrón Blay
José
José Alfonso Romero P. Seguíñ
José Felipe Trillo González
José Manuel Souto Lamas
José Ruiz. Ferro
Josefina Castro Estévez
Jota
Juana María Navacerrada
Castro

K

Kiko

L

La Anguila del Duero
Lara Trujillo
Laura Amado Pazos
Laura Sanjurjo
Loles Esteban Baltar
Loli Luaces Leal
Lucía Meizoso García
Luis González Rey

M

M^a Jesús Rafael Mangas
Maite Serra
Mallitaum Pazos Bellón
Manuel Casteleiro Rodriguez
Manuel Pombo Naveiras
Marcos Míguez
María Crespo Burgueño
María del Pilar Gesto
Martínez
María e Ildefonso Sanz
Maria Leira
María Otero Pedreiro
Marta Chao Villares
Martín Vázquez
May Losada
Mcm Raizer
Mercedes Dosinda Sánchez
Pérez
Mercedes Martínez Seijo, hija
de José A. Martínez Lago
Miguel Ángel Probaos
Otero
Miguel Barreiro Canto

Miguel Vázquez Castro
Mila Rodríguez
Montserrat Vigo Pardal

N

Nacho Díaz
Natalia Paz
Nerea Currás Lodeiro
Nicolás Fernández Garmendia
Noelia Escudero Ruiz
Noelia Herrería Alonso
Nuria Pardo López

O

Olimpio P. Arca Camba

P

Pablo Viz Otero
Paco Rodríguez
Patricia Martínez Seijo, hija de
José A. Martínez Lago
Patricia Rodríguez Andrade
Paula Duarte
Pepe y Vero Teijeiro

Puri López Vidal

R

Rafael Castro Estévez
Ramón Tojeiro
Ricardo Torregrosa Marín
Robert Latorre Soto
Rosa Ana Díaz Rico

S

Sandra Balsells Cubells
Sofía Ruiz Pedreira
Sonia Pazos Bellón

T

Tomás M. Carballeira

V

Valle Beade Garcia
Vanesa López Puente

Y

Yaiza Quiza González
Yolanda Vieito Rodríguez

